

**Quince
Duncan**



**Cuentos
escogidos**

T O



QUINCE DUNCAN

SECCIÓN FUNDACIÓN FUNDACIÓN
CUENTOS
escogidos



CUENTOS ESCOGIDOS

© Quince Duncan

© Editorial Costa Rica

Teléfono: (506) 253-5354. Fax: (506) 253-5091

Correo electrónico: editocr@ice.co.cr

www.editorialcostarica.com

Apartado postal 10 010-1000, Costa Rica

Dirección editorial y producción: Guillermo Fernández

Diagramación: Walter Meoño

Diseño de portada: Felipe Fernández

Primera edición aprobada por la Junta Directiva en sesión N° 2018. Hecho el depósito de ley. Impresa en la Imprenta Nacional en el año 2004, con un tiraje de 1.200 ejemplares en papel bond y cartulina barnizable. Derechos Reservados conforme con la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. D. R. Editorial Costa Rica.

CR863.44

D911c Duncan, Quince

Cuentos escogidos – 1a. ed. -- San José:

Editorial Costa Rica, 2004.

276 p.; 21 cm x 14 cm

ISBN 9977-23-797-2

1. Novela costarricense. 1. Título.

IMPRESA NACIONAL
S.A. 1000-1000

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

Índice

PRÓLOGO 9

Una canción en la madrugada

Una canción en la madrugada	15
Duelo entre amigos	23
La mujer de la capa blanca	25
Un regalo para la abuela	29
Las oropéndolas	35
Nueve días	39
La luz del vigía	43
Dos caminos	51
Demasiado peso	55
Una carta	65

La rebelión pocomía

La rebelión pocomía	75
El Mayor	83
El candidato	87
La llena	95
La noche del Arenal	99
El partido	105
El engranaje	113
Las manchas del ojo	121
Las voluntades	129
La leyenda de José Gordon	133
Los mitos ancestrales	155

Otros cuentos

El pozo	181
Los ídolos	191
Mangonía	197
El maleficio	205
El ladrón	209
Juan	215
Nadaime Otón y el dios de barro	247
Muñequita linda	271

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

Prólogo

Quien goza plenamente de sus facultades
en vano llama a las puertas de las musas.

PLATÓN

La crítica es un asedio a los que son tocados por el numen. La crítica emite juicios apoyada en reglas más o menos valederas para ese inasible ente que mueve la creación. No es una ciencia exacta. Sí, quizás un abordamiento que, a lo mejor, destruye temporalmente; si más, legitima lo que no necesita ser legitimado.

No sé ese oficio. Por tanto no aplico reglas. Solo soy un polo a tierra de ese cosmos que es la obra literaria. Me atengo solo a la reacción que esta provoca en mí. Me regocija explayar, desmenuzar, desbrozar las emociones así nacidas, no justificarlas. Lo que sí sé es que, cuando limpias de personalismos, puedo confiar en ellas.

Frecuentemente, casi hasta incomodarlo, pido a mi *partenaire* en esta aventura de leer que nunca acaba, un pulso de impresiones, situación existencial altamente gratificante. En la rastra más alta de este intercambio provocador y casi siempre amable, alcanzamos la llave quebradiza de “lo que me parece” con una expresión clave:

¡Me gusta!

¡No me gusta!

Hoy invertimos el juego. Directo accedemos al último escalón.

Leemos –cada uno– tres cuentos. El se toma “El pozo”, “El partido” y “Las oropéndolas”. Yo, “La llena”, “Los mitos ancestrales” y “Demasiado peso”.

Lo hacemos al azar, como suelen ser las coincidencias fortuitas.

Finalmente, él dice:

—Me gustan, por lo que cuentan y porque la palabra aquí solo es ancilar, no entretiene ni deforesta.

Yo digo:

¡Me gustan!

No agrego ni media palabra.

Me quedo en solitario. Lectura total. Condición para llegar al punto en que, al parecer, poniendo a prueba la intuición que debe coexistir con el juicio recto, voy a justificar el ¡Me gusta! (Me pregunto qué se hace en un predicamento como este, si la reacción es ¡No me gusta!).

¡A ver! No obstante que las narraciones tienen sesgues diversos –mitos secularizados, cuentos de evasión, esbozos satírico-políticos, rituales– no se

excluyen. Están amasadas con una pasta común: la condición humana en escenario de ciudad y en campo abierto de “jarales”; con ingredientes que forman un mismo hatillo, seres humanos de “carne y hueso” –como dice Miguel de Unamuno– enfrentados a todas las luchas y a todas las desesperanzas, sin dioses protectores, sin hadas madrinas, en espacios degradados y ajenos a una meaja de redención.

Pues es que estos cuentos nacen de la más sana, de la más entrañable y auténtica naturaleza del señor Quince Duncan, quien al vuelo captura los ya raros ritos iniciáticos de las Antillas, o la despacible realidad del ahora, o se centra en el triste rostro caribeño, inope y lastimado más allá de todos los Mister Keith que han hollado y desollado nuestra tierra.

Vibra en los cuentos el eco de la vida carencial del afrocaribeño que nació en los linderos del Génesis, en un ámbito ignorado por la igualdad y la justicia. Ahí, adormecido en las tardes de lluvias interminables por el arrullo de las historias auro-ales de la abuela, dichas sin floripondios, aprendió a escribirlas en recomposición o disfraz del mito.

Es el suyo un esfuerzo místico, sacralización del ser, él mismo un símbolo. Este limonense de energías concentradas que sigue la huella de sus dioses, se hace idealista y soñador– insto a que regresemos a la cita de Platón–, se encarama entonces en el carro lerdo de las aspiraciones de cambios sociales con orquestación de armonías de oberturas 1812. En esta ruta de cambios apenas perceptibles, se nutren y

signan los cuentos de evasión, cuentos de ciudad, con piel ajada por el mador del desencanto.

Este don Quince –el mismo que ha usado una jarana traviesa para que no me negara a prologar sus “Cuentos escogidos”– se ha mantenido verdaderamente sólido en lo que más importa, sostener una antorcha encendida para iluminar la tradición milenarista de un pueblo con profundas creencias espirituales, con múltiples haceres y fortalezas como madre entraña para enfrentar un mundo icoroso. De esta azanca brotan “Las oropéndolas”, “La llena”, “La carta”, y más.

¡En un solo hombre, en un solo escritor, tantas lealtades con el mundo entero y con su pequeño mundo! Apegado a ellas sin la menor vacilación, están plasmadas en estos sus “Cuentos escogidos” que legitiman, en mis adentros, lo que ahora reitero.

¡Me gustan!

ZORAIDA UGARTE NÚÑEZ

Una canción en la madrugada*

* Publicado por la Editorial Costa Rica en 1970.

Una canción en la madrugada

La cristalina claridad del alba penetra al cuarto con todo su esplendor, esparciendo por doquier sus manchas de luz. Nada turba la felicidad de los dos enamorados.

Hay contraste, policromía. Los días de Siquirres son secos, quemantes, brasa que hace sudar, que sume la conciencia en un sopor, a tal punto que el paladar se vuelve cuero. Pero en cambio las noches son besos de luna, caricia y canción.

Por la ventana la luz penetra al aposento y se deposita en los rostros, apenas lo suficiente para intuir su presencia. No se distingue el color de su piel; sus figuras, tendidas boca arriba, como dos gotas de humanidad mirando las estrellas.

Y de repente la voz honda, la palabra suave:

—Te quiero, Juanito...

—Y yo a vos, Mayra...

—¿Qué tanto?

—¡Mucho!

—¿Como esa estrella?

El cielo salpicado de innumerables lucecitas invade el ojo de Juan, sonríe, celebrando calladamente la ingenuidad de su esposa.

—No... como esa estrella no... te quiero mucho más.

—Entonces me querés tanto como yo te quiero.

—Tampoco —dice con una repentina convicción, como si de veras importara mucho lo que él dijera—. Mayra, te quiero mucho más que eso.

—No lo creo posible...

Todo lo demás surge en silencio a través de la sonrisa, del roce de la piel, del beso. Los pechos estallan en el helio, el fuego y la luz. Las estrellas se manchan de plata, las plantas recuperan sus formas en la realidad. Una nube blanca se tiende hacia el oeste, el cacao impone sus formas con natural alegría. Cerca, se suman al día el banano, el chayotal, la fruta de pan, la yuca, el ñampí...

Cuando los ojos vuelven al cielo, la plata se ha convertido en día. En la choza, los dos enamorados duermen el último sueño, el más sabroso de su cotidiano descanso. Las faenas vendrán con el día, el afán, el sudor, la hiriente sequía. A lo largo de las siguientes horas, Siquirres volverá a ser pueblo. Pero, por ahora, es pintura; pintura negra que se mece, que vibra amor en el pecho de Juan y

Mayra. Amor, sí, y el amor es una canción en la madrugada.

Escuchó el pito de la extra, ya cuando ésta se aproximaba al pueblo. Debió haber oído el primer pito, acaso ahora no llegaría a tiempo. Se levantó de prisa y corrió a la cocina: era hora de ir a su finca.

—Mayra... ¿dónde está el té?

—¿Qué?

—El té, por Dios, que me deja el tren. Cairo queda lejos.

—Lo dejé en la estufa, hombré.

—En la... el té no está en la estufa.

—¿Eh?

—Despertá ya, mujer... ¡me va a dejar el tren, hombré!

La campana de la máquina anunció su arribo a la estación, y Juan continuaba en pijamas buscando el té. Mayra se incorporó con una calma desconcertante.

—Tanta prisa... ¡cho! Y lo que me da cólera es que ni siquiera te has lavado la cara.

—Cho, dame el té, hombré, y dejá de hablar, hombré...

—Pero muchacho: ¡si lo tenés en la mano!

—¡Bese mi nuca!

—Y me has hecho levantarme de la cama...

Se oyó de nuevo la campana y después un pitazo largo. Los esposos se miraron: el tren se iba.

Se iba... Juan se puso sus pantalones con asombrosa rapidez, y tomando el machete, dejó el té sobre la mesa y salió deprisa hacia la vía férrea. Instantes después se colaba en el *caboose*.

Llegó a la finca una hora más tarde. El sol se abrió paso entre las hojas de los plátanos para contemplar al hombre en su trabajo, enfocándole sus rayos con tal furia que se diría que intentaba fulminar de una buena vez toda la vida humana, y extirpar al hombre del llano. La melanina de la piel de Juan le protegía contra la violencia del astro, y el humo del tabaco le protegía de los zancudos. Las polainas le amparaban de los espinos y de las serpientes. A veces el suelo cedía bajo la presión de los tacones; otras, eran otras vidas las que cedían al peso inclemente del hombre: insectos y plantas indefensos. Todo en el llano era herida: el machete, la chuza, el agua, el pantano...

Y a la tarde, inició el lento viaje de regreso, sin más gloria que el sudor que pesa en los ojos.

Domingo. Procesoión de trenes. Caminos repletos de viajeros, feligreses unos, compradores otros y, quizás los más, simples turistas. Las campanas de las iglesias, anglicana antes y romana después, anunciaron las horas de culto. La familia se puso en marcha.

Eran cuatro. Juan no tenía confesión. Mayra era católica romana, y los dos pequeños hijos asistían a la escuela dominical en la iglesia anglicana.

Las calles estaban saturadas de color. Los fieles de las distintas confesiones se miraban con respeto, salvo los testigos, quienes no se consideraban como hermanos extraviados sino como verdaderos anti-cristos. Pero no había violencia: la violencia del llano les había enseñado que el respeto mutuo y la tolerancia son virtudes humanas.

De camino, los padres instruyeron a sus hijos sobre el comportamiento. Les indicaron además que, concluido el estudio, debían quedarse en casa de su abuela, puesto que Juan y Mayra planeaban un paseo después de la misa.

Diagonalmente, los dos templos se erguían en la esquina. La familia, deteniéndose brevemente en la puerta del templo romano, discutió los últimos detalles de la jornada. En la puerta del templo anglicano, una joven negra saludó a los esposos.

—Allá está la maestra, vayan... y ya lo saben: nada de faltarle el respeto a la abuela, ni tampoco jueguen trompo, ni canicas, ni cartas, ni chapas, ni nada de eso, porque hoy es domingo, el día del Señor.

—Sí, mamá.

—Además tengan cuidado con el barro y la ropa y pórtense bien.

—Sí, papá...

—Sí, amá...

No hubo besos. Los dos muchachos se tomaron de la mano y cruzaron la calle. Luego, cada uno siguió solo.

Después de misa los esposos fueron de paseo al Pacuare. Juan llevaba un saco de gangoche con los utensilios necesarios para la pesca de camarones. Arreglaron la trampa entre los dos: una especie de jaula de cedazo en cuyo interior pusieron un nido de comejenes. Hecho lo cual, se alejaron del río.

—¿Te animás a bañarte aquí?

—¿No hay cocodrilos?

—Pues supongo que allí afuera sí.

—¿Dónde querés que nos bañemos, pues?

—Aquí... aquí no más en el arroyo... es bastante hondo...

—¿Y no se meten aquí?

—No hombré, ¡cho!

El agua del afluente, cargando la luz cristalina de la pasada aurora, se escurría hacia el verdoso Pacuare.

A la orilla de lo que era casi una laguna, un gigantesco árbol detenía entre sus hojas los quemantes fulgores del sol; con el viento las hojas dejaban paso de cuando en cuando a los rayos que danzaban entonces en el agua, ya inofensivos.

Dos cuerpos volaron un segundo por el aire y se hundieron en el agua. Filtrándose en sus ligeras ropas, el agua las pliega al cuerpo. Se agitan al dibujarse en la superficie mil surcos armoniosos, que corren a morir en la ribera.

Cuando salieron del agua los esposos, sonaba bárbara y auténtica la melodía fresca de los yigüirros. Solo ellos y las ardillas daban vida a la inenarrable quietud.

Juan y Mayra se miraron como si fuera la primera vez, acercando el frescor de sus cuerpos en la sedienta lentitud de la tarde. Fue un largo abrazo, que unió labios y palabras y dos nubecillas en lo alto del cielo, y el credo... el callado credo... credo... credo...

La rocola, la luz celeste, las mujeres vestidas con sus mejores ropas. Las unas negras, las otras blancas o mulatas. Los hombres tejen el colorario con sus vistosas camisas, muy bien aplanchadas y limpias, las faldas afuera, el pantalón sin faja. Hay ritmo en la sala.

No se oyen guarachas: el aire vibra con la resonancia sensual de los blues*, calipsos y boleros. A veces una pieza sicodélica y alguna pareja que se luce. Pero Juan y Mayra preferían los blues, acaso porque en su cadenciosa tristeza se expresa con más fidelidad la alegría de vivir sobrepuesta al dolor de siglos del negro. Todos toman cerveza, incluso las mujeres, salvo los tímidos que se agrupan en la puerta del salón. En el rincón, los que ya se han copado se dejan llevar por la sobrehumana armonía del conjunto, haciendo gala de una sincronización admirable. Sobrecogido en la cadencia de notas que los conduce, Juan piensa en la religión de su esposa, que les prohíbe a los niños jugar trompo los domingos, pero en cambio tolera el baile. Un amigo los saluda: uno que compró doble cero durante la semana a causa de un sueño, pero no lo adquirió el

* Canción nostálgica propia de las culturas negras.

domingo, perdiendo la oportunidad de hacerse de una buena suma.

—Vamos, Mayra... mañana me toca dura la cosa...

—Sí, es hora de irnos: mañana es lunes.

Salieron a la calle. En algún lugar del espacio y el tiempo quedaban bailando los recuerdos de otra noche de cristalina claridad, de manchas de luz que tiñen paulatinamente el cielo de plata. La noche se hacía frío. Las nubes cubrían ya el cielo.

Los esposos apresuraron el paso, pues presentían la molesta lluvia.

Duelo entre amigos

Uno era jamaicano de pura cepa. Conversador, alegre, aficionado al *bluf**. Tomaba ron con cerveza y leche evaporada.

El otro era un cartago de Taras. Blanco como la leche, cuentan que asustaba de noche porque gracias a su flacura lo confundían con un esqueleto.

Pero eran buenos amigos. Nadie supo jamás cómo empezó la extraña amistad, pero se les veía siempre juntos en todas partes. En una época en que los jamaicanos y los nativos de la provincia apenas se trataban, la amistad de los dos labriegos era el diario comentario de todos.

* Farsantería.

Un día, el cartago visitó a su amigo en su casa. Esta vez, el jamaicano tenía una botella de ron de su tierra; y el cartago era buen bebedor.

Pero dicen que después de tomarse la botella siguieron la fiesta con guaro.

Horas más tarde, cuando los dos estaban borrachos, el cartago cometió el vil desprecio de escupir en el piso del jamaicano. Y entre tragos, un amigo le reclamó al otro. La fiesta acabó en una bronca y el cartago salió de la casa renegando de todos los negros habidos y por haber.

Pasaron varias semanas. No se les volvió a ver juntos. Y una noche cuando la luna apenas iluminaba el largo puente, se oyó la colisión de dos cuchillos. Dos *collins* nuevos.

Hermanos en el agua la sangre boruca, la sangre aschanti, la sangre hermana en el agua buscando un mismo destino; tiñó de paso los rústicos polines.

Después, los vecinos los enterraron con pesar. Los pusieron el uno frente al otro, para que compartiesen la tierra, el frío y la lluvia.

Y a partir de ese día se difundió la leyenda por toda la provincia:

Había una vez un jamaicano y un cartago que eran amigos...

La mujer de la capa blanca

Pleno invierno. En Limón llueve todo el año. Los días oscuros, el cielo lleno de grisáceos nubarrones y, a veces, en los días de tan andrajoso aspecto, la tristeza ambiente refleja su peso en los rostros.

En tardes así, convergen los destinos humanos hacia derroteros comunes. Se encienden muchas llamas de papeles inservibles; el fuego nace y muere con asombrosa prontitud, ahogado por el clima.

Sobre un diminuto cerro se levantan los blancos muros de la cárcel, en un pueblecito limonense. Detrás de su aparente blancura, se acumula la historia de dolor, tragedia y vicio de los sin-ley. Resistente al tiempo, la cárcel sigue indiferente al sentimiento humano, fiel a su cometido: hacer

sangrar angustia a todos los que en una forma u otra, atenten contra los postulados de la sociedad omnipotente.

Una solitaria figura sube la pendiente con paso forzado. Mira el suelo, como si desconfiase de sus propios pies, vacila, sonrío, respirando con marcado esfuerzo la densa brisa. El guarda la mira, sus ojos clavados en aquel cuerpo sensual. Trata de evitar tan abierta indiscreción, pero sus ojos vuelven a recrearse en la hermosa figura. Sube desde las extremidades hasta detenerse en el rostro: por un instante sostiene en su mirada la mirada terrible de la desconocida. Pero la luz ciega. Bajo los ojos.

—Buenas tardes... —en los largos y finos dedos de la muchacha hay un anillo de matrimonio.

—Traigo la ropa de Cuperto... sale hoy...

Se resiste a creer lo que escucha. Cuperto es un criminal. No había relación posible entre él y esta señorita de modales tan exquisitos, de aspecto tan femenino...

—Eso es con el Jefe político... eentre por esta puerta... allí eeestá.

Ella, acaso burlándose muy disimuladamente, le da las gracias y avanza hacia la puerta. Los ojos del guarda devoran el canela sutil de su piel, sus labios se entreabren, un brillo salvaje ilumina sus ojos asustados. Tiembla. Alguien lo ha tocado en la espalda. Se vuelve para enfrentarse a un negro alto de aspecto atlético. Retorna de su éxtasis violentamente.

—¿Qué mira tanto?

—¿Cómo?

—¿Qué mira tanto?

Atolondramiento. Sangre que se revuelve en las arterias.

—No mire dos veces a esa mujer si quiere seguir vivo.

Con la misma increíble sigilosidad con que se aproximó, el negro se aleja. El guarda se ha vuelto mudo. Sus ojos buscan instintivamente la figura de la beldad. Un rayo enciende el parco cielo vespertino, y segundos después el trueno precede al aguacero.

El guarda piensa en el marido de la desconocida... y su pecho se llena de una voraz pasión. Sus ojos se posan tristemente en la punta de su revólver: ha quebrado un mandamiento más.

Entretanto, en la oficina del Jefe el negro le jura a la joven que hará cualquier cosa por ella y por su hermano.

Vienen. Vienen como por dieciocho millas.

Limon había caído pocos días antes en manos de las fuerzas revolucionarias. Ahora, avanzando sin resistencia se aproximaban al pueblo, y el pueblo temblaba de miedo. Cocobello temblaba también, igual que todos.

Le contaron que los rebeldes reclutaban al igual que antes lo había hecho el gobierno. De repente estaba en medio de una revolución, cuya causa no comprendía, y cuyas consecuencias eran de temerse. Ni

Un regalo para la abuela

Se oye en el pueblo el lejano silbido del tren. Rompe el silencio de los contornos, saltan los corazones de los habitantes de Estrada.

Vienen. Vienen como por dieciocho millas.

Limón había caído pocos días antes en manos de las fuerzas revolucionarias. Ahora, avanzando sin resistencia se aproximaban al pueblo, y el pueblo temblaba de miedo. Cocobello temblaba también, igual que todos.

Le contaron que los rebeldes reclutaban al igual que antes lo había hecho el gobierno. De repente estaba en medio de una revolución, cuya causa no comprendía, y cuyas consecuencias eran de temerse. Ni

modo: decidió repetir la treta que le había servido con el ejército oficial.

—Ruby —su voz temblaba—, busque los cojines.

—Voy...

—Apúrese...

—Voy... vaya quitándose la camisa...

De nuevo el pito hiere oídos y entrañas, calando hacia el hueso. Se rasura de prisa. Piensa que ha sido afortunado, pues estaba en casa al saber la noticia. De otra manera a lo mejor... Pero de todos modos, a lo mejor...

Torpemente se ha puesto las medias de hilo. Ruby le amarra los cojines. Un pañuelo cubre sus cabellos crespos. En el piso se refleja el brillo intenso de su negra piel.

El tren se detiene a la entrada del pueblo. Se acerca el momento. Todos viven intensamente los minutos de espera. Hay angustia en cada ojo, en cada frente.

¿Por qué? ¿Desde cuándo habían perdido los negros la nacionalidad antillana?

Muchos se habían marchado a la montaña. Las elecciones habían transcurrido como siempre, con orden y resignación fatalista en la población de Estrada. ¿Qué sucedió después? El hecho es que Cocobello tenía seis hijos, que están refugiados en la casa de sus suegros. Él no los dejará para luchar en una guerra que no es suya.

—¿Cómo me veo?

—Muy bien, abuela...

—No me salga con eso ahora...

—Chisas Kraist —exclamó Ruby—, unos vienen directo para acá...

—Bueno, mujer, calma, calma...

—Sí, sí, Ok. Lo tomaré con calma. Pero no me hable con ese tono de abuela idiota... métase en la cama ligero...

Las voces se quedaron luego en el corredor: negrita, sí señor, adónde está su esposo, cuál esposo, su esposo, mí solo tener hijos no esposo, de qué edad, el mayor treinta y cinco y anda metido en esta cosa, de qué lado, Ruby mentía, mentía y ojalá que se acordara de su mentira, de qué lado pelea, quién, y cómo voy a saber, mí no saber, quiero saber de qué lado está, si con el desgobierno o con la revolución, mí no entiende esta cosa, bien, ¿hay soldados en el pueblo?

Y esa pregunta pasó a través de la pared y golpeó en los oídos de Cocobello abriendo la herida, tratando de comprometer a Ruby a tomar parte en un asunto en el cual ella no tenía parte; ¿soldados? Hombré, hasta el jefe político se fue, salió corriendo. Para adónde, mí no sabe, mí no ser espía o algo así, bueno morena, no se enoje, nosotros los vamos a ayudar a ustedes, ustedes han sido explotados, nosotros vamos a venir más tarde, cuatro de mis hombres... ¿qué? A acampar aquí, la casa es grande... es que mí solo tener dos camas y abuela está enferma y... no hay problema pueden dormir en el suelo. Ah carao hombré... qué dijo, nada nada señor, nada.

Por la puerta, que Ruby había dejado entreabierta, Cocobello pudo ver el rostro del oficial. Igual a los otros. Un ruido repentino le arrebató la imagen: un avión gris surgió del noroeste. Los ojos del pueblo se elevaron hacia el metálico demonio, y con los ojos se alzaron los corazones. Cantaron tarareando las ametralladoras y los soldados se zambulleron entre los matorrales. A los pies de doña Ruby, se incrustaron en el suelo un par de balas. El avión peinó el solar, y, dando vuelta, se alejó hacia el oeste.

A un cuarto de milla, debajo del tanque de agua que abastecía a las locomotoras, una máquina escupió fuego. Doña Ruby vio el cielo encendido y pensó en el rayo y el trueno: eran rayo y trueno artificiales creados por el hombre para destruir al hombre.

Del avión empezó a salir una estela de humo negro. El avión dio una nueva vuelta y se tendió hacia el este a toda prisa. Doña Ruby bajó los ojos. Las cabezas de los soldados comenzaron a surgir de entre los tupidos arbustos. Continuó allí, inmóvil, contemplando con primitiva admiración a los victoriosos. Era su primera experiencia bélica, y tal vez también la postrera. Se contaba por dichosa entre los mortales.

Más tarde vendrán. Con mucho gusto, para servirle señor, Cocobello respira hondo.

En las primeras horas de la tarde vinieron los soldados. Eran cuatro. Traían víveres de la pulpería

del chino. Cocobello pensó en ese detalle con temor. La idea del saqueo le hacía dudar del futuro gobierno. Los soldados se encariñaron con la *viejecita*. Le prometieron una pensión para cuando se implantara el nuevo gobierno. Los negros de la costa ya no serían explotados, como lo fueron bajo el gobierno liberal que las fuerzas revolucionarias estaban derrumbando. Dijeron que

—Expropiaremos el ferrocarril y se lo entregaremos al negro.

Cocobello pensó que el negocio era bueno. Y juró apoyar al nuevo régimen.

Antes de irse los soldados le dieron un regalo a la abuela, con la única condición de que no lo abriera hasta que se hubiesen ido.

Amparo de los dios... vuelan siempre. Por las
Diana... surcan el cielo camino al sur; vuel-

Cantan los gallos. En el potrero de miss Ela el potro relincha. Entre la soldadesca, es cierto, se oyen gritos extraños a la región, algunos salvajes para los pobladores de Estrada.

—Qué asiada la negrita.

—Sí... son gente limpia de veras. ¿Y que me le dice a ella, eh?

—¡Ay yay!

—Quién quiere trabajar para mantener negritos...

—Ydiay... ¿quién habló de eso?

Se fueron al promediar el día. Cocobello sale de su cama para abrir el regalo. Su mujer, tendida de

rodillas, limpia el piso. Alza los ojos al oír la exclamación de su marido.

—Güel-ai-bi-dam*... calzones y medias de seda.

Dice, y se echa a reír. Cocobello, mientras se inunda de la risa, piensa en sus hijos.

—Qué cosa —exclama y deja de reír—, todo está bien como lo estuvo ayer.

—Expónmelo el terroncillo y se lo entrego.

Cocobello piensa que el negocio era bueno. Y ju-

to a partir de nuevo legítimo.

Antes de que los soldados le dieran un regalo a

la familia, con la única condición de que no lo diera

la familia que se hubiera ido.

El avión empezó a salir una estela de humo

negro. El avión avanzó una vuelta y se volvió a

dar la vuelta. Entre la soldadesca se oyó un

grito. Entre la soldadesca se oyó un grito.

—Si son gente buena de verdad. Y que me lo

dicen a ella, eh?

—Ay vray!

—Quién quiere trabajar para mantener

negritos...

—Y díay... ¿quién habló de eso?

—Es tuerto el prometido el día. Cocobello sale de

la casa para salir.

* *Well I be damned*: sea yo condenado.

Las oropéndolas

...y la voz dijo no, y tan solo por eso, aquí lo tienes...

Al amparo de los dioses vuelan siempre. Por las Amanañas surcan el cielo camino al sur; vuelven al caer la tarde, arrastrando tras sus amarillentas colas, la puesta del sol.

Uno se fija en el agua: el reflejo de las oropéndolas se reviste de armónico cristal; desde el fondo, más profundo que el cauce; en el cielo, más alto que las hojas del pejibaye, y cada día más significativo, conforme los años transcurrían, sobre nuestras infantiles cabezas.

Cada día íbamos a verlas. Y en nuestro cotidiano peregrinaje aprendimos a amarlas. Pero nunca supimos explicarnos por qué, nunca se les ocurrió mudarse de nidos, para establecerse mejor en las cercanías del maizal de don Fredric. Pero nunca lo

pensaron. Por lo menos, eso es lo que Ronald y yo deducíamos, en esos tiempos que vibrarán siempre en el recuerdo más hondo.

Teníamos doce años. En tal edad, cuando apenas despertamos del letargo infantil, todas las cosas se convierten para nosotros en motivos apasionados. Nuestra devoción por las oropéndolas nos valió el implacable castigo de los mayores, que no comprendían la gran verdad: no nos escapábamos de la casa por malos, como ellos nos decían, sino más bien por poetas.

Y diariamente, bajo la sombra de los árboles, quietos como la vida, y como la vida palpitando inquietud, vertíamos la contradicción de nuestros seres en el intenso amor de que todos somos capaces a los doce años.

Jamás osamos turbar la paz de nuestras amigas. Las mirábamos de lejos, sintiéndonos partícipes de sus juegos y disputas; extasiados, deplorando el ruido del bosque, temerosos de que fuese a robarnos tan inestimable compañía.

Y sobre nuestras manos y nuestras frentes transcurría calladamente el tiempo, revelándonos a cuentagotas las intimidades de la naturaleza.

Pero un día tuvimos la idea de invitar a otro amigo a la cita diaria. Ni Ronald ni yo nos hemos perdonado ese grave error. Porque la verdad es que pudimos habernos imaginado que el compañero llevaba una flecha.

Como siempre, al caer la tarde, las oropéndolas vuelan al amparo de los dioses. Surcan el cielo, luciendo sus amarillentas colas, arrastrando tras de sí los postreros suspiros de cada crepúsculo, camino al norte. Las miramos pasar con una tristeza que cala y hunde en la región más sensible de nuestro espíritu. Al lugar de encuentro diario, allá en el maizal de Mr. Fredric, no volvieron nunca.

Acaso no pudieron olvidar que allí, una mañana asoleada, sobre el verdor iluminado de la llanura, acarició la tierra el rígido cuerpo de una compañera muerta a traición.

Sobre la mesa de madera, el chocolate arde. Arde espeso, y el vapor se hunde en lo invisible. Pan limonense, aguardiente, bacalao frito. Dominó sobre otra rústica mesa, coritos alegres entre la muchachada. Todo en abundancia. El sudor también, que corre, pasa el ojo y cae sobre las camisas y las blusas y las manos sudorosas.

¡Pero si se ha muerto la abuela!

Había sido una señora muy buena. O, mejor dicho, tal resultó después de muerta. Miss Love, Miss Lemina, Miss Askme... todas... dieron el veredicto que la hizo de pronto pasar del infierno a la gloria. La generación entera de los correveidiles del pueblo

Nueve días

Sobre la mesa de madera, el chocolate arde. Arde espeso, y el vapor se hunde en lo invisible. Pan limonense, aguardiente, bacalao frito. Dominó sobre otra rústica mesa, coritos alegres entre la muchachada. Todo en abundancia. El sudor también, que corre, pasa el ojo y cae sobre las camisas y las blusas y las manos sudorosas.

¡Pero si se ha muerto la abuela!

Había sido una señora muy buena. O, mejor dicho, tal resultó después de muerta. Miss Love, Miss Jemina, Miss Askme... todas... dieron el veredicto que la hizo de pronto pasar del infierno a la gloria. La generación entera de los correveidiles del pueblo

estaba congregada en tan feliz... en tan triste ocasión, y sus más genuinos representantes –la crema y nata de las brujas– discuten las postreras virtudes de quien en vida fue la adorable y nunca adorada abuela. Todos están en la fiesta de los nueve días.

¡Pero si se ha muerto la abuela!

También las brujas cantan. De sus labios brota toda la tensa tesitura de los viejos sankis*, la herencia singular de la centenaria tradición antillana. Cantan. A veces se detienen para orar, usando las fórmulas del Libro de Oración Común, de la Iglesia Anglicana, otras veces prefieren improvisar la evocación. Y cantan siempre.

¡Pero si se ha muerto la abuela!

Todo tiene sentido. El himno que brota de sus labios, la promesa que enuncia, la lágrima que fingen sin engañar a Dios. Todo.

*En el camino llano de luz eterna
en la orilla del Río Jordán...
en la orilla derecha de la celestial ribera
bañados en sus aguas tú y yo,
salvos seremos tú y yo.*

* Vieja forma evangélica de cantos, ya en desuso.

Sobre la rústica mesa el chocolate. Té, café, bacalao, plátanos asados y fritos, verdes y maduros, suficiente aceite de coco y sal, y...

*En la orilla derecha de la celestial ribera
salvos seremos tú y yo...*

Pero, ¿no se ha muerto la abuela?

El rezo muere poco a poco en la profusión de cosas distintas. Cuando jueguen al tablero, Mr. Aman le ganará a Mr. Peters porque es un jugador de más experiencia. Y Mr. Roá le ganará a Brother James porque juega mucho mejor.

Por otro lado, el Chino Bucks y la Gata Rosita se escapan como siempre lo hacen, de todos los novenarios, indiferentes a los fantasmas, desconociendo el temor y el respeto con que la gente honra a sus muertos.

—Pronto la verás con busto de a nueve —dice una de las brujas.

—Sí —respondió la otra—, y luego la dejará.

—Claro, es un irresponsable.

Pero, ¿no es éste el novenario de la abuela?

Sí lo es. Hoy se celebra la ascensión de su espíritu. Por eso están alegres, por eso cantan la cristiana promesa:

*En la margen derecha de la celestial ribera
salvos seremos tú y yo...*

La luz del vigía

A la Niña Regina de Barrantes

Noche a noche sucedía lo mismo. La extraña luz captaba la atención de todos, moviéndose por la vía férrea a la altura del medio cuerpo de un hombre.

Se desplazaba un cuarto de milla para desaparecer de pronto, y aparecía en otro punto, más distante, ya en la misma, ya en otra dirección.

Esa noche los muchachos del pueblo se proponían dejar al desnudo el secreto de la Luz del Vigía.

A las seis estaban ya congregados. Cada uno tomó dos tragos para darse valor. Luego, la pareja designada caminó hacia el este por la interminable vía.

Anduvieron una milla conforme a un plan prefijado y luego se devolvieron. Minutos de viaje y de

pronto la luz. La misma de siempre, a unos diez metros delante de ellos.

Los corazones de todos saltaron con incontenible pasión. La expectativa les infundía miedo y esperanza, pero sobre todo esa sensación indescriptible que nos llega cuando enfrentamos lo ignoto, acaso una variedad de pavor. Con un poco de suerte, iban a echar por tierra el misterio de los decenios.

La luz siempre aparecía a diez o más metros delante del viajero, y se mantenía a la misma distancia. Si aquél apresuraba el paso, en un esfuerzo por alcanzar al supuesto mortal que la cargaba, la luz le hacía objeto de burla, alejándose o, a veces, desapareciendo en el acto para aparecer segundos después a considerable distancia.

¿Cuál era el misterio que ocultaba? Los viejos contaban la historia de la luz a su manera, pues no la habían visto nunca y la vieron después de la trágica noche en que un brequero en servicio cayó abatido por su destino.

El problema era que los muchachos de las nuevas generaciones ya no aceptaban tal explicación, y se empeñaban en calzar el fenómeno dentro del campo de la lógica aprendida en el aula.

Después de esa noche se sabría, se sabría con toda seguridad.

Los dos muchachos apresuraron el paso y la luz comenzó a alejarse con mayor celeridad.

—Corramos...

—Corramos, compañero...

Corrieron. Treinta y cuarenta y cincuenta metros de inútil esfuerzo a pulmón lleno. Setenta metros de frenética carrera. Cada vez más rápidamente, cada vez con una dosis mayor de amor propio.

—Corramos, compañero, tenemos que alcanzarla.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer...

La luz se aproximaba al grupo, que la vio venir a toda prisa.

—¡Esta noche sí que la agarramos, man!

—Hombre, yo creo que sí...

Nueve metros adelante. Los muchachos tendieron una cuerda a través de la vía, y cuatro de ellos se repartieron a ambos lados sosteniendo la punta. Los otros se pararon un poco más atrás.

Ocho metros. Siete metros...

Casi se podía oír el palpitar de los corazones. Las manos de todos estaban frías: de sus frentes caían inmensas gotas de sudor. Detrás de la luz se oían los pasos de los otros muchachos, acercándose a toda prisa.

Seis metros.

Y de repente la luz no estaba. Se apagó como se apaga un foco.

—Santa María...

Los dos perseguidores se detuvieron frente a la impávida comitiva.

—Mirá —gritó uno antes de que pudiesen por lo menos reaccionar—, allí está atrás...

Todos miraron. Allí estaba. Nadie quería admitirlo. Desbandada. Fuga veloz sin rumbo común.

Entre los matorrales se oía el ruido de veintiocho pies. El eco portaba el Nombre de Dios y de María, o el nombre de la propia madre. Pero todos huyeron.

La sensación era la misma: un crecimiento desproporcionado de la masa encefálica, como un globo que se infla y, como un globo, todos expuestos a reventar.

Muchos se agarraron de la cabeza en su desenfrenada huida. Nadie se detuvo hasta llegar a su respectiva casa, y nadie quiso contar la extraña odisea. Mutismo hermético en todos ellos, aterrados por el desesperante pánico. Silencio de tumba.

Al día siguiente los jóvenes volvieron a la escuela. Volvieron tristes. Unos habían llorado: ninguno pudo dormir. La maestra notó la tristeza general y en el recreo los llamó aparte para indagar sobre el problema. Nadie quería contar la historia. Esa triste historia que todos negaban sabiéndola cierta. Porque contarla equivaldría a reconocer que efectivamente había sucedido y, de admitirla, los abuelos iban a resultar de pronto héroes, y su historia dejaría de ser una simple leyenda. La ciencia adquirida en el aula estaba en peligro. Y eso no era permisible...

Pero el más joven se dejó persuadir y contó la historia. La maestra, como era de esperar, se rió, hirviendo el orgullo de los muchachos.

—Vamos esta noche, Niña —dijo el mayor—, si es que usted se anima.

—Muy buena idea. He luchado contra la superstición en las lecciones, valga la oportunidad de hacerlo en el propio escenario de los hechos imaginados por ustedes.

Renuncias a granel.

—Además, será un buen paseo si no llueve. Y para que nadie se quede sin ir, será una excursión oficial de la clase, y mañana durante las horas lectivas me van a hacer un breve resumen de los sucesos de esta noche.

Entonces hubo resignación. Volvieron a la clase cabizbajos, lúgubres y vencidos como la paz remota de todos los cementerios.

La noche de nuevo. La luna jugaba con las nubes, burlándose de quienes tal vez enamorados, la contemplaban. Y de la luna se ocupaba la maestra, cuando se oyó un murmullo entre el grupo. Era el susurro de cuarenta voces.

La educadora bajó la vista del cielo, y no pudo evitar el asombro al comprobar que delante de ellos iba, a unos diez metros, la Luz del Vigía.

Sintió compasión por los muchachos, convencida cual estaba de que aquello no era sino otro viajero. Iba de frente, pues, confiada, con esa autosuficiencia que otorga el estudio.

Inesperadamente, la luz se detuvo, y la maestra aprovechó la ocasión para echarse a correr hacia ella.

—Señor... señor...

En la distancia, el eco de su voz, única respuesta a su llamado. Única y triste... como la voz del ave nocturna. Y luego la luz se apagó. Murmullos entre los estudiantes. La maestra volvió al grupo.

—Pues fui hasta donde estaba la luz —confesó— y busqué por todas partes con el foco y no vi a nadie. ¡Qué raro!

Pero el grito de uno de los muchachos estremeció a todos.

—Niña, véala allí... vea allá...

Era la luz de nuevo, esta vez entre ellos y el pueblo. Miedo. Pánico.

Oculto en la oscuridad de la noche la maestra se permitió un gesto de asombro. De incredulidad más bien, que caló de prisa hacia su corazón.

—Vamos tras ella.

Comenzaron a correr, todos alumbrando con sus focos.

—Paren —ordenó la maestra, después de unos treinta metros—, iré sola.

—Pero Niña...

—No tengan cuidado...

—Iré con usted —dijo el mayor—, por favor déjeme ir.

—Bien, acompañeme, pero solo usted.

Ella creyendo en su sapiencia; él creyendo en ella, avanzaron con los focos apagados. De los labios de la maestra escaparon las palabras de un Padre Nuestro. No fue suficiente, por lo cual balbuceó también el Rosario. Después, junto a su fiel alumno, echó

a correr en la semioscuridad de la noche. Detrás de ellos, a lo lejos, los demás compañeros caminaban a paso lento.

Maestra y alumno corrieron hasta el pueblo. Un poco antes de llegar la luz se apagó de nuevo, para surgir muchos metros atrás. Los adolescentes miraron el fenómeno y supusieron lo que había acontecido. Tristes, cabizbajos, sobrecogidos y meditabundos, cada quien se dirigió a su casa, bebiendo el acíbar de la derrota. Pisaban bajo sus plantas la omnisapiencia científica y toda la legión de sus apóstoles.

Podrosas sombras en derredor. Tambores. Clamor de una juventud pujante que despierta y vive:

—Irán a la ciudad... a la capital, donde la educación es mejor.

—¿Cuán que todo lo atrae, todo lo induce, insaciables ansias de saber.

—Allí vivirán pobremente. Quizás alguna vez les faltará el pan cotidiano. ¡Ah-muchachos! Es dura la empresa que les aguarda.

Era una voz de vieja; una voz trémula; una voz que me hizo cerrar los ojos y evocar por un instante los tiempos de seda, los tiempos verdes. Luego, al abrirlos miré las hojas marchitas que abundaban en torno a nosotros.

Dos caminos

Para mis ex compañeros de la S.M.E.

Poderosas sombras en derredor. Tamborés. Clamor de una juventud pujante que despierta y vive.

—Irán a la ciudad... a la capital, donde la educación es mejor.

Imán que todo lo atrae, todo lo induce, insaciables ansias de saber.

—Allá vivirán pobremente. Quizás alguna vez les faltará el pan cotidiano. ¡Ah muchachos! Es dura la empresa que les aguarda.

Era una voz de vieja; una voz trémula; una voz que me hizo cerrar los ojos y evocar por un instante los tiempos de seda, los tiempos verdes. Luego, al abrirlos miré las hojas marchitas que abundaban en torno a nosotros.

—Aquí no hay futuro para ustedes y necesitan mejorar. Necesitan ser de la poderosa clase media. Cada día los precios suben en esta región, los medios de trabajo son menos asequibles; la ayuda del gobierno no se hace sentir.

Era una cara negra la que tenía al frente. Una cara campesina, que reflejaba la historia en toda su profundidad. Ella conocía las causas, yo, las terribles consecuencias. Me miré en el espejo de mi propia vida: quince años de mundo, quince estériles años superados uno a uno con inútil paciencia. Y luego, al contemplar el rostro de la vieja que me hablaba, era como si mirase mi propia faz, se apoderó de mí un súbito escalofrío: he aquí que hablaba con alguien ya muerto... con los restos de una época de gloria.

—Aprenda, hijo, aplique su cabeza. La llave de su futuro está en el estudio y en el esfuerzo. En la misma medida en que aprenda el idioma será hombre o sombra. No lo olvide.

Hubo un silencio que se prolongó sobre mi vida con la lentitud de una eternidad. Siglos después, habló de nuevo.

—Me he detenido junto al camino, para decirle a mi raza... para decirle a mi pueblo que solo siendo mejor logrará la igualdad a que tanto aspira. El que trabaja, sea mejor. El que estudia, entréguese de lleno. Y sobre todo, hijo, ame... ame mucho.

De nuevo me miró. ¡Cuán miserable era mi aspecto! Mis pantalones de mezclilla barata, mal remendados, mi camisa a cuadros con las faldas

afuera, mis zapatos desprovistos de lustre, las medias rotas.

—Dos caminos tiene, hijo; dos solamente: el camino del cieno en donde se vegeta y muere, y el de la gloria que es constante lucha. Escoja.

Pensé en el dinero. ¿Con qué iba yo a costear el viaje y los estudios?

¿Me era dable emprender tan titánica empresa?

Una cosa comprendía, sí, con absoluta claridad: eran preferibles los riesgos de tan insegura odisea, a la amargura del cieno profundo.

Siempre con el mismo lodazal de ayer. Cada día y cada hora, los ojos llenos de agonía y las manos secas por tanta lucha, y total para nada, y dicen que uno es vago, que no le gusta trabajar la tierra, y yo pregunto, ¿trabajar la tierra para qué? Total, la tierra no nos pertenece después de cincuenta años de trabajarla. Un día aparece el verdadero dueño: uno que no había nacido cuando papá dio en esos terrenos la primera machetada, y reclama la tierra y nos echa. Mejor trabajemos en el muelle. ¿Y trabajar en el muelle para qué? Día tras día con los callos vivos restregándose contra las calladuras muertas, como lumbre y ceniza, la palma, cansada de producir riqueza para ninguno de los míos; el mundo tiene su peculiar estilo que nadie le

Demasiado peso

Siempre con el mismo lodazal de ayer. Cada día y cada hora, los ojos llenos de agonía y las manos secas por tanta lucha, y total para nada, y dicen que uno es vago, que no le gusta trabajar la tierra, y yo pregunto, ¿trabajar la tierra para qué? Total, la tierra no nos pertenece después de cincuenta años de trabajarla. Un día aparece el verdadero dueño: uno que no había nacido cuando papá dio en esos terrenos la primera machetada, y reclama la tierra y nos echa. Mejor trabajemos en el muelle. ¿Y trabajar en el muelle para qué? Día tras día con los callos vivos restregándose contra las callosidades muertas, como lumbre y ceniza, la palma, cansada de producir riqueza para ninguno de los míos: el mundo tiene su peculiar estilo que nadie le

quita porque es muy suyo, pues, a la verdad, así lo hicieron y así se queda. De tal manera entonces, condenación al infierno y jale.

Con eso, con más, con que uno resulta vagabundo así que se ha matado creando platos de comida para los hijos de otros, para los hijos que van a estudiar a Europa, con las venas rotas y la piel calcinada, ¿cómo es posible? Andar de aquí, de allá, cargando esto que Dios tuvo a bien darnos y sobre cuya utilidad no se han puesto de acuerdo los hombres. Hay que cargar la incertidumbre de todos los días. Condenación mil veces, condenación al infierno y jale.

Hay sal en los ojos. Sal en el aire, en la palma, en la arena. La vida entera está cargada de sal.

¡Dios! ¡Dios!... los huevos de tortuga cada día más escasos, el Jefe del Resguardo tiene su lotería clandestina; la esposa del gobernador se tiene una historia paralela a la mía; el sacristán voló con las ofrendas. Y a mí nadie me viene a decir que estas cosas no me importan. A mí todo me importa, porque respiro el mismo aire que todo el mundo. Y me como los mismos cocos también. Y en la capital, dicen que por el Paseo de los Estudiantes están dando números, y yo ni siquiera tengo los pases como para ir a pedir algunos.

La ciudad agoniza con la lentitud de un árbol frondoso que ha quedado de pronto en medio del desierto. Rodeada de arena, aislada, se muere, se

acaba. Las hojas caen unas tras otras secas, descoloridas, tapizando la arena, pasivos testigos de la gloria de ayer.

Cada día, cada hora, cada momento, la rutina sigue conmigo, incontrolada, agotadora: uno suda como si dijera, *el mar se evapora*, se acuesta sin cobijas y las sábanas amanecen mojadas. Uno sale de su casa bajo el sol, y suda bajo el sol, se acuesta a la sombra y suda a la sombra. *Condenación al infierno y jale*, repiten descaradamente los ecos que vibran con el peso de la vida, suspendidos sobre las cabezas de cada uno de los habitantes, y nada, nada más.

Sola y confundida, la ciudad ruega en vano el beso del rescate. Sola, dejada al amparo de sus recuerdos, entre conchas sonoras y sal, aroma de mar y bruma. El mar la embiste incesantemente, la va minando cada día, cada hora, inclemente y cruel.

—¿Qué hay, Brayan?

—Como la ve: llevándola suave.

—Buen Dios: por el amor del cielo, muchacho, busque qué hacer.

—Estoy un poco cansado, hermana, solo un poco cansado.

—¿De qué? Corte la tontería.

—No es broma, me siento cansado.

—Venga conmigo, Brayan. Clark no está.

—¿A qué? ¿A que me haga agua la boca?

—¡Quién sabe! Tengo unos huevos en casa.

—No me gustan los huevos.

—Bacalao.

—Tampoco.

—¿Qué le gusta?

—Nada.

—¿Ni siquiera esto? Venga, tal vez se le despierte el gusto.

—Regáleme cien pesos.

—Ah, necio, ni falta que hace. Hasta luego.

—Espéreme, Azuquítar: ¿por qué tanta prisa?

Caminan un trecho en silencio. Desde lejos el mar lanza un silbido que muere en las alas del silencio. Las palmeras responden con su mejor arrullo. Segundos después, todo vuelve al silencio.

—¿Cuántos años tenés?

—Dieciséis.

¡Dieciséis! Le calculaba veinte. Pero él no era un chiquillo, y eso tenía que ser demostrado. Unasavecillas surcan el cielo, manchando el límpido cielo, y se alejan en pos del horizonte. La calidez de la brisa despierta la sensibilidad de la piel, invitando a elevar los pensamientos hacia lo trascendente. Más allá del cielo parece haber algo real, algo concreto y verdadero. Pero abajo, en el pavimento, entre el barro y las piedrecillas sueltas, se pierde la noción de la belleza: queda sólo el vacío de la tosca calle, la necesidad y la ruina.

Cuatro años trabajando en el muelle, eran en verdad muchos años para un joven de su edad.

Pero a los diez le calculaban quince, y eso le ayudó a colocarse de peón. Hoy, con el paso de los años, con las huellas de sus heridas y las deformaciones en sus manos, debía concretarse a recordar los intentos infructuosos que había hecho por salirse de su mediocridad: matricularse en la Escuela Nocturna, y asistir hasta el primer examen, ingresar a la escuela de comercio y salir gracias a la torpeza de sus manos, entablar noviazgo con una de las hijas de un señor acaudalado, y abandonarla gracias al choteo de sus amigos. Luego ingresó a la Iglesia San Marcos, y se hizo monaguillo. Pero también en esto como en todo lo demás, el choteo afuera y el antagonismo de los viejos adentro, acabaron con su ánimo. Soñó que había jugado el cuarenta y dos y pidió dinero prestado para comprarlo, y no salió ese domingo, sino dos semanas después, y no se ganó ni un pedazo.

Nada, pues, nada positivo. Condenación mil veces al infierno y jale.

Era casi de noche cuando abandonó la casa de la muchacha, y empezó a andar. A andar, simplemente. Ya había perdido un día de salario, podría reponerlo trabajando de noche. Pero estaba cansado.

Aquel día no pudo dormir. No por temor, y ni siquiera por angustia. Le hubiera dado lo mismo que Clark lo sorprendiese con su mujer. Pero había una especie de sequedad en su cuerpo.

¿Qué será lo que me pasa? —se preguntó varias veces—. ¿Tendré lepra?

Ahora, caminaba. Caminaba sencillamente. Pasaron las horas. Las campanas de la Catedral dibujaron cruces en el lento atardecer porteño. Llegó a su olfato el olor a incienso, frescura y plegarias en latín. De repente tuvo la impresión de estar en el templo: las velas, las lujosas vestiduras del sacerdote, la voz temblorosa del coro; estaba en el templo, junto a la grey, pero separado de ella, huérfano de fe. Su vida no tenía sentido: lo había perdido eventualmente, entre la sal del puerto y el murmullo incesante de las palmeras.

No supo a qué hora empezó a subir la cuesta de Jamaica town, con sus pies deshechos, clamando por un descanso. Pero era imposible detenerse. No podría soportar tanto peso en un solo sitio: forzosamente tenía que seguir caminando, arrastrado por la terrible sensación de estar del todo exhausto, pulgada a pulgada, piedra a piedra, paso a paso...

¿Y para qué subía la colonia? Para nada.

—Hey, compañero, ¿qué pasa?

—Nada.

—Estás con agüita.

—No, estoy un poco cansado.

—¡Ah! ¿Se lo bebe?

—Diay, no tengo plata.

—Yo invito.

—Bueno...

Entraron en la cantina y se acomodaron en el bar.

—¿Venís de allá?

—Sí.

—Oye, como que tenés pasto por aquí.

—No, nada de eso.

—¿Y entonces?

—Caminaba.

—¿De veras?

El tiempo continuó, mientras guardaban silencio. El licor se deslizó calladamente hacia los intestinos. Brayan sintió de repente que se había encendido la mecha, y ahora sí, sin remedio, iba a estallar definitivamente. Habló:

—Condenación al infierno y jale. Estoy abrumado. Estoy harto de esta condenada rutina. ¿Me entendés? La misma carambada todos los días.

—¿Qué rutina, man?

—¿Te parece poco? Uno se levanta y apenas puede medio tragar el café. Se va a trabajar, y después a comer, luego orina, defeca, toma guaro, juega al béisbol, se acuesta con alguna partida, y luego se duerme. Y todos los días lo mismo. ¿No es eso pura tontería?

—Pues verás: estamos en un mundo absurdo, creado por un Dios que nadie entiende y todos tratan de explicar.

—¿Con todos los demonios! Tenés razón.

—Que si la tengo. Uno mira esta porquería y dice: o el que se jaló esta vara es infinitamente inteligente, o se jaló un tortón.

—¿Un tortón?

—Sí. ¿Qué sabe uno? A lo mejor metió las de andar.

—Ah —suspiró Brayan—, ¡por mí! Lo que yo quisiera es quitarme este peso de encima. Me está estripando, man.

—¿Qué peso?

—Cho, ¿qué te pasa?

—¡Cómo!, *qué me pasa*.

—Pues que uno te está hablando y estás como en la luna.

Sospechaba ahora una absoluta soledad. Nadie estaba con él, nadie comprendía. Nadie estaba interesado en sus problemas: ni la muchacha que buscó su propio deleite, ni este amigo, cada vez más ausente.

La calle es cruel, vacía, absurda. Arrastra su largura sin sentido más allá del alcance del ojo, y sigo con mi peso, con el frío de esta lenta agonía, calcinada, detenido precisamente aquí en este punto. ¿Quién lo creyera? Cuando niño anduve por estas mismas calles con las lombrices haciéndome pedazos. Era entonces un niño barrigudo, y lo recuerdo casi con orgullo. Anduve por estos mismos caminos, con el trompo apresado entre las manos, con las canicas en las bolsas, cuarenta yardas de mecate, y un tarro de carnada. La vida era entonces algo bello. Acaso pudiera volver ahora, junto a las conchas secas, resonantes en el sol y la bruma, relucientes sobre la arena mojada por el mar o por la lluvia. Acaso pudiera volver, con mi carga enorme clavada en la espalda, y dejarla allí en el hoyo

que la tortuga suele abrir en la playa. Acaso pudiera volver.

Y con qué nostalgia digo que el amor de las negras bonitas dura poco. Digo, yo tuve la culpa. Digo, yo le presenté al gran Luter. Pero digo, uno no puede sentir rencor por Luter, porque él es grande. El amor de las negras es como las olas que lo embisten a uno y luego se alejan. Apenas como las olas: siempre como las olas. Apenas el mar. Siempre el mar. ¿Qué valor tengo? Solo la sal que he recogido del mar. Marineramente diciendo plomo sobre la frente –digo, que después de todo– y si alguien dijera... el peso que después de todo me arrastra y consume primeramente mente...

Condenación, ¿qué estoy diciendo? Condenación mil veces al infierno y jale. ¿Qué dije? Dios mío: debo tener lepra. Eso es: tengo lepra.

Al amanecer hallaron su cuerpo rígido como un roble, con los pies clavados en la arena. En la playa, junto a sus pies, había dos palabras. escritas por un dedo robusto: demasiado peso.

Del significado que pudieran tener, nadie tuvo tiempo de ocuparse. A todos les bastó comentar la curiosa manera de morir, erguido, de frente al tiempo.

Pan bon, pan bon, pan bon, cocardas... patí, cocardas, patí, patí, patí...

Íntimo, en aquella corriente de melodía, se siente el ritmo de una raza que no sabe claudicar. En los ojos, en las voces. Si quierve hierve, se hace pedazos.

Una carta

Hierve. El agua sepultada en las venas de la tierra, y la tierra porosa, húmeda y el viento hierven. Contrastes. Un mundo heterogéneo reunido en los lindes del pueblo: contiene una unidad oculta que estalla en la policromía de su vegetación.

El ruido de los metales sofoca la queja de la tierra oprimida por la mucha necesidad, la angustia e intenso calor. Más fuerte que el sonido de los hierros carcomidos por el uso y el tiempo, se elevan los gritos: monótona plegaria de un pueblo que hierve.

Pan bon, pan bon, pan bon, cocadas... patí, cocadas, patí, patí, patí...

Íntimo, en aquella correntada de melodía, se siente el ritmo de una raza que no sabe claudicar. En los ojos, en las voces. Siquirres hierve, se hace pedazos.

Yucá, yucá, yucá, bofe... péscado... bofe... péscado... patí... patí, patí...

Al detenerse el tren, los pasajeros se movilizan aprisa. Siquirres se destila a través de los poros del pueblo, se deshidratan los pechos, las gargantas de los niños se secan en la brasa ambiente. Asomándose por la puerta del carro-correo, el conductor hace una reverencia. Alguien sonrío en respuesta. Un niño descalzo pasa atropellando, persiguiendo apresuradamente una meta invisible. Resbala, cae, se levanta frotándose las manos, y sigue indiferente a todos, perdiéndose en el anonimato.

—¿No compra el señor... sabrosas cocadas?

—Compare: son mejores estas guisadas.

—Tres patíes. ¿Están frescos?

—¿Y qué esperaba?

—¿Cómo dice?

—Que están ricos, y luego no he dicho nada.

Surgen de los carros del tren, el alimento de un pueblo, el licor legal para entontecer los sentidos, y el hielo para amortiguar el calor intenso que lo consume.

Una vieja espera con los ojos llenos de esperanza. Su rostro, contaminado de senectud, plétora de arrugas; el pelo en desorden; un delantal que cuelga de su cintura, simbolizando el espíritu creador que mora en ella; sus dedos se asoman desafiando al mundo por las roturas del calzado.

Cruel, casi inhumana, una voz destruye su fe:

No, Miss Spence, no hay cartas para usted hoy.

El viento recoge la voz, jugueteando con ella. El viento clava en el aire la puñalada salvaje de

su risa; la burla, demasiado pesada para que la sostuviera el aire, cae sobre las piedras haciéndose pedazos. El eco recoge el cuento y lo publica en el oído, en los ojos, en la nariz, y en la boca de la vieja:

No, Miss Spence, no hay carta para usted hoy: no habrá nunca.

Pero con todo, ella conservaba su esperanza. Lento, el tren reanuda su marcha, sofocando con su característico ruido el rumor de aquella letanía de pan. El viento se despliega, se esparce, se recoge, arqueando remolinos, robando la súplica del pueblo para convertirla en nada.

Los brazos agitan adioses; tanto sudor, tanto peso no permite más. Unos muchachos se cuelgan del coche en marcha, jugando inútilmente con sus vidas. Más adelante se desprenden y corren un trecho antes de detenerse y volver.

Siquirres hierve, suda, se hace pedazos.

—Miss Spence (¿era el Ángel de la Resurrección, o era el aire?).

—Miss Spence, Lippo te llama: dice que sí encontró una carta suya.

La vieja trató en vano de captar la risa del viento; el viento callaba.

Cuántos interminables días había hecho el mismo viaje, durante los dos últimos años. Múltiple la ciega fe en Dios, abundantes las oraciones. Bajo la lluvia a veces, otras soportando el quemante sol de la llanura; agua y sol igualmente inclementes. Y otras veces, cuando ni llovía ni había sol, hubo de soportar no obstante la incomodidad de arrastrar

un cuerpo de cincuenta y siete años, desde Brooklyn hasta el centro, sin poder librarse del intolerable calor, y sentarse en las bancas de madera, hechas más para mortificar, que para descansar el cuerpo, y luego, ya extenuada por la miseria, la angustia y el calor, obtener de Lippo –que ya ni se fijaba– la misma despreocupada y maquinal respuesta:

No, Miss Spence, no hay carta para usted. No, señora, no hay nada, señora.

Hoy el mundo expandía su horizonte: su hijo ha escrito. ¿Acaso no reconocía su letra en el sobre? ¿Acaso no eran innumerables las maravillas de Dios?

Avanzaba costosamente. No era fácil transitar la vía férrea, con sus incontables polines, sus piedras afiladas, sus pozos de barro: los pies, apenas cubiertos por lo que alguna vez fue un buen par de zapatos; le fallaba la vista, la traicionaban los años.

Había que ir paulatinamente, como las mulas al atardecer, con su pesada carga de cacao a cuestas; como la vida de Siquirres: lenta, nunca apacible.

Siquirres hierve siempre.

Llegó por fin a la pequeña choza, que era albergue de toda la familia. Siete cabezas asomaron por las ventanas: siete rostros distintos, precipitándose como polluelos hacia las alas de la madre.

Siete hermanos. Faltaba solo uno: el mayor, que vivía con su madre. Los otros, agrupados en su

torno, le hacían más difícil la vejez. Pero ¡qué remedio! Eran carne de su carne, sangre de su hijo.

—La abuela avanzó acelerando el paso. Iluminábala un rayo de esperanza, cuyos destellos ya cubrían a los niños. Rompió el sello y se quedó mirando la carta y dentro de la carta un hermoso billete. Un soplo de aire amortiguó ligeramente el calor del medio ambiente, y se alejó portando preces, buscando aprisa los oídos de Dios.

Ese domingo los niños comieron pescado, por primera vez en dos años. El domingo después de Pascua había hecho arroz blanco y pescado y como todos los años, los niños llegaron, uno a uno, acompañados de sus respectivas madres. Desde entonces nunca pudo darse tal lujo. Los niños se chuparon con toda razón los dedos, el plato, la lengua y por último los dientes.

Ese domingo también compró dieciocho pedazos del cuarenta en lotería clandestina y diez pedazos de lotería panameña, y por persuasión del diablo compró también diez pedazos de lotería nacional. Pero la suerte le había sido adversa hasta el momento: salió el treinta y ocho.

—Anduve cerca —pensó—; tal vez pegue la lotería nacional más tarde.

Disfrutó viendo a los niños comer. Los pobres. Engendrados así porque sí. Al principio dudó de que fuesen sus nietos, pero conforme crecían se perfilaban con más claridad los rasgos de la familia Spence. Y eso le bastó para encariñarse. Eran sangre de su sangre.

¿Qué culpa tenían de tener tales madres? Y por otro lado, ¿cómo había hecho su hijo para engendrarlos, si se toma en cuenta la astucia de esas mujeres? Y cuán poca profundidad de espíritu la de ellas, al no querer a sus propios hijos.

Cómo había luchado ella con los tres suyos. Vivió para ellos. Sobre la tina, sobre la palangana, sobre la estufa: vivió para ellos. Renunciando a sus propias posibilidades de progreso y felicidad –proposiciones honestas y deshonestas–, siguió fiel a sus hijos, dándose. Y hoy, con igual amor cargaba con sus nietos, y por eso mismo con el desprecio de los vecinos, para quienes ella era la más grande idiota de toda la provincia atlántica.

Miss Spence –anunciaron una a una–, voy a dejar el chiquito aquí. Es nieto suyo, y el papá se ha escapado. Se equivocan si creen que lo voy a mantener.

—Pero...

—Usted es la abuela: entiéndase con su hijo.

Miss Spence, aquí le dejo su nietecito, vea a ver qué hace con él.

Así, simplemente. Sus cabecitas pobladas de pelo crespo, sus ojos llenos de esperanza, se fueron quedando con ella. La vecina la tenía por tonta. Hasta el padre le había dicho que no era su obligación cargar con tal responsabilidad. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hubiese hecho el padre con sus nietos si los tuviera?

Eran sangre de su sangre, carne de su hijo. Tampoco era cosa de arrepentirse. Los niños compensaban con alegría. Así transcurrieron los dos años de

silencio. Ella lavando ajeno, vendiendo cajetas, tortas de plátano y pudín de yuca. Con eso procuró el pan cotidiano: por lo menos el pan. Pero luego, tanta responsabilidad fue minando sus fuerzas, hasta enfermarla. Mas conservó la fe.

Él sabe que tengo los güilas. Él no me defraudará. Él no me escribe solo porque no tiene qué mandarme. No me escribe solo por eso.

Y, como si lo hubiera oído, así decía la carta. Además revelaba otras cosas más tristes, las que su corazón de madre había presentido. Sin embargo, ya le iba mejor. Había comenzado a ganar bien, lo cual era muy importante. Además, se había matriculado en el colegio nocturno, y eso era más importante aun.

—Y yo que creía que para él ya era tarde. Mi muchacho.

Así les dijo a quienes señalaban los defectos de su hijo: mi muchacho, ya van a ver de lo que es capaz.

Alguien musitaba en la densidad del viento una especie de poema gris. Ocho hijos, siete de tales madres. Huir una madrugada diciendo: mamá, no aguanto más, voy para la capital. Pasar dos años en silencio, y escribirle por fin, una carta de una sola página. Y el colmo: incluir en la carta un billete de cien pesos. Alguien musitaba las cosas de que era capaz su hijo, en la densidad del viento.

Pero él era también capaz de otras cosas. Estaba demostrado. Aspiraba a superarse, al contrario

de Bromly y Agnes, que seguían en Limón ganándose una cochinateda. Besó la carta, sintiéndose dichosa. Dejó estampada en la hoja una mancha de aceite de coco, olorosa a pescado y a cebolla.

Afuera, todavía hervía el agua en las venas de la tierra.

La rebelión pocomía*

Jean Paul cruza el potrero bajo los claros resplandores de la luna llena. Una lechuza llena el cielo con su estruendosa sentencia de muerte. La noche es espesa, cargada de sonidos melancólicos y lamentos profanos. Con un sonido gutural, Jean Paul da la primera clave y cruza la cerca. Ya está en la finca de Jony Barbero, el Power man. Veinticinco años de agonía pesan sobre él. Cansancio que cala los huesos. Absurda agonía que entenece. Un fastidio estéril frente a los jamaicanos enemigos. Cruza la cerca y se detiene para aguardar la señal de pase. Imágenes de su antigua tierra en

* Publicado por la Editorial Costa Rica en 1976.

La rebelión pocomía

Jean Paul¹ cruza el potrero bajo los claros resplandores de la luna llena. Una lechuza llena el cielo con su estruendosa sentencia de muerte. La noche es espesa, cargada de sonidos melancólicos y lamentos profanos. Con un sonido gutural, Jean Paul da la primera clave y cruza la cerca. Ya está en la finca de Jony Barbero, el Power man².

Veinticinco años de agonía pesan sobre él. Canancio que cala los huesos. Absurda agonía que encanece. Un fastidio estéril frente a los jamaicanos sumisos. Cruza la cerca y se detiene para aguardar la señal de pase. Imágenes de su antigua tierra en

1. Algunos de los inmigrantes eran de colonias francesas.

2. Obeahman o brujo.

Santa Lucía, pueblan la noche. Maldita ingenuidad que le hizo renunciar a tanta hermosura, a cambio de una indomable selva que sacrifica los hombres en pro del progreso de un pueblo que no era su pueblo.

Ingenuidad también. Crónica ingenuidad que sueña con un mundo mejor. Regresa la imagen casi olvidada del inglés, murmurando un francés ininteligible. “Mucho dinero, mucha fruta, muchas ventajas del gobierno. Pueblo atrasado pero amable. Ninguna resistencia a la colonización. Tierras mientras estén en Costa Rica y un barco para regresar cuando gusten”.

“C’est tres bien”.

Puerto Limón. Pensar un sitio de hadas, con las ventajas que un santaluciano puede soñar y el regreso garantizado.

Solo se arriesga la propia vida. Y después de todo, la vida es siempre un riesgo. Además, ciudadano francés que era, Francia protege a los suyos de todo peligro. Tierras mientras estén en Costa Rica y un barco para regresar. “Vive la France”.

Y La esperada señal se dibuja a luces en la paliducha faz de la noche. Un leve toque de tambor lo saluda y avanza. Cruza la segunda cerca pensando en el olor a hierba quemada: una vieja gorda estará en el centro desencantando el altar, bajándola a tierra para que la pueblen los dioses. Sí, los jamaicanos son unos irresponsables, unos conformistas, unos esclavos.

La muerte cercena mil vidas en las primeras veinticinco millas. La muerte acecha en cada recodo.

Y los jamaicanos siguieron trabajando, indiferentes a todo. Fieles a Mister Keith.

Un ferrocarril de sangre, piensa, un ferrocarril de sangre. Piensa y sigue su ruta olfateada. Piensa y sigue su rencor acumulado.

Su hermano muerto en los trabajos del Río Martina, cuando una viga del puente le extirpó la vida en medio esternón. Su muerte fue una consecuencia directa de la indiferencia del capataz, un inglés de esos, de puro en boca y chaqueta blanca. Fue cosa del andamio. Si hubiesen reforzado el andamio, conforme lo pidieron los trabajadores.

En el entierro Jean Paul habló a los concurrentes. Les hizo ver –las lágrimas corrían por sus mejillas de pueblo– la injusticia fundamental de la muerte de su hermano, y los llamó, llamó a sus compañeros a una huelga total para obligar a la compañía a tomar posiciones más consecuentes con las demandas populares.

En el entierro habló Jean Paul, como otrora hablara un Bautista en el desierto. Los de Santa Lucía. Los de St. Kitts. Los jamaicanos en cambio dijeron, “cho”, y siguieron doblados sobre el riel, porque Mister Keith es bueno –dijeron– bastará quejarse a él.

Los guardianes del templo detuvieron a Jean Paul en los lindes de la propiedad del cholo Bigs.

“¡Ah, es usted frenchí! Pase...” Misael Drapeau lo acompaña hasta la última pasada y allí, le desea la mejor de las suertes. “Tengo ganas de volver donde la Constance” –le dice.

Jean Paul piensa de nuevo en una tierra lejana con luces y a pesar de la noche, se hizo sol en sus ojos. Sol ardiente en el fondo de su ser.

Eran dos seres humanos. Dos hombres. Pero en la solidez de la palabra una sola mano ancha cubre el universo.

La vieja gorda, desnudos sus exagerados pechos, está decorando el altar.

La tierra tiene un olor a misterio. El olor, un sabor a plomo; A plomo amargo que se hunde en el mar.

“Mamá Bull”.

Su memoria busca los retazos de pasado que integran su absoluto. Su mano tiesa, su maletín colgando, “Jesús”: ¿no pagan hoy tampoco? La compañía no nos ha pagado en tres meses. ¿Hasta cuándo vamos a aguantar? Y el último pago fue con vales para el comisariato. ¿Hasta cuándo?

Era ya la hora de la protesta. La hora de los brazos caídos, del trabajo lento, del sabotaje, como en las viejas haciendas esclavistas. Como lo habría hecho su bisabuelo. Los trabajadores viven del crédito dado por la compañía, consumiendo su salario sin darse cuenta, en los comisariatos. Era la hora de actuar.

“Mamá Bull”. La vieja gorda se separa un momento de sus piedras sagradas. De las invisibles imágenes y dioses. La oye decir unas palabras que no pueden comprender los mortales. Y luego, simplemente, “La fogata, eche leña a la fogata”.

La fogata arde, iluminando las figuras de los miembros de la secta en la densa noche. El golpeteo

pareo de tambores rompe el silencio con su tétrico ritmo deliberadamente insistente, pero, a su manera, hermoso. Los cuerpos se ponen en movimiento uno a uno; las voces se integran con ardor intemporal.

“Viajemos unidos al Río Jordán
donde suena gozosa angelical
la palabra que mueve la gracia que se da
viajemos unidos al Jordán...”

Gritos ahora. Gritos insostenibles que rompen la armonía cada tanto, agregando en el mismo acto de la interrupción mayor profusión rítmica. Los cuerpos en movimiento de abanico, ahora abajo, ahora arriba, respirando fuerte, jadeando...

Giran contra el reloj; gruñen su canto hermoso, tétrico, palabras que hacen temblar al más valiente de los jamaicanos. Pechos de hombre al desnudo, pechos de mujer al descubierto. Hábiles piernas masculinas y femeninas. Golpeteo de tambores con redobles caucásicos. Significantes africanos. Cadenas caribes. Humedad de sudor sobre los cuerpos que caen en estado cataléptico durante horas. Fugaz lamento de una lechuza que cruza el espacio con su cargamento de muerte dibujada en su frente. Turbador sonido que surge desde el fondo de los huesos, trémula voz, asombro en la virginal selva.

“Se hará lo que Jean Paul dice...”
Mamá Bull es bella como una piedra al rojo vivo. Es buena como una pantera que protege a sus

hijos. Es fiera implacable frente a sus enemigos. “Se hará lo que Jean Paul dice”, eso estaba ya sabido. Pero nadie tocará a los jamaicanos.

—Son lo peor...

—Son unos serviles...

—Son negros como nosotros.

—No son católicos...

—Son negros como nosotros. Y además, hay algunos que se han hecho hermanos nuestros.

Y aunque aguanten pasivamente son trabajadores y sufren igual que nosotros.

—Se hará lo que Mamá Bull dice, porque Mamá Bull es hermosa como Otto, el viejo dios de los ancestros. Es Dios invencible que vuelve en cada ceremonia para acabar con el mal. Es Cuminá que regresa y danza con el cuerpo del creyente. Es palabra que acaba con el mal ajeno; palabra que debe oírse. Palabra final.

Así la noche, hundida la noche, entre el olor suave de hierbas cansadas.

Así la noche se embriaga en infusiones. Así la noche deviene hacia la madrugada. Mamá Bull baila su mejor danza, sus pechos como alas enormes de murciélago que se baten al compás de lenguajes y de percusión. Así la noche deviene hacia el amanecer.

Jean Paul organiza la lucha. Cada quien su cargo. Los que van a negociar. Los que quemarán el comisariato. Los del sabotaje. Los que dañarán cosechas. Y definieron los pedidos con claridad meridiana en cuanto al salario completo y el barco para regresar

a su lejana isla, donde los hombres tenían una largamente aplazada cita con la Constance.

No se tocará a los jamaicanos. Así la noche deviene hacia el amanecer.

Mamá Bull es hermosa como Otto. La voluntad de Jean Paul se impone.

La rebelión duró un mes. La Guardia Civil llegó al Puerto al mando de un tal Capitán Castro, o Pérez, o López. Acabaron con los sueños de Jean Paul. Y acabaron con los ritos y danzas del pueblo. Y los deseos de los hombres de volver a mirar el rostro de la Constance.

Enterraron a las víctimas en fosas comunes y con la ayuda de los jamaicanos persiguieron implacablemente a la Hermandad Pocomía. Diz que tenían un niño cautivo. Mamá Bull es tierna con sus hijos como una pantera, fiera vengativa ante sus enemigos. Cuentan que fue la postrer víctima de la rebelión pocomía, y que al morir entre la selva violenta y el sol que abraza la piel, maldijo a todos los jamaicanos de Limón.

“Como cangrejos en barril serán siempre –dijo con su último aliento–, ninguno saldrá nunca porque el otro se lo impedirá”.

Jean Paul murió una muerte sin memoria en la Isla La Uvita, acribillado a balazos. Dicen que fue ultimado por un negro.

Esa noche, don Orsido tomó la palabra, para sepultar la mala impresión dejada en el círculo de amigos:

“Hoy nos sentimos orgullosos de tener entre nosotros a este muchacho, en quien hemos tenido una

inquebrantable confianza... Fernando Lugones Cabrales contó con el apoyo de su padre en todo momento y desde luego no era para menos...”

Cerca de don Orinaldo, Mariela miraba al Mayor, sonriente. Fue la primera en consagrar la tradición entre los amigos. “Mayor” –dijo, sonriente–, “Mayor Fernando Lugones Cabrales. Suena bien.”

Los otros compañeros de barrio habían seguido todos carreras universitarias.

Pero en el acto del ascenso, la familia se redimía. Ya Fernando estaba a la altura de los suyos, como lo señaló don Orinaldo.

“Felipe Lugones, primero. Félix Lugones luego. Y ahora, Fernando Lugones, el Mayor”.

Tenía mucho que agradecerle a don Orinaldo. Mucho. Puso la copa sobre el mostrador y, mirando a sus hombres con firmeza, dio la orden de partida.

—Vamos a agarrar a ese cochino contrabandista...

—A la orden, Mayor...

Salieron del bar. El camino enfilaba sin dilaciones hacia la hacienda de don Orinaldo.

El Mayor era implacable, decían los rasos, implacable como Jehová. La gente agachaba la cabeza al verlo pasar, como si todos cargasen una culpa colectiva desde tiempos incontables. Un peón abrió el portón, para dejarlos avanzar hasta la casona, donde el Mayor, desmontándose con elegancia, dirigióse a la puerta.

Mariela lo había visto venir y lo aguardaba, la sonrisa de siempre dibujada en su rostro.

—Hola, Fernando...

—(Mariela, ¿te casarías conmigo? Cuando quieras, Fernando).

—Hola... busco a tu padre...

—Yo te lo llamo. ¿Cómo está don Félix?
—¿Don Félix? Recordar la infancia, mientras Mariela se retiraba, seguida por las codiciosas miradas de los rasos. ¿Cómo está don Félix? ¿Era una manera de insultarle? De niño le gustaba ir a la pulpería de su padre y jugar de dueño. Allí aprendió a mezclar la cera, la manteca, el aceite. El arroz de a ochenta céntimos y el de a colón se mezclaban para suavizarlas. Las diminutas piedras en los frijoles le daban mejor sabor. La sal mojada rendía más. “¿Cómo está don Félix?” ¿Por qué una pregunta tan inoportuna? Don Orinaldo surgió del mismo punto donde se había hundido el cuerpo de Mariela, saludando ritualmente.

—Síentense...

—No, gracias... —respondió el Mayor, censurando con la vista a los que se preparaban ya para aprovechar la invitación.

—Venimos en una penosa misión...

—¿Penosa misión? —el mayor era implacable —dicen—, implacable como Jehová.

—Sí... esto... —dijo, extendiéndole una orden judicial.

Doblegado —ya no era el orgulloso amigo que dio el discurso en la fiesta de reconciliación— cayó sobre el sofá.

—Pero Fernando... ¿tenías que venir a pleno día... uniformado y en compañía de un pelotón?...

Se están cobrando lo de las elecciones... Son unos cerdos.

—Don Orinaldo... yo... tengo un deber que cumplir... La amistad es aparte... Golpeaban su memoria remotos ecos. Fernando Lugones Cabrales, el Mayor, en la copa cansada, viejo pretérito, viejo esclavo. El mayor es implacable —dicen los rasos—, implacable como Jehová.

Fue Mariela la que llamó al médico. Pero su auto se detuvo frente al portón de la hacienda. La puerta tenía ya un intenso olor a orfandad.

El candidato

Desde el pequeño radio de transistores el murmullo crece. Pienso en las horas pasadas, la multitud en torno a mí, sus ojos ávidos de mi palabra y me niego a creer en el murmullo. ¡No puede ser! Tengo la mirada dolorosa si el espejo del baño no me miente. Tengo la mirada dolorosa e hiriente.

Piensa, Olman, piensa. Afuera te esperan ellos. La ira irá creciendo en la palidez del cuarto. La mirada de sabueso en los ojos de Chaves Montada va a terminar sacándote de quicio. De pronto, como dos potros encabritados, acabaremos exhibiendo nuestra debilidad frente a los delegados.

Piensa, Olman, el desafío no va a remediar nada. Salgamos, pues.

—¿Viciados de nulidad? Viciados de nulidad están ustedes —realmente Chaves Montada está alterado—. Se dejan arrebatarse un triunfo seguro así porque sí. Son unos ineptos...

Mi propia voz lo interrumpe, casi a tientas en el espesor del cuarto. Y sé que es tarde ya para evitar el enfrentamiento.

—Escuchá esto... —tomándome todo el tiempo posible, atraigo la atención de los delegados. Sus ojos recorren mi rostro, buscando una justificación para cada uno de sus actos. Tomo el tiempo necesario, para recordarle a Chaves Montada que, después de todo, yo he sido el Candidato, el Candidato, el conductor de las masas, el caudillo.

—Hubo fraude —como Adán pronuncia la primera palabra. Como el eco de un tambor yoruba. Como la queja inmemorial de la quena.

Chaves Montada es el conductor de las masas. Me cuesta reconocerlo, me duele reconocerlo, pero es la verdad.

—Primero se dejan ganar —sus ojos centelleaban con la furia acumulada en meses de protestas, de consejos, de desesperada cruzada contra lo que consideró una dirección equivocada en la línea del partido. Ahora, nos podía calificar de mujercitas.

Nos podía decir flojos. Nos negaba todo derecho a la palabra, porque la nuestra tenía para siempre la mancha de la derrota electoral.

—Si hubo fraude vayan a probarlo a los tribunales... y si no lo pueden probar, cállense la boca.

Dije que nadie estaba llorando, sino que era una cuestión de principios. Pero confieso que, mirando los tensos rostros, la palidez del cuarto cuajada en tantas frentes, las siluetas de todos como espectros me clavó aquí en el plexo.

—Hagan el ridículo si quieren —dijo— pero conmigo no cuenten.

Como palabra ajena mi propia voz dice que de todos modos apelaremos.

Los delegados, perplejos, no se atrevían a intervenir. No nos conocían como dos seres humanos, capaces de discrepar el uno del otro. Hasta ese instante de enfrentamiento obcecado, éramos una sola imagen. Un solo concepto: la dirección del partido. Una sola voluntad, amalgamada, más allá de todo cisma.

Estupefactos ahora, presos en la destrucción inesperada de sus mejores mitos, veían hundir sus pies suelo abajo. La derrota iba a marcarnos siempre.

Extendiéndose como una enfermedad contagiosa, irritando glándulas, enfrentando personalidades, despertando viejos rencores. Y así, alguien tenía que definir de una vez la línea de autoridad. Luego, la línea de autoridad es hoy indefinible. Es decir, la sombra del cerro y el cerro mismo. La palabra y el eco de la palabra en la cavidad ajena.

—Señores... eso es todo, necesitaba desesperadamente que se fueran. Que me dejaran tranquilo. No, Chaves no. Quisiera unas palabras con usted compañero...

Los delegados se ponen de pie con la fuerza de mi voluntad. Solo Chaves Montada no.

Hay hombres que están por definición más allá de nosotros, rebeldes, es decir, libres.

De la mesa recojo dos copas y las lleno de ron. La luz centellea en el líquido. Dolorosamente el aura de Chaves Montada cubre el aposento.

—Tenemos que fingir un golpe... Es mejor ir de una vez al grano.

—¿Un golpe?; ¿estás loco?

—Con el apoyo de Álvaro, claro...

(Pero me dijo que yo estaba loco, totalmente loco. Porque él no había ido a las montañas, a las selvas, a los suampos, para volver victorioso en defensa del sufragio, para que yo, precisamente yo, su antiguo compañero de armas, pretendiera ahora romper en pedazos su obra. Chaves Montada no era un pirata.

No. En medio de sus gritos logré exponer mi plan: poner a algunos a darle un golpe a Álvaro, y luego aparecer yo como el caudillo salvador de la república, devolviendo las cosas a la normalidad. Era el desenlace lógico de nuestra estrategia. Pero definitivamente Chaves Montada estaba fuera de sí. En la revolución él había luchado por la decencia, y no era para meterse a bestia a estas alturas. Y claro que los opositores dicen que en Costa Rica nunca hubo revolución, pero lo dicen por envidia o por resentimiento. Y yo perdí los estribos. Dije que antes de su tan nombrada revolución mandaban los cafetaleros. Y agregué que después de su tan cacareada

revolución seguía mandando la clase cafetalera. Y dije que todo había sido reformas a medias.

Y él estuvo luchando en las montañas cuando yo era niño.

Y si me dijo compañero de armas era por cortesía, porque yo me limitaba a llevar los recados. Y él no había combatido en los suamos —me repetía una y otra vez para terminar de pirata.

Por la espina dorsal la derrota camina. Me traiciona el amigo. Sin él no hay golpe.

Veinte años de ira dibujan una marca horrible en el espejo que no logra menguar la pasión que me carcome. (Luché por vos como una yegua. Nunca aflojé ni eché atrás en nada. Hice mandados, sí. Treinta años atrás hice los mandados. Busqué los votos desesperadamente. Vos lo sabés. Merezco el triunfo. Si no gano la presidencia ahora, moriré frustrado. Definitivamente moriré frustrado por culpa tuya. Porque en el momento más terrible de mi vida, me has negado tu apoyo. Traidor).

Chaves Montada se me queda mirando cuando salgo del baño y afirma que liquidará al Bigotes con tal de que yo logre una nueva candidatura. Dice que no durará mucho el prestigio del gobierno actual. Dice que es preciso que yo comprenda eso.

Afirma que aún soy joven y puedo esperar, que total cuatro años pasan rápidamente.

Sé que el día pasa, que la noche llega, y que esa interminable sucesión mina la existencia, la juventud y las oportunidades. Pero sé que la rebelión es la única vía posible. Tengo la respiración jadeante,

y me falta el aire y la voz; me falta el tiempo y la gana de esperar cuatro años una oportunidad que a lo mejor vuelve a frustrarse. Las largas horas de privación, servilismo, conformidad con las decisiones del “partido” tomadas siempre por Chaves Montada y transmitidas por mí a las “bases”.

Intenté por última vez la salvación del mundo.

—Cuando me tocaba a mí me bloqueaste. Según vos, mi ascendencia podía influir.

No están preparados todavía —dijiste—, todavía no. De modo que aguardé mi turno.

Aguardé mi turno porque vos dijiste que yo era además joven y era necesario promover a Álvaro. Él tenía que consolidar tu tal revolución que quedó guindando. Y ahora yo pago los errores de todos...

—No es que la gente te odie —dijo al salir—, es que desconfían de vos. Y la culpa es de esos idiotas que manejaron la campaña...

Ciego, lanzo detrás de él el vaso vacío que se estrella en la pared rompiéndose. Los delegados se asoman a tiempo para que les diga que esto no es un circo. Sus pasos ligeros sobre las gradas me causan una cínica sensación de alivio. Salgo a la noche tras sus pasos.

Cuando sales a la noche que se tiende delante de ti a través de nubes y luces, e invade tus ojos, cierra los ojos, Olman, deja que los recuerdos se alojen en tus manos como piedras pesadas que querías dejar caer. El aire será frío. La ilusión de miles de rostros llegará a tus párpados. Tu propia voz, como un gigantesco imán: de pie, hombres de lucha, de pie.

El gobierno oligárquico que han elegido, terminará definitivamente con la posibilidad de una revolución por ahora, impulsado por ustedes. Desde un radio ajeno el eco de los votos del contrario, pregón interminable. Solo los votos del contrario. Zumbido de insecto, Olman, zumbidos de insecto.

Necia sentencia del pueblo que ha dicho NO a la esperanza. Entrarás a la casa para recoger tu saco, dos pañuelos y un billete. Saldrás de nuevo, abrirás el garaje. El radio del auto que habías dejado puesto volverá a llenar la noche con su interminable son de juicio final. Romperás el radio y dejando el auto, empezarás a andar. Pensarás en Marilú, la maestra aquella en una escuelita de Talamanca; en sus ojos, en sus caricias, en su voz. Pensarás en el café chorreando, pan de maíz, y la sonrisa franca y cómplice del vecino.

Y sabrás que todo esto ha sido inútil. Todo, incluso la estructura del partido, los comités burocráticos, la táctica y el servilismo. Sabrás que la rebelión es la única llave. Pensarás en Marilú. Marilú tiene manos de pueblo. Marilú tiene besos de pueblo. Besos que no han conocido la interminable sucesión de votos del contrario y aman entrañablemente sobre la joven faz de la tierra sorprendida; y a Chaves Montada, Álvaro, Bigotes y a todos los demás, los mandarás al carajo.

La llena

Fue un golpe seco, total. Él y la casa, la casa y él. Los dos vibrando, y el silencio que desfila en sus tensas venas.

Obligó a su esposa a reaccionar, sacándola de su plácido sueño con una patada. Recogió al niño, estrechándole con la ternura masculina de un padre recio.

Y gritó a todo pulmón para que Marion se diera cuenta de la presencia inconfundible de la llena.

Un rayo, abandonando su acecho, aceleró el pulso de las tinieblas. La voz de Marion, traspasando las paredes, difundióse en la noche impersonal. La angustia crecía en Rogelio, su corazón vibraba con el doloroso ruido del trueno, que ya para entonces, había levantado su fuga hacia la incalculada distancia de todas las cosas.

—Rogelio, ¿qué hacemos? Rogelio... la casa se está moviendo...

Reiterando lo obvio, Marion pretendía acaso estar más segura. Como si su voz tuviese la magia de detener la tempestad. Pero la casa se movía a pesar de ella, y no había más que aferrarse a la nada y echarse a andar. Aguas turbias de un Reventazón desenfrenado. Color kaki. Olor cansado que cargando la casa la hacía inhabitable. Salieron. El agua a la altura de los hombros, el niño sobre los pies de su padre. Alcanzaron el árbol. Treparon a pesar de la profunda repugnancia que ella sentía por la savia mojada. Abajo, el Reventazón seguía violento, negándose de nuevo a respetar los linderos de su cauce, su rugir salvaje porta-piedras, “matárboles” modelando una nueva geografía en la Suiza. Más abajo se lanzaría con ímpetu sobre los banales, devastándolo todo a su paso.

Devastando también sueños y esperanzas. Sangre y esfuerzos.

—Rogelio, el niño... agarralo bien fuerte...

Pasaron las horas. “Rogelio, el niño... agarralo fuerte...” hasta que el cansancio la traicionó. La oscuridad era total. La lluvia no conocía límites. A lo lejos, bramaba el ganado un aliento moribundo y final. El árbol sobrevivía de pie los impactos de piedra, madera y agua y Marion rezaba impotente rezo que se subía por el árbol donde acaso un millar de veces han andado las serpientes.

Sus manos estremecidas cedieron. La piel pringada por la desesperanza traicionó a Marion también.

Estaba cayéndose. Viaje seguro hacia una muerte inevitable.

Pero aun así, el bramido del ganado continuaba, viajaba en la lluvia, y se estrellaba al filo de la media noche, con los gritos de Marion que se resbalaba sin remedio.

Él tuvo tiempo de sostener al niño entre sus dientes y agarrar a su esposa con la mano libre. La detuvo lo necesario para que se aferrase al árbol y luego, su mano tierna de padre recio buscó con avidez el cuerpecito de su hijo.

A la mañana siguiente fueron los gritos de Marion los que atrajeron a la patrulla de rescate. La encontraron en el árbol, junto a su esposo, fría y casi desnuda.

A él lo bajaron también. Se aferraba tan entrañablemente al amor, que, a golpes, tuvieron que arrancarle la sábana vacía.

La noche del Arenal

Contra la parca superficie de la tierra avanzar.
Dos siluetas tácitas, dos sombras insinuadas que
materializan en sonidos. Sus intranquilos pasos.

El Arenal vomita de nuevo una enorme lengua
de lava que revienta pavor en el espacio. Y en la
idea. La tierra se retuerce con espasmos reptílicos.
Mario y Carlos se detienen.

—Mario... paremos aquí un rato...

—Y, por qué no devolvemos de una vez...

—No te acobardés ahora...

—No estoy aflojando, pero francamente...

—¿Francamente qué?

—Nada...

Su imperceptible suspiro se integró a la heca-
tombe.

Carlos piensa en la tierra febril, las tardes de sol, el pasto verde, el sol mismo, él y ella, los dos cerca del ganado como una misma mancha en la tierra, los ojos semicerrados, escuchando el lejano cantar del viento contra miles de árboles frondosos, la sonora lejanía del valle; la blusa de María se abultaba y contraía en armonía total con el canto del universo.

“María”.

Risa suelta, caricia espontánea, beso dado a hurtadillas de los pájaros que no cesaban de sobrevolarles; tarde y sueño y soledad tranquilos.

—¡Ah los diablos, está bravo!...

—Devolvámonos... De por sí, no podemos dormir con esta bulla. Y a como están las cosas...

—Descansemos un rato... es peligroso andar ahora... lo reconozco...

—Y será más peligroso andar mañana... y pasado mañana... y siempre... Esto es una locura.

La cabeza de Carlos crece, como crece también su decisión de no regresar sin María, o sin la certeza que para ella no habría regreso alguno.

Una débil claridad corta la conversación y la lluvia de ceniza, de toneladas de ceniza, sigue.

—Mario... ¿qué es esa carambada? —alcanza a preguntar Carlos antes de que un animal enloquecido saltara sobre él aprovechando también la débil claridad. Carlos lo esquiva y le alumbra los ojos. El animal gruñe, se mantiene clavado mirando la sorpresiva luz del foco y a los hombres bulto detrás de la luz. Luego carga con una nueva furia.

—Volale machete...

Callan. El animal sorprende a Carlos desprevenido, y hombre y can trenzados ruedan.

—Tengo este maldito clavado...

Gruñe, ladra, se queja furiosamente, y lucha, decretando duelo final en cada gruñido.

Hombre y bestia, las mismas quejas, la misma desesperada miseria, idéntica a la miseria del hombre. Un aullido de lobo se clava de pronto en el esternón de Mario y la noche recoge el furor de su protesta. Mario no ha sabido qué hacer.

—Carlos, Carlos —alcanza a decir.

El Arenal con espeluznante bostezo, calla a hombre y perro. La noche agoniza.

Indiferente a la tragedia volcánica, el amanecer se insinúa como ayer. De cuando en cuando la queja débil del animal vencido, parece implorar la muerte para ponerle fin a su agonía. O la vida entonces, para vencer la muerte.

Carlos también sangra. Sangre de temor rojo, coagulada en el vientre gota a gota.

Piensa que el perro puede estar rabioso. Piensa en María, volver con ella, se dijo con la seguridad de que para ella no habrá regreso alguno.

Antes de salir de San José sabía cuáles eran los riesgos y le costó trabajo convencer a Mario que pagase de este modo el favor debido. Pero soñó una muerte diferente, heroica. La vida le traicionaba en las garras de un perro enloquecido.

—¿Estás herido?

—Unos rasguños apenas...

—Pero me parece que sangrás mucho...

—No, ni tanto. Lo que pasa es que la sangre está caliente ahora. Ahorita para...

—De todos modos, vámonos, vámonos de aquí...

—Sí... dejame un ratito...

El retumbo, el viento, el temor, el frío y la ira que crece como un tumor maligno; quizás la misma enfermedad del can, o el apego a la vida, Carlos contrae los puños, y se los muerde, para disimular su estado de ánimo.

Camina en dirección a los quejidos resueltamente.

Piensa en el amanecer que irrefutable aproxima al día. Está realmente herido. La sangre se escurre sobre su piel. Mario se alarmaría si al llegar la luz, tomaba conciencia de la gravedad de sus heridas.

Un ardid es la solución, la única solución. Es necesario que Mario busque el foco.

Lo hallará al amanecer y se volverá a la ciudad. A lo lejos por último acaso percibe la voz de su amigo y de fondo, el quejido angustioso del animal vencido. “Adiós, amigo” —tiene sal en los labios—, murmura y avanza. Sus pies trituran las piedras, sus huellas, entre la ceniza rota, quedarán sepultadas bajo nuevas cenizas; la boca seca a pesar del agua que de cuando en cuando bebe salvajemente; un gruñido de perro que era ya el del perro vencido zumba en sus oídos, enloqueciéndole; loco, su fuga incontenible en el viento de noviembre, recio, violento... A lo lejos hierve el volcán Arenal su ira al cielo. Todavía más lejos, el sol cobra centímetro su imperio de ayer.

La evocó con total claridad, tendida en el barranco de cara al sol. Su blusa ondulante en la brisa sancarleña, sus pies descalzos, divina pereza que la convierte en vampiresa, suavidad que se palpa con la devoción de un anciano y se besa con el fervor del niño. Él dijo que se iba para hacer dinero; al volver se casarían.

El suspiro del viento acariciaba el suspiro de María cuando se besaron. La blanca blusa de los cultivos en el sol de la mañana, la casa a lo lejos, bajando no más la lomita, la Ñaña, el Bufón papá, los suegros y cuñados en potencia, el humo apacible debatiéndose en el encuentro del viento, el beso prolongado, de piña dulce y esperanza, cortante como la cabeza-e-guaro de la saca de su hermano, todo, todo conjugándose ahora en él, reducido, sintetizado en el vocablo trisilábico de una mujer feliz.

El Volcán Arenal revienta su visión en miríadas de fracciones. Siente la súbita ausencia de la piel; percibe el olor a carne derretida y un golpe huye barranco abajo con su conciencia.

El partido

Comer o no comer. Ese es ni más ni menos el problema real. Porque hace mucho, otros definieron mi ser: subdesarrollado, afrolatindígena, negro entre los blancos, blanco indio entre los negros, blanquinegro entre los indígenas y en todo caso, ser subdesarrollado, muerto de hambre.

Y si por lo menos pudiéramos ganar el partido.

Pensándolo bien, Aleluya Rodríguez es un gran necio. Nada le hubiera costado darme el dinero y punto. Pero así es el mundo. Quiero decir, un hombre ve a otro ahogándose y se lanza a salvarle. El agua turbulenta estaba tragando al maldito. Y uno que es un poco tonto y otro tanto listo, y un tanto miope al mismo tiempo, se lanza al río sin medir las consecuencias –pudimos haber muerto los dos– ¿y

qué? Quedó lo suficientemente agradecido como para prometer compensaciones y luego cometer el error de ponerme condiciones. “Ganen la serie y te doy los diez mil”. Un equipo novato como el nuestro, jugando contra el Saprissa el final de copa, y él con tanta tranquilidad nos dice que ganemos la serie. ¿Qué tal si yo le hubiera puesto condiciones para sacarlo del agua? Porque él estaba perdiendo la vida. Yo le estoy pidiendo un dinero para salvar mi futuro. Eso es: mi futuro está chueco.

Ya me imagino a los locutores empeñados en hacer una maratónica a mi favor y ayudarme a salir del atolladero. Ayudarme a salir, y de paso comprarse un auto los frescos.”

El aire fresco de la mañana de diciembre se colaba por los ventanales. El autobús se deslizaba hacia la Sabana sin ritmo. La calle, hundiéndose delante del vehículo, surgía atrás, para perderse en la nebulosa distancia. Guabo viajaba en el asiento delantero. Su rostro inexpresivo, su mirada fija en las espaldas del chofer, Guabo era trágico, y la tragedia de existir envolvía a ambos hombres.

Se han visto crecer con los problemas, luchando por definirse. Y ahora están allí, sin otro premio que la estela de inútiles esfuerzos. Juntos han crecido en la vida y juntos descubrieron la verdad: comer o no comer, ese es el asunto.

Amar o no amar. Cantar, acaso. La definición de su ser estaba dada a pesar de ellos una vez y para siempre.

Llegaron al Estadio Nacional en el preciso instante en que el fiscal empezaba a inquietarse. En orden, callados y cabizbajos se encaminaron hacia el camerino. Estaban nerviosos, un tanto agotados, vencidos antes de empezar el partido.

Con un empate podían ganar los otros, y adiós diez mil pesos. Y adiós campeonato.

¿Qué hacer? A partir del día siguiente el inventario era inminente. Y de nada le servía pensar con idealismo que en la ventaja de los otros podía estar su debilidad. Era el Deportivo Saprissa. La ilusión duró dos largos segundos.

Antes de empezar el encuentro, Gonzalo Marinero, el presidente del Club, tuvo a bien conversarles sobre la importancia del encuentro. "Muchachos, yo sé que el accidente del Cholo ha sido un golpe para todos". El Cholo era un magnífico portero y no era chicha jugar con él. Porque había que verlo jugando. Con su figura de atleta indomable, enfrentando a los mexicanos que habían dominado durante el primer tiempo pero sin romper el empate a uno. "Nos acercábamos al final del encuentro cuando el extremo izquierdo, escapando con la pelota, disparó sobre la portería. El Cholo voló por el aire, y desviando lo suficiente para que el balón se estrellara contra el marco, levantóse a tiempo para trabar al delantero que chuteaba de nuevo. La pelota quedó suelta sobre la grama. Era un gol hecho, consumado. Otro delantero mexicano corrió hacia ella para hundirla en la red, y terminar con su indeciso baile de trompo. Pero el Cholo se lanzó a sus botines

con un arrojito impresionante para cobijar la pelota bajo su pecho enorme. Jugadores así no abundaban ciertamente y por eso no era chicha jugar sin él.

Pero Marinero decía que no se olvidaran que un partido se gana o se pierde de acuerdo al desempeño de once hombres.

Un poco antes de terminar su última frase, Augusto, el portero suplente, se puso de pie. “Ustedes son unos cobardes –gritó–, yo soy el que debería estar asustado. Este es mi tercer partido en la liga superior, y nadie tiene que cambiarme las mantillas. El problema soy yo, ¿no es cierto? Pues bien, no sean pendejos: si están seguros de que cuanto bola venga sobre el marco va a ser gol, metan ustedes más goles al Saprissa y eviten que tire sobre marco. Dejen de lloriquear como maricas. ¡Me lleva el diablo con ustedes!

Un nuevo silencio cubrió el camerino. Afuera, en las graderías, batieron aplausos para recibir al Saprissa que hacía su ingreso a la cancha. El entrenador omitió su acostumbrado repaso final. Después de escuchar al novato Augusto, todos sabían exactamente cuál era su deber. Guabo salió a la gramilla. Su pelo algodonado destilaba un brillo negro en el aire de la mañana. Levantó las manos hacia las graderías, saludando a los eufóricos seguidores del Deportivo Sonora.

Luego, al mismo tiempo que sus compañeros, cruzó el campo a trote para ocupar su lugar. El árbitro estudiaba la hora, sincronizando su cronómetro con los de sus auxiliares. Desde la escalinata popular, un

grupo de fanáticos saprissistas cantaban vivas a su equipo. Un escalofrío intenso se hundía en su piel. "Marvin", oyó gritar a alguno, "liquide a ese negro".

"Probablemente me liquidan —pensó— porque después de este partido quién sabe".

Hubiera querido tener la certeza de que su hermano Martín estaba presente.

Eso le hubiera dado mayores bríos. En cambio, la que estaba era Aracely, su hermana menor, con su nariz chata y boca alargada. Era increíble que tuviese éxito como prostituta: pero él sabía que a ella le iba bien. Era negra, y precisamente por eso, exótica en una sociedad de blancos. En tal factor residía su éxito: los hombres suelen ser muy curiosos en cuanto al sexo.

La odiaba. Nunca la quiso en realidad, pero no se puede afirmar que la odiase desde el principio. Su aversión hacia ella llegó a su estado actual la noche de su boda.

Todo estaba bien. No la invitaron porque era demasiado conocida para asociarla con su familia públicamente. Famoso ahora, no convenía que descubrieran a su hermana de vida alegre. Pero Aracely fue a la fiesta. Rita, su hermana mayor, se puso histérica: ¿quién te mandó a llamar a vos? —le preguntaba con furia.

—Solo vine a conocer a la mujer de mi hermano. Me contaron que era rubia y con ojos azules, y yo no lo quise creer. ¿Ella sabe que él es negro?

—Él no es negro —respondióle Rita con honda preocupación—, es moreno. Tiene un abuelo irlandés y otro de York.

—Es negro —dijo Aracely riéndose— y su mujer es india.

—Respetá.

—India. .. india con el pelo teñido. ¿Por qué nuestro hermano no se buscó una mujer bonita?

—Aracely, te puede oír...

—Ojalá me oiga: es india, fea y con el pelo teñido. Debe tener las tetas postizas.

El enfurecido hermano se levantó de la mesa principal, y agarrándola disimuladamente del pelo, la condujo fuera del salón.

“Tu mamá cometió un error —dijo Guabo para que lo oyeran los invitados— cuando adoptó a esa chiquilla.”

Rita le miró con admiración profunda: era genial la frase. Más tarde, ella misma la modificaría en privado: Mamá cometió un error estúpido, casándose con un negro al morir papá. Ella era casi blanca: no me lo explico. En el transcurso de la semana anterior al partido, él recibió dos llamadas telefónicas de Aracely: “Soy saprissista —dijo— y yo voy a ir al estadio el domingo para reírme de vos, y del idiota de Guabo, ¡mal hermano!”. Y él, conociéndola, no dudaba de su presencia en la grada popular.

El árbitro, desde el centro de la cancha, observaba atentamente el retiro del delegado de campo. Miró el cielo, como si en secreto dirigiese una plegaria al viento, rogando por su integridad física al final del encuentro.

Su pueblo era un pueblo pacífico —pensó el preocupado jugador—, capaz de sacrificar casi todos sus

derechos en nombre de la armonía. Muy pocas cosas podían despertar el alma adormecida del costarricense. Sin embargo, el fútbol era una de esas cosas. Él también luchó de niño por la justicia deportiva.

Un silencio hondo se fue extendiendo por las graderías. Una nube blanca pasaba sobre el estadio. Podía imaginar el vuelo de su nombre en doce gargantas y hacia un millón de oyentes: la pelota reposa frente a los botines del Deportivo Sonora, el árbitro Luis Cuevas acomoda el pito en la boca, inhala profundamente; suena el pito del árbitro, comienza el partido, atención amigos fanáticos, mueve la pelota Guabo, pasa al Mulato Pérez, centra...

El polvo se levantó desde debajo de los botines, buscando un largo vuelo. Aleluya era un tipo infame. Pero Guabo conocía su problema y como buen amigo juró darle todo para apoyarle.

El Deportivo Sonora había recorrido un largo trecho desde la tarde aquella en que Marinero convocó a los muchachos para iniciar el trámite de inscripción del equipo. Tres años. Y en ellos la lista interminable de angustias, frustraciones, alegrías compartidas, necesidades y esperanzas. Tres años y medio partido. Por eso, cuando casi al final del segundo tiempo, Melico Pérez recibió el pase de Guabo desde media cancha, y bajando la pelota con una calma desesperante inició la tremenda carrera que lo llevaba hacia la meta, la sangre le hervía desde la vena inmensa.

Con un impulso instintivo subió el brazo hacia el medio cuerpo para mirar el reloj; sus desnudos

brazos callaron, y él rezaba: árbitro, no pités ahora, no pités ahora... Virgencita...

La pelota en vuelo límpido desde sus botines—alguien en la gradería popular encabezó el prematuro coreo del gol— cobró velocidad y altura, y se detuvo en la conciencia de todos en el espacio de área chica, antes de precipitarse definitivamente sobre la portería.

Los fanáticos del Deportivo Sonora ya estaban conformes con el empate a cero.

La verdad era que un segundo lugar después del Saprissa no dejaba de ser una proeza para un equipo novel.

Melico vio al portero lanzarse al aire, hacia el punto exacto en que la pelota penetraba la meta. Caía sin control, olvidando sus frustradas aspiraciones, en tanto los fanáticos estallaron en un sonoro y prolongado “¡Gooooool!”.

Cuando recuperó el uso pleno de sus facultades, vio a Marinero tendido en el suelo llorando, y a los compañeros que le alzaban en hombros, y Guabo decía algo que Melico no llegó a comprender. En hombros cubrió el espacio entre la cancha y las graderías, levantado por un alegre “¡ganamos, ganamos, ga-na-mos!”.

Afuera le esperaba una negra llorando, para abrazar y besarle.

—Gracias —murmuraba Aracely Brown—, gracias, Virgencita. Gracias... gracias...

El engranaje

Se conocieron una mañana, mientras trataba en vano de abrir un coco.

Luego llegaron a ser inseparables, conforme se expandía el tiempo.

Pablo y Paco se enamoraron de Andrea antes de que Lucho la conociera y, en cierta forma, su ingreso a la pandilla se debió sin duda al esfuerzo de ambos muchachos por neutralizar o por lo menos atenuar la influencia del otro sobre su común amiga.

Está ahora frente a ella. El sudor ha dibujado luces en el rostro. Los cuatro, como una vibración indefinible, sudando...

No crecieron en medio de tales tensiones. Se revolcaban los cuatro en el barro, como si tal elemento les fuese natural. A Andrea los vecinos le pusieron

un apodo: Macho-macha, porque no podían comprender la extraña, prolongada e indefinible relación con los muchachos. Indeleble apego que los hacía ser el uno complemento del otro, en una asociación libre, voluntaria, pero firme. Y en ese voluntarioso aferrarse, se realizaban.

Doña Drusilda tuvo muchas quejas y consejos. “Andrea ya es una señorita, y los muchachos de ahora no respetan nada”. Pero nunca fue posible separar la cuadrilla. Dormían los cuatro en la casa de cualquiera de ellos, inutilizando con la sátira todo esfuerzo por domesticarlos de parte de los mayores.

Desde la cuna hubo lazos entre ellos. Doña Drusilda dio de mamar a Paco y a Pablo cuando su hija murió. Los estuvo alimentando con la espesa vitalidad de su propio pecho, hasta la edad de tres años. Andrea llegó a la casa de cuatro años, y nunca quiso irse. Lucho entró a un engranaje perfecto haciéndose uno con ellos, fundiéndose en ellos.

Pero ahora solo el silencio y el sudor los une.

—No estoy dispuesto a seguir en esto: me voy...

—Naciste marcado Paco, como cualquier sarnoso. Date cuenta de eso.

—No soy ninguna vaca...

—Paco —la voz, como aroma de alguna flor, dibuja magia onda a onda.

—No estoy marcado —dijo en tono más bajo— no soy un animal. Eso es todo.

Muchas veces al atardecer, bajo el flujo sutil de la corriente, se bañaban juntos, sin que la desnudez

del árbol les hiciera daño. Y comían los cuatro lo mismo, plátano asado, carne de iguana y guayabas. Sus juguetes fueron siempre pedazos de madera, piedras blanqueadas y tarros vacíos. La suerte de uno se entrelazaba a la suerte del otro de tal manera que cuando se enfermaba uno, enfermaban todos.

Aparte de la carne de iguana, nunca vieron sino plátanos y otros alimentos similares, comunes a los niños de la Calle Balmoral. Las excepciones eran las veces en que Lucho cazaba algún conejo, o Paco robaba unas libras de carne en la ciudad. De la leche tenían la vaga imagen del mínimo contacto.

No aprendieron a escribir mucho más que el nombre. Pero Lucho leía bien. La cuadrilla vio crecer los vellos de los muchachos y los sitios de Andrea transparentando feminidad. Y entonces la amistad se fue haciendo indomable, total.

Pero un día habría de romperse la sutil magia del primer estado. Leticia llegó a la calle Balmoral a buscar a doña Drusilda. Duele perder lo que fue nuestro.

Duele siempre: la vergüenza entró a la calle, los focos encendidos, abriendo paso entre el silencio, cauteloso, balanceándose lentamente, piedra por piedra, como un monstruo blanco, brillante, sereno, más allá de la miseria de la calle. Y los muchachos se sintieron apenados por primera vez, en su propio medio. Querían ocultar su congoja en definitiva. Aquella su calle, llena de sobrantes, olores, angustias, y el potrero de iguanas al fondo. Muchos

pensarían en las imágenes veloces de la carretera; mundo de ensueño, más allá de su alcance, inasequible para los niños de la calle Balmoral. Los más pequeños huyeron como lo habrían hecho en la carretera. El terror venía con la pena, y mil ojos observaban el vehículo desde las ventanas.

Y Lucho tuvo su primera noción de desarraigo: de pronto, su calle no era su calle de todos los días. Y los vecinos pensaron que era el viejo, el dueño, que los podía echar en cualquier momento, ¿y hacia dónde irían?

Una muchacha delgada, rubia, salió del auto, dejando la puerta abierta.

Miró hacia ambos lados de la calle, con ojos largos, imprecisos, señalando la casa de doña Drusilda, en tanto que el chofer apagaba los motores. Con firmeza, sus pies delgados, frescos sus ojos vivientes, puros, caminó hacia él. La vio acercarse, ángel, agua, sol...

—Hola —y él no decía nada— ¿conocés a doña Drusilda? —y él pensaba si su respuesta podría o no perjudicar a la mujer que había hecho para cuatro huérfanos, las veces de madre— ¿la conocés?

—¿Para qué la quiere? —y fue ella entonces la que, enmudecida por la inesperada hostilidad se resignó a mirarle.

—Es que... yo soy Leticia...

—¡Leticia! —la voz de doña Drusilda evitó que él le respondiera alguna grosería sobre si se creía en Santa Claus para que todo el mundo la conociera. Leticia, ¿qué hace aquí?

—No entre —dijo— te vas a ensuciar la ropa.

Y Lucho supo por primera vez que a pesar de los esfuerzos incansables de doña Drusilda su casa no era limpia; que existían otras casas más limpias que sus pantalones ajados, rotos y remendados un centenar de veces.

—¿Quién es? —eso tendría que haber preguntado él.

—Se llama Lucho. Es uno de mis muchachos. Pero, ¿qué hace aquí?

—¡Uno de sus muchachos! ¿Todos son así de guapos?

Se le olvidó el perfume fresco de la voz de Andrea, la sensación incontaminada de su cuerpo emergido del agua, la manera entusiasta de agarrarle las manos.

Lucho se sintió reducido a la inexpugnable condición de nadie.

Volvió en sí en la casa de Paco. Andrea le frota-
ba vigorosamente la espalda desnuda.

—Andrea...

—Lucho...

—Paco... Pablo...

Se negaron a ir con doña Drusilda. Pero una semana después tomaron la carretera a pie, los cuatro, desesperados por saber de su madre adoptiva. Lucho nunca pudo entender por qué, si la madre de Leticia estaba enferma tenía que ser precisamente doña Drusilda la que fuese a cuidar la casa, y ocuparse de la niña.

Cruzaron la ciudad despacio, convencidos como siempre de la lejanía de todo. Era otro mundo; nunca su mundo. Y se quedaron estupefactos, mirando su ropa emblanquecida por Andrea, pero rota, deslumbrados ante la enorme estructura de cemento con el número 425 en la Calle Felipe Segundo. Habían visto muchas casas así en la ciudad, pero jamás soñaron entrar en una. Por eso estaban allí, confundidos sin atreverse a llamar, hasta que una patrulla se detuvo para pedirles que explicaran lo que estaban planeando.

Recuperando su identidad, Lucho les hizo la señal de siempre. El policía también saltó al solar, y estuvo persiguiéndoles hasta que doña Drusilda, furiosa, le echó el perro obligándole a salir de la “propiedad privada”. Leticia fue muy amable con ellos, los abrumaba un tanto. Sus juguetes, sus vestidos, sus libros y tanto, tanto dulce. La cama suave, ancha, caliente. El brillo dorado de la luz, el aire gradual, el olor a pino fuerte. El olor a pino fuerte y a buenas noches.

Cuando volvieron los padres de Leticia, los niños se habían convertido en niños mansos. Doña Drusilda se multiplicaba, cosiendo las roturas de sus vestidos, en su inútil esfuerzo por hacerlos compatibles con las libras ganadas por los muchachos durante esos días.

La madre de Leticia les compró una muda a cada uno, regalándoles además juguetes y zapatos. Y al regresar a la Calle Balmoral no fue posible disimular la conciencia de ridículos que se fue apoderando de ellos.

Ahora, frente a frente. Lucho sabe que los cabellos frescos de Leticia, sus ojos alegres, el perfume sutil que cubría sus vestidos, estarán ya eternamente entre él y Andrea. Porque el barrio nunca volvió a ser el barrio, ni la piedra, ni el río, ni el barro, ni la sencilla desnudez del árbol al atardecer. Se volvieron hostiles, celosos, sospechosos los unos de los otros.

El mundo de su niñez se fue secando. Los juguetes perdieron su brillo. La ropa nueva también necesitó remiendos.

Frente a frente.

—Tenemos que decidir ahora.

—Es lo que digo. Estoy aburrida.

—Pero no les entiendo...

—¿Qué es lo que no entendés?

—Que por una cosa tan... tan...

Se le quiebra la voz porque él también sabe la dimensión cortante del frío.

—Naciste mareado, Paco —repite Pablo por enésima vez.

Andrea se pone de pie para besar a Paco cerca de la boca. “Que te vaya bien”, murmura, lágrima y valor mezclándose en un abrazo final.

—Paco, no te vayás... insiste Pablo —hay que resignarse. Lo importante es seguir juntos.

—¿Resignarse? Nunca. Hay que luchar juntos.

—Sin embargo, te vas...

—Vení con nosotros...

—¿Nosotros?

Lucho se acerca para besar a Andrea. “Vos te jalás también”. Pablo se acomoda en el rincón más oscuro, cabeza entre sus cansadas rodillas, sin agregar ya palabra alguna, sin despedirse. Lucho camina por la Calle Balmoral detrás de Paco. Mientras se aleja siente el cuerpo frenético de Andrea, ardiente entre sus brazos. Oye su voz, “La odio, Dios mío, cómo la odio: maldita Leticia, maldita”.

Doña Drusilda agita las manos. Nublada en lágrimas su postrer mirada, en tanto los celajes se hunden y los ojos húmedos de Lucho empiezan a secarse.

Las manchas del ojo

Miro el rostro del médico odiándolo. Escupo al suelo. Manchas indefinibles desfilan frente a mis ojos. Mi garganta, cargándose de flema, despierta las náuseas que todos llevamos sin saberlo. Un asco indefinible cala cuerpo adentro.

¡Cuarenta años!

Un hombre no invierte cuarenta años para morir así, una muerte perfectamente natural, lógica y corriente.

Total, a los cuarenta años, el cáncer doblega cualquier rodilla.

Tengo que salir de la ya despreciable presencia del médico y hallar un bar. Un cochino bar donde cualquier día la vida rueda entre un charco de sangre. Tengo que hallar uno de esos bares donde van

siempre los hombres que sufren, y las mujeres sin futuro.

¡Duele!

Doctor, querría decir que usted no es infalible. Decirle: doctor, ¿está completamente seguro?, habría sido un consuelo.

¡Cuarenta años! ¡Mal vividos! ¡Mal vividos mil veces! Fea se me antoja la burla del destino, jugada a un hombre que a nadie ha hecho daño.

Doctor, perdone, ¿pero está completamente seguro?, ¿o es que los médicos no se equivocan?

Miro el rostro del médico odiándole. Y escupo al suelo. Manchas indefinibles desfilan frente a mis ojos. Mi garganta cargada de flema, despierta las náuseas que todos llevamos dentro. Siento un asco indefinible y ganas de hallar un bar.

Doctor, ¿no se toma un trago conmigo? No, no esperaba que aceptase mi invitación, pero tengo derecho a preguntar, después de todo le estoy pagando. Y ¿sabe?, en estos momentos me siento como si nadie...

Desde niño cargué esta soledad inmensa. Un trago, un bar, un amigo...

“Que recite Regis. Que recite Regis. Niña, que recite Regis. El fiel Stanford: niña que recite Regis.”

Los pies del niño sobre las gradas, tembloroso; su rostro sonriente, su boca entreabierta, los ojos encendidos como la luz. “Regis, Regis, Regis...” abiertos los ojos del niño, muy abiertos, sin manchas los ojos del niño. No es lo mismo estar allí frente a los compañeros, los labios listos para hundir un poema

en los oídos ansiosos de su barra, y la maestra orgullosa: que recite Regis. Y él feliz. No es lo mismo.

Su padre salía temprano para el trabajo; su madre le escribía de vez en cuando.

Sus manos pequeñas habían adquirido la manía de construir patitos. Patitos que copulaban como las gallinas y los gallos. Eran tantas horas que llenar. "Que recite Regis."

*Tus ojos se abrieron como una corola
de flor temprana que el viento mece.*

Y el aplauso, espontáneo, sincero, como premio a su terco aplomo, a su desafío al mundo. Un reto a todas las cosas.

—Profesor... Aferrarse a la loca ambición de trascender todas las cosas, de curtir su nombre en las letras de molde hasta cansarse del álbum y dejar que el mundo transcurra como ruido de un auto lejano.

—Profesor...

—Ah, perdone doctor, estaba pensando. ¿Decía usted?

Y hoy, cuarenta años de barro y viento, sentado frente a un médico que hace un minuto empieza a odiar, escucho mi sentencia de muerte y la amenaza de una larga agonía.

En estos momentos es que se aprecia la utilidad de un bar. La iglesia de nada nos sirve, porque no puede pedirle al Autor de la Vida que pase una copa servida por él mismo. Pedirle que modifique sus

planes solo para no morir, cuando en el universo la muerte no tiene importancia. Lo que no perdono es la manera en que deviene la muerte.

—¿Cuánto le debo, doctor?

Pero, se me ocurre que no debo tomar. La sobriedad me resultará más tolerable. A la vida le hubiera sido fácil arrebatarme el aliento cualquier día, mientras el licor nublabá mis pensamientos. Así todo hubiese sido fácil. Pero quizá sea más simple resignarme ante lo inevitable, porque la muerte es nuestra sola prenda segura.

Solo que no soñé agonizando a los cuarenta años, una muerte lenta. La vida aplica su ley desde luego: a esta edad uno es demasiado viejo para morir como héroe o mártir. Y demasiado joven para fallecer de viejo. Por eso muero de angustia, de cáncer o de un accidente de avión.

—Le haré un cheque, doctor. ¿Me está cobrando todo? ¿Está seguro que no le debo nada más?

De nada me sirven sus descuentos ahora. No puede descontar en este solo acto material las faltas que la codicia ha acumulado sobre su cabeza.

Un millón de faltas. Pecados vividos en vano, porque el pecado pierde sentido cuando el pecador se arrepiente. No entiende que para un hombre ante la muerte, los servicios médicos no tienen precio. Necesito una semana de vida, y me ofrece un año. Vaya mundo irónico.

“Regis... ¡cuidado, una culebra!”

Salgo a la fría calle de enero sudando. El asalto repentino del viento hace penetrar el frío en mi

espina dorsal. Y sigo con esa herida vertical, recorriendo a pie la distancia entre el médico y mi cama. ¿Para qué ir al bar?

“Regis... ¡cuidado, una culebra!...”

La muchacha sollozaba mirando la muerte levantarse del suelo y extender su látigo horrible hacia este muchacho de ciudad que desconocía los peligros del campo. Ella sonrió a la víbora que, incapaz de moverse de sitio, ¡sonrió! Pero extrañamente... El animal intuyó en su gesto un deseo irracional de reconciliación —amada a vuestros enemigos— la gana inconsciente de recobrar la amistad perdida hacía tantos siglos. Silbando resignadamente su carga de mortalidad, dio vuelta para alejarse sin mirar atrás,

—*La Hora... La Hora...*

—Dame *La Hora*. De ahora en adelante, compraré todos los periódicos.

“Regis es más valiente que vos. Se enfrentó a una culebra, Una culebrota de este tamaño; ¡así de grande! Te lo juro: lo vi con mis propios ojos.”

—Setenta y ocho heridos fue el trágico saldo del accidente ocurrido ayer a las dos y treinta de la tarde en Quebrada Honda, al precipitarse un bus lleno de gente a un guindo. El bus transportaba a manifestantes que regresaban de una reunión política en Puriscal.

“Te lo juro, aunque no querrás creerme es cierto. Te lo juro por lo más sagrado.”

Le sonrió a la culebra y la culebra se fue.

—Unidad para segundas elecciones...

Avanzar sobre la calle fría hacia ningún sitio. Avanzar. Para qué ir al bar. Mi casa queda cerca, y no es ningún sitio.

—Sin sancionar contrabandistas de Chomes.

Tanto ruido, insistencia, indignación y escándalo. Diputados cómplices, autoridades complacientes, y uno solo, un solo funcionario honesto que ha quedado en ridículo. Los choferes en la cárcel, y los responsables eximidos. Paso a la decadencia del sueño de viejos liberales. Costa Rica muere conmigo. La ley es el dinero. Vale la pena morir si detrás no queda nada.

La vieja casa de madera cruje bajo mis pies. Las vidrieras rayadas —Costa Rica muere conmigo—, viejas paredes que se deshacen conmigo, polvo fétido que derraman en mi torno mi propia e inesperada senectud.

“Viva Costa Rica. Viva Regis. Noble Patria tu hermosa bandera”. Desde la niñez lo mismo.

Costa Rica muere conmigo, y así no tiene importancia la muerte.

Entro a mi casa que cruje bajo mis pies. ¿Eres tú, amor? ¿Cuándo aprenderá a hablar en tico? Tal vez iba siendo tiempo de casarme con ella. Es buena. Con su acento suramericano, y su fidelidad callada. “Apenas llegaste a tiempo. En estos momentos tengo que irme.”

No es vida la de las enfermeras. Digo, lidiar con enfermos, entrar a las diez de la noche —hasta luego amor—, salir a las diez de la noche, defenderse contra la agresión de los médicos que tienen complejo de don

Juan, y aguantar el enojo rabioso de las que, gastadas en la diaria lucha, se desquitan con sus compañeras. La vida de las enfermeras es dura como una piedra.

Y sigo solo. Demasiado solo.

El niño se escapó con el balón y hundiéndose en el área rival, se acercaba a la portería contraria con lucidez. Vio el rostro angustiado del portero, el silencio fatal de su momento. El balón, elevándose en vuelo de ave, se detuvo detrás, detrás del vencido contrincante en el fondo de la red. Regis, Regis, Regis. La gloria de cada momento apuntaba fatalmente a su momento más hondo.

Sentado sobre mi cama siento el paso del frío a lo largo de la columna.

Es un momento decisivo y sudo. Alcanzando la botella de ron, dudo.

¿Para qué tomarse un trago si la vida ha querido que muera sobrio? La deposito suavemente a la orilla de la cama, y estiro mi cuerpo lentamente. Tendido sobre mi espalda, miro el techo.

La lámpara, el parpadeo de la luz, las manchas en mis cansados ojos.

Apago la luz, es mejor: quedo con el recuerdo de un millón de años y estas manchas incoloras que pueblan mis sentidos. La penumbra se disipa.

Mis pies huelen a cuero. Afuera, el sonido veloz de una moto. Más allá un perro que ladra. Aquí, el palpito violento del corazón que crece. De mis ojos empiezan a caer lágrimas tibias. Gotas primero, un chorro dulce, luego, que avanza hacia la oreja, buscando la almohada.

Debería vestirme y salir. Todavía puedo poseer la noche, buscar la luna entre las nubes tardías y hacerla mía. Mis ojos arden. Mis labios han recogido del mundo su infinita sequía. Me cuesta respirar. Casi no oigo. Estornudo. Bostezo. Y los sollozos me vencen totalmente, como la única vez en que Regis perdió aquel famoso partido y la niña le dijo que era un inútil, que nunca para nada había servido.

Lloro como no lloraba desde niño.

Voy a vestirme. Voy a salir a la noche, para que el frío se cuele entre mis poros, y que el silencio apague los truenos. La vida es espacio y tiempo. Solo no tiene final, lo que no tuvo principio. Que la sonrisa seque mis lágrimas. Y que la vida gire hacia la nada.

Las voluntades

Hay decisiones que se toman sin necesidad de complicarse mucho. No solo hay una vida de por medio, sino una confianza depositada. Y es muy importante.

Casarme con ella, eso es todo. El día retira su brasa y cuaja en el confín todos los silencios. Por las calles circulan los postreros olores de niño.

Entro a la casa, beso a mi madre con actitud casi infantil. Quiero casarme, eso es todo. Voy a casarme, es decir, fiesta. A pesar de su actitud histérica. No la forcé, es cierto, pero forjé en su vientre una promesa. Y no es una mosquita muerta que ha tratado de casarme. Tiene gracia, porque yo la vi una tarde a la orilla del riachuelo, mirando el lento desliz del torrente frío. Sus pies desnudos,

aferrados a las piedras, sus rodillas redondeadas, sublimes. No usaba pintura de ningún tipo. Sus ojos vivos, relucientes. Y aunque Santos, mi padre, contagiándose del histerismo de mi madre grita que se opone rotundamente a que yo cometa esa locura, voy a casarme, es decir fiesta.

Y no es una portaviandas tampoco. Ni permito que la traten de ese modo. Ni estoy amenazando a mi madre. Y en medio del dolor de ver la boca rota por las manos airadas de Santos, voy a casarme.

Todo lo que me dicen me parece perfectamente incoherente y sale sobrando. Porque si veinticuatro años de cenas han crecido en mis venas, sin que yo pueda tomar una decisión cualquiera, no he debido nacer. Ellos querían un hijo. Y los hijos no son para nutrir vejezes, sino para prolongar la especie.

Y no les pedí que me parieran, repito, y la sangre corre ahora desde mis cejas. Es cierto que me falta un año para graduarme, pero por eso mismo ya puedo trabajar.

Y el hijo que ella lleva en sus venas es sangre de su sangre aunque ustedes y todo el mundo revienten. No es una cualquiera, ¿su virginidad no les basta como prueba?

No es una hija de la gran flauta tampoco. Algo sucede. Santos cae sobre el sofá y se queda mirando el piso, mientras mi madre grita nuevas sandeces. No es verdad que la muy jodida quería solo casarse y buscó un buen gancho. Ni es una jodida. Ni me ha embaucado. Santos tuvo la culpa por no haberse opuesto a una supuesta iniciación mía en

una casa de putas, de la que jamás tuve conocimiento. De modo que resuelvo abandonar la casa. De todos modos es mucha la sangre perdida por nada. No me voy por mariquitas, por huir. Me voy porque no quiero más insultos. Me voy cargando el nuevo golpe.

Digo al salir que la propuesta de Santos es una oferta digna de un asesino, porque era una esperanza lo que se desarrollaba en el vientre de Lupe y no una rana.

Y el grito fanático de mi madre no me conmueve.

Lupe viene a mi memoria, fresca, cristalina, junto al riachuelo. Avanza hacia el árbol, cuelga el sobretodo, sorbe un poco de té, hombro y cadera, rodillas torneadas esplendentes, pechos que apuntan hacia el sol desde su piel sensual. No, no quiero recordarla entre sangre. Quiero recordarla limpia, en el viento.

De niño solía cabalgar al atardecer sobre los orgullosos lomos de mi caballo marrón, impregnándole de la palpitación de la tarde. Despacio al principio, aceleraba luego, vaivén, cadencia; las crines en el aire enralecido, los cascos hundiéndose entre el zacate y hojas sin vida, más y más rápidamente hasta que entre los arbustos surgía el hogar, buscándonos. Y el sol a lo lejos agoniza, y el viento tenue, y las crines emblanquecidas, obedientes a la caricia, y la paz final de estar en paz con todo.

El color del crepúsculo está estampado ahora en Lupe. Un día la hice presa en el sofá –se reía

incontrolablemente— y la pasión creció botón por botón hasta la paz final de estar en paz con todo.

Han logrado al fin detener la hemorragia. Santos está a mi lado ahora. Mi madre me acaricia los cabellos. Han hablado de perdones. Han hablado de pensiones alimenticias para el niño. Recuerdo la voz de Santos en el claroscuro de mis sueños infantiles. Recuerdo las glándulas mamarias de mi madre en mi boca pequeña. Y en casa descubro que no me casaré con Lupe el jueves a las siete y media como había previsto, porque mi padre la llama por teléfono y se lo dice.

La leyenda de José Gordon

El cansancio, el cansancio enorme y la lentitud amarga y el tiempo.

El tiempo corre sin medidas. Corrompe y desgasta las pupilas y carcome la certeza de la palabra y vence. El tiempo vence siempre.

El tiempo había seguido su curso desde el primer día, desde la primera trágica y terca vez en que, desoyendo la voz de su padre que era un jardinero tranquilo, quiso aventurarse, quiso conquistar el mundo.

El cigarrillo quemaba con la misma amarga lentitud. Sus ojos, enrojecidos por el trajín intenso del sol de cuarenta y dos años; sus manos rudas pero sin asomos de torpeza y su pelo, rigurosamente peinado.

Toda espera es lenta, amarga. Como el crecimiento del coco. Todo crecimiento es lento y amargo y acumula residuos. Allí, sobre el suelo contiguo a la ventana de las oficinas de Mr. Brutt, se acumulaban los diminutos pesos de mil colillas de cigarrillos de todas las marcas.

De pronto, una voz enérgica le arrebató de su lento sopor. Saltó de la banca y, acomodándose la ropa, caminó hacia el escritorio del funcionario que lo había llamado.

—¿José Gordon?

—Yes, sir...

—Puede pasar...

Un par de pasos fueron suficientes para colocar en el despacho a Mr. Brutt a la figura descollante del bananero.

—¡Oh, es usted Gordon! Usted causó disturbios en la Finca Doce.

—¿Disturbios? No señor: un compañero cayó al pozo...

—Y, este... usted soltó el freno del carro porque un compañero se cayó...

—Estaba guindando señor... Estaba guindando en la boca...

—¿Guindando en la boca?

—A un metro de la boca, en un travesaño y podía haberse caído. Era la muerte.

—De modo que usted soltó el carro sin más y se fue rodando cuesta abajo y se salió del riel...

—Es cierto, señor... pero...

—Y se cayó del riel así... ¿sabe cuánto cuestan los racimos que se perdieron?

—Es cierto, señor, pero tomando en cuenta...

—¿No se ha puesto a pensar en el costo de las reparaciones?

—Tomando en cuenta que el compañero podía haberse...

—¿Y sabe lo que cuesta poner a toda una cuadrilla a encarrilar el carro?

—Un compañero podía haberse muerto —dijo el interpelado, ya con poca convicción.

—Gordon... está despedido.

—Sí, señor... —treinta años de manchas de banano se adhieren con firmeza a cualquier camisa. Gordon sabía mucho sobre el sabor de la savia del banano. Y conocía también la medida exacta de la flor.

Desde ese mismo día quedó borracho para siempre. Y no supo a qué horas pasó en medio de los escritorios de la parte externa del despacho, cruzó la puerta y bajando las gradas una por una pudo alcanzar el zacate con enorme esfuerzo. Pero se encontraba en medio del bullicio de cien bananeros, manteniéndose borracho a base de ginebra.

Una botella quebrada, la sangre, y la herida mancha, y el grito de una prostituta.

Y la policía que llegó inoportunamente. ¡Oh, esos paña¹ vestidos de kaki!

1. Paña deriva de España. Español o descendiente de españoles.

Eran servidores incondicionales de Mr. Brutt. Él ya no está al servicio de Mr. Brutt y se sentía humillado. Humillado porque un condenado americano le había despedido gratuitamente, como si la vida de un compañero valiera menos que un carro de banano.

De pronto se le ocurrió que Mr. Brutt tenía razón: en el verdor violento de los bananales la vida vale menos que un carro de bananos. El bananero herido seguía sangrando, tendido en el suelo y su victimario, botella en mano, se mantenía a la expectativa.

“Federico, gritaban los demás desordenadamente, no lo matés. No seas cruel. El hombre está borracho y no puede defenderse.”

Y la autoridad competente, impotente, esperando iniciar uno por uno la represión que no podía consumir colectivamente.

—Tiene razón Mr. Brutt —dijo en voz alta— la vida de un compañero vale menos que un carro de banano. Vale menos, y alguien tiene la culpa de eso.

Al cruzar el pequeño zanjón, con paso fluido llegó a su casa. Tenía el rostro hinchado. Una mirada color ceniza iluminaba todo. Su mujer exhaló un grito pequeño como un suspiro hondo del mismo color que él portaba en sus ojos. Y cuando habló sus palabras también, como todas las pequeñas cosas del pantano, estaban llenas de ceniza húmeda.

“Lo importante —dijo— no es lo que me pasa. No es eso. Lo importante aquí es que he descubierto que... hay leyes. Hay reglas.”

—¿Que hay reglas?

—Sí... reglas... Los funcionarios de la Compañía Bananera tienen el rostro verdusco como los lagartos viejos.

Ella no supo qué decir. Eran largas las horas de ayer y los dos lo sabían.

Gordon había estado limpiando el terreno toda la mañana, volteándolo —machete veloz, hacha hábil y el pico y la pala que abren venas cuadradas sobre la piel fresca de la tierra— y recogen su sudor abundante y sus lágrimas y los excrementos del reino animal. La lucha contra la adversidad, la sed del hombre, la legítima defensa de las bestias y la serpiente herida.

—No quiero comer... El vapor se escapaba libremente de su atol favorito.

—Es atol —insistió ella—. Atol de plátano.

Y luego marcar el terreno, acabar con los incabables insectos; la perforación de los hoyos, el sabor a barro permanece contigo y mora contigo eternamente amén. La siembra, ordenar la esperanza estúpida de los trabajadores que —como lo hubiera hecho un ángel bueno— aguardaban el crecimiento del fruto ajeno.

Nueve meses, como la espera de la madre humana.

No, no quería atol y eso era grave. Porque en medio de su mundo violento, el calor ambiente y el frío en los pies, el agua y la lluvia y las picaduras de un millón de insectos y en medio de todo —de todo— al bananero solo le quedaba su inclinación al

consumo incontrolable de alcohol y un apetito voraz de pan.

El día de José se fue prolongando en el hastío y la noche empezó a calentarse. A las ocho el calor era tan grande que su mujer se levantó para tomar agua de un tarro de leche en polvo, acostándose luego sin ropa, para respirar bajo el peso de su sudor caliente y mirar el vapor que desde las sábanas buscaba el techo.

A medianoche el calor le llegaba a la base del cráneo con millones de caballos fuerza. Gordon se sentía bestia, fiera herida. Tomó tres tarros de agua, luego fue a orinarlos; pero apenas si logró humedecer el césped.

Deshidratado, furioso, estuvo en el corredor, de pie, luchando varias horas con un mosquito que al final abandonó la lucha al presentir la cercanía de la mañana.

—No, no me van a despedir así—resolvió al mirar los primeros anuncios del día— no me van a despedir así. Lo juro.

Juan Bigs le debía quinientos pesos y eso era mucho dinero a dos cuarenta el dólar.

Pero de pronto la suma no tenía importancia: necesitaba el caballo, las balas y su vieja arma.

—Lindo caballo—dijo su mujer al verlo entrar al patio trotando—. ¿Es el de Juan?

—Es mío.

—¿Es tuyo? Y... ¿para qué lo querés?

El calor estaba creciendo con las horas. La gente había tomado ya no menos de diez tarros de agua

por hora. Pero cuando ya no fue posible que se escaparan rápidamente por los poros, el agua empezó a evaporarse y desde la piel se fue formando una espesa nube sobre la cabeza de todos hasta opacar el brillo del sol.

Y cuando el astro alcanzó su cenit fue demasiado para José Gordon. De modo que ensillando su caballo, abandonó el pueblo en busca de un sitio con temperatura habitable, un arroyuelo fresco sin olor a banano.

Su mujer no le hizo preguntas al verlo partir, se resignó a aguardarle.

El calor no se quedó en el pueblo: se fue con José. Era —contaron luego— el hálito de vida con que se anuncia la presencia del Señor. Estuvo muchos días con aquella calentura, viajando entre el espeso monte, y viviendo a despecho de los insectos, mordiendo frutas silvestres y calmando su sed con el agua de los arroyuelos.

El domingo regresó al pueblo y entró al templo. Los presentes contaron luego cómo su rostro brillaba como una estrella y sus palabras, dichas con detenimiento más allá de la comprensión racional.

“Hace calor en la finca bananera. Demasiado calor. ¿Conocen el tomate? En la finca hay tomate y se pudre. Yo he venido a enseñarles los tomates: a mostrarles la putrefacción de los tomates de la Compañía Bananera.”

Nadie pudo entender su primera parábola, pero tampoco pudo nadie burlarse porque su verbo tenía una fuerza real. Demasiado real.

Pero guardaron sus palabras mientras los días resonaban bajo el calor verde del jamaicano enloquecido.

Primero asaltó las oficinas centrales y sin muchas palabras obligó al secretario a esperar a su jefe en calzoncillos. Definitivamente le había sucedido algo grave y su fama se fue extendiendo a toda la zona. El calor fue algo más que fiebre.

Para marzo, Gordon era un hombre legendario que vivía tomando agua. Asaltó al secretario de nuevo en plena finca y atándole a un árbol con ambas manos sobre la cabeza y los pies en un hormiguero se dio a la fuga.

Fue su único acto de crueldad, al punto de que años después, el pueblo discutió acaloradamente si se incluía o no en la antología de hechos que conformaban la Leyenda de José Gordon.

Pero en abril era claro que no consideraba al secretario un enemigo, ni a él ni a ninguno de los seres concretos que dirigían la finca. El enemigo se fue perfilando como un enemigo abstracto que producía banano con sangre.

La leyenda llegó a su clímax en junio cuando él, su caballo y su escopeta entraron, tranquilamente al pueblo para unirse a los parroquianos que aguardaban la noche en el comisariato.

Juan Bigs fue el primero en reconocerle. Saltó de su asiento y señalándole gritó: "Pero, ¿no es José el que viene allí?".

El jinete acercóse lentamente al corredor y desmontando se acomodó sobre uno de los bancos cerca del mostrador.

—Lester... acérquese. Dale un refresco a los señores y uno a mí. Luego, hágame once paquetes de esta lista.

—¿Once?... —El dependiente sudaba acongojado temiendo un desenlace fatal.

—Once paquetes iguales. Dame una zarza perrilla² mientras tanto.

Antes de que terminara su refresco los paquetes estuvieron listos.

—Grant —dijo él— tengo un trabajo para vos.

—¿A ver? —era el más joven de los presentes. A ver: diga...

—Llámeme a Miss Ruth... y a doña Estímula... y a don Gregorio... y... —diez nombres pasaron frente a sus oídos.

—Léster, cárguelo a la cuenta de Mr. Brutt.

Para agosto el calor había crecido tanto que lo sentían las personas allegadas a él. José Gordon tuvo como nunca el amor de su mujer, que lo esperaba a medianoche y se despedía de él antes del alba. Muchas personas contaron por muchos años después, que el agua de los arroyos adquiría una tibieza extraña cuando José se bañaba. Y emitía un vapor misterioso cuando caminaba bajo la lluvia.

Mr. Brutt tomó la decisión de irse del pueblo, cuando se dio cuenta que la voz de José se había convertido en palabras de mando y todos le obedecían ciegamente y sin protesta.

2. Zarza parrilla.

Mr. Brutt se alistó hacia finales de agosto para emigrar. Hasta ese día, no tuvo un encuentro directo con Gordon, pero un temor irracional lo dominaba.

En el cruce principal, no obstante, sus guardaespaldas se quedaron de pronto quietos. Las hojas de los árboles empezaron a caer, y un halo incierto fue envolviendo al temeroso Mr. Brutt.

—¡Por Cristo! —gritó acongojado—. ¿Qué les pasa a ustedes Zacarías?, ¿qué les pasa?

Pero los hombres seguían inmóviles, perdidos en la inmensidad del aire.

—Hijos de... ¿qué les pasa? Cobardes. Dije que...

Un sonido cortante rompió la espera y la selva en dos. El olor dulce de las hojas cedió a la pólvora. El calor, el calor sobrenatural que rodeaba al "profeta" —que así lo calificaban sus simpatizantes— desde que repartió diez bolsas de víveres entre los más pobres del pueblo.

Los guardaespaldas dejaron caer sus armas. El gringo los miró con rabiosa impotencia: él no había visto ni oído nada, salvo el disparo hundido en la tierra delante de sus pies. Pero podía sí sentir el calor sobrenatural que los ignorantes atribuían a José Gordon.

—Mr. Brutt —era palabra de negro. Palabra primitiva como la primitiva alocución de Dios.

El calor contagiaba a todos hora.

—Mr. Brutt... usted me despidió.

—... ¿Yo? Óigame, Gordon: yo soy el mandador y tengo autoridad para eso.

—Mr. Brutt... el pobre negro había hasta obrado en su finca... Nos pican las culebras, la fiebre, la fiebre electriza, la fiebre voraz quemando a todos...

—Gordon, hagamos un trato... me olvido de todo esto y...

—Vino a mí palabra de Dios...

—¿Palabra de?...

—Palabra de Dios, Mr. Brutt. Ustedes van a pagar sus pecados —fiebre, calor fulminante y la tierra... la tierra marchitándose en medio de la esperanza y la espiga... creciendo a pesar de todo...

—Mr. Brutt, si trata de irse lo mato.

El eco de la última bala le dio un golpe bajo a Mr. Brutt. Cayó de bruces.

Sus hombres lo recogieron y lo llevaron a la enfermería de la Zona.³ Dicen que cuando volvió en sí, un olor a tomate inundaba la sala. Tomates pequeños, como rábanos grandes, de los que solo se dan en la llanura limonense.

Para noviembre el calor cubría todo el pueblo. El nombre de José Gordon se hacía cada vez más popular. El pueblo hablaba del color de las flores y de los tomates pequeños rojos y podridos y del calor inexplicable que cubría los meses.

A finales de noviembre, Gordon entró a la Zona de los altos empleados de la Compañía que vivían aparte para no contaminarse del aire espeso del vulgo. Mr. Brutt y su sirvienta estaban desayunando.

3. Se refiere a la Zona de la ciudad en que vivían los altos empleados de la Compañía.

Él, sentado sobre lujosa silla en ropas ligeras, ella junto a él, sus manos atentas a servirle.

—¿Más mermelada, señor?

Él masticando como mastican los gringos, con una petulancia esquiva. “¿Más café, señor?”. Y las manos de Mr. Brutt tomando sus libertades, y ella con una sonrisa complaciente: “más señor, ¿más?” y él volviéndose hacia ella, sus manos cavando viejos sueños de esclavista y ella “¿más crema, señor?”, cuerpo de magia, piel de blanca, boca negra, ojos verduscos, nariz chata, labios como naranja dulce, y él solícito, buscando en ella lo que no podía hallar en su propia mujer; y ella, consciente de su papel de esclava, sumisa, complaciente: “¿más mermelada, señor?”, los ojos cerrados ya, en la mezcla de rencor y pasión: ser del amo, orgullo singular, la propiedad privada de alguien que era propiedad privada de la Compañía Bananera.

Hizo de pronto un calor terrible y su pasión se quedó así, mitad gozo, mitad herida a la mitad de la enagua y a la mitad de la blusa y a la mitad de la faja de cuero y a la mitad de la camisa...

José desayunaba tranquilamente detrás de ellos. Su rostro sudoroso, su camisa desabrochada, la escopeta en la mano izquierda, el dedo sobre el gatillo...

—Alcánceme la mermelada —dijo— y la mantequilla.

La pareja temblaba de miedo: ella temía por la vida de Gordon, mientras pensaba que su muerte era necesaria para salvarla de la vergüenza de oír su

secreto en boca del pueblo. Mr. Brutt tenía un miedo absolutamente irracional. Tal vez las imágenes de tanta cabeza rota, de tantos rostros que nunca mancharon su blanca pureza anglosajona, y tantos ojos mirándole sin sentido se materializaban ahora. Alcanzaron entre ambos la mermelada y la mantequilla. Gordon acabó su desayuno tranquilamente, y tras ordenarle a la empleada que se encerrase en la cocina, obligó a Mr. Brutt a abrir la caja fuerte donde guardaba dinero y documentos de los trabajadores de la finca, que solicitaban préstamos para apuros médicos y otros apuros semejantes. Gordon los fue rompiendo uno por uno, mientras el gringo los ponía por orden suya en un sobre con el nombre del dueño. Toda la casa olía a tomate podrido.

Intentó arrebatarse la escopeta a Gordon, pero éste no opuso resistencia alguna.

—Esta escopeta es la vara de Moisés —le dijo— y este es el día de tu juicio.

Mr. Brutt disparó con furia y el sonido de sus disparos le arrebataron la conciencia a la empleada.

—¿Ya terminó? —preguntó Gordon, mientras el gringo se debatía entre el terror y la rabia.

—Negro embustero, estos cartuchos no tienen bala...

—¿No? —Gordon sonreía alegremente— probemos con usted. El gringo se lanzó sobre Gordon y de rebote cayó en un rincón del comedor. Contaron los habitantes del pueblo que fue la empleada la que le curó las heridas que tardaron toda una semana para sanarse.

En diciembre el calor ya era insoportable. Tanto que había causado casi veinte incendios, a pesar de las lluvias de finales de noviembre y principios de diciembre. Dos de tales siniestros fueron en las casas de la zona. Había que matarlo. La primera batida la realizaron después de navidad. Ocho policías a caballo se encargaron de acorralarle en lo que parecía su guarida: la Cueva del Manco.

—Salga chumecaman,⁴ mejor que se rinda por su bien.

Tomaron posiciones esperando alguna respuesta y de pronto la obtuvieron: un incendio terrible se levantó a medio kilómetro a la redonda, y la figura de Gordon, temeraria, altiva, descollaba sobre una piedra más arriba de la cueva.

—Soy inmortal —les gritó—, voy a morir, es cierto, pero viviré de nuevo.

La patrulla regresó al pueblo con graves quemaduras de piel, para contar cómo vieron a Gordon —hombre y caballo— cruzar sin consecuencias las violentas llamas y el humo del incendio y perderse entre la tupida vegetación.

Para año nuevo se sabía con certeza que Gordon iba a morir. El treinta aparecieron sendos paquetes de comestibles o sobres con dinero en la puerta de los más necesitados del pueblo, y la Compañía Bananera duplicó la recompensa ofrecida para acabar con su legendario enemigo.

4. Deriva de Jamaica y man, o sea jamaicano. Reproducción fonética de la palabra antillana. Por generalización, a todo negro.

Sus milagros eran ya el decir constante de todos: se sabía de la vez en que él cruzó a nado las corrientes del Matina para rescatar a Mr. Maikal, y de cómo sobrevivió a las dieciocho heridas que le hicieron los Guardas de la Finca Nueva en el pecho izquierdo. Pero su sangre fertilizó la tierra en su huida y José Gordon estuvo en la cantina al día siguiente como si nada hubiera pasado.

Estuvo allí, contemplativo, silencioso. Los bananeros le rodearon para advertirle del peligro que corría. Le explicaron que la Compañía Bananera había triplicado esa misma mañana el precio de su cabeza y que de San José vendrían contingentes de policías para reforzar a la guardia de Limón.

—Hay orden de matarlo...

José no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos, como si tal acción sellara la leyenda de su inmunidad. De pronto saltó del banco y, con un arrebató increíble, hombre y caballo se perdieron entre el monte, minutos antes de que aparecieran los policías.

Y la leyenda de José Gordon crecía... crecía...

Dicen que la Compañía ofreció cuatro veces el rescate a la mujer de Gordon y ordenó una estricta vigilancia en torno a la casa. A los tres días apareció escrita en la casa de Mr. Brutt una orden terminante: levante la guardia. Esa misma mañana amanecieron tres policías heridos, dicen que por Juan Bigs, a la sazón uno de los mejores seguidores de Gordon. El cuarto miembro del comando, apareció en Estrada muchos años después, y no se acordaba de su nombre.

En enero el calor era tal que los hombres tenían que tomar agua de coco tres veces al día y además florecían grandes ventas de granizados, y la fábrica de hielo tuvo que emplear a muchos trabajadores más.

Por su parte, la Compañía castigó a sus empleados con dureza, despidiendo a los que descubrieron con el nombre de Gordon o su fama entre sus labios,

Y además redujeron el pago por jornada, alegando una rebaja internacional del precio. También quisieron establecer un precedente definitivo, de modo que obligaron a los hombres a trabajar bajo la lluvia torrencial y la historia de la región recuerda aquella época con amargura. Sobre todo el diez de enero.

Las órdenes se dieron en inglés formal ese día, por primera vez también. Y al final del día no hubo canchín en el comisariato. Diz que José Gordon había prendido fuego al depósito. Aún no les bastó: en vista de los riesgos que había a consecuencia de los desmanes de Gordon, bajaron el ritmo de producción.

Gordon exigía ciertas condiciones absurdas para deponer su rebeldía: que los trabajadores corrientes, con su piel sudorosa y su crónico olor a bananoverde vivieran en la zona, lo cual hubiera significado la "Quiebra de la empresa" según explicó Mr. Brutt. Y también le hubiera causado la ruina, dijo, cumplir la alternativa que Gordon ofrecía: que los jefes viviesen como todo el mundo en chozas humildes y covachas, porque todos hubieran renunciado, y en ese caso, hubieran tenido que

venir a dirigir los propios accionistas, y en ese caso mejor sacaban su dinero de Costa Rica, que al fin y al cabo hay muchos otros países dispuestos a recibirles. Y eso no lo iba a tolerar el gobierno tampoco porque el país se quedaba sin las altas cifras que lucía en su balanza de pagos y sin salarios para los trabajadores jamaicanos, nicas, beliceños y hondureños, y eso no le convenía a nadie pues esos trabajadores regresarían ociosos a sus países tal vez alentados por el éxito de José Gordon e iniciarían en su tierra movimientos revolucionarios y eso tampoco convenía a nadie. Gordon dijo que puesto que todo eso era verdad, la Compañía Bananera era una soga al pescuezo que nunca acaba de ahogar a sus víctimas, pero que jamás dejaba de apretar.

El calor de enero impuso muchos cambios. Tantos que los bananeros reñían por cualquier motivo y el consumo de licor se triplicó con creces.

Mr. Brutt decidió pasar ese fin de semana en Limón centro, porque el calor de la finca era insostenible. Era más fresca el agua tibia del Mar Caribe. Ordenó a cuatro de los bananeros más fornidos encargarse de la tracción del carro, e invitó al pagador a acompañarle. Los dos, vestidos de blanco, se montaron al carro-carril y palanqueados a brazo por los bananeros, partieron pipa en mano hacia el puerto.

Pero de camino el calor empezó a aumentar. Los bananeros desabrocharon sus camisas pero el calor seguía en aumento. Aceleraron, se limpiaron el sudor muchas veces, se quitaron las camisas en

medio del calor sofocante, mientras Mr. Brutt y su compañero se dejaban absorber por el calor del vapor que emanaba de todas las cosas.

De pronto aplicaron los frenos y un cuchillo largo de hierro cobijó el calor. Los braceros se quedaron allí exhaustos y Mr. Brutt tomó su pistola ya tarde porque una escopeta y una voz larga, honda, tétrica, le ordenaba la mayor quietud posible.

—Me matarán —dijo la voz—, destruirán este cuerpo: y yo regresaré para vengar mi muerte. Y no se va a ir usted tampoco, Mr. Brutt, se va a quedar hasta el final. ¿Entiende? Hasta el final.

—Oiga, Gordon... ¿qué es lo que quiere? Le daré dinero para que regrese a Jamaica.

—Estaba en peligro Milton. Podía haberse caído al precipicio.

El gringo sudaba, acaso pensando en la muerte, o en las naranjas del Valle de California.

—Gordon, te voy a agarrar —dijo, y con un movimiento rápido se volvió hacia él disparando. Pero Gordon ya no estaba en ese sitio, y enfurecido se fue acercando, apuntándole sin disparar mientras el gringo, cautivo de una extraña parálisis, aguardaba sin moverse, y le dio un golpe terrible con el reverso de la mano a Mr. Brutt primero y al pagador luego, y les ordenó desvestirse. Seis compañeros de Gordon, todos a caballo, surgieron entonces de entre los matorrales. A lo lejos se oyó el pito de un tren.

—Bloqueen el paso —ordenó Gordon a los suyos. El calor nublaba ahora la vista e hinchaba los pies.

—Ustedes —les habló ahora a los ansiosos bananeros: ustedes dos, pónganse la ropa de ellos, y ustedes dos, encárguense de las pipas.

Muchos años después se contaba la sorpresa de todos, al ver a los dos hombres blancos manejando el carro y los cuatro negros disfrutando del paseo, los unos con las manos encallecidas, y las espaldas desnudas, los otros vestidos de filibusteros.

Mr. Brutt desapareció de Limón sin dejar rastros. El nuevo superintendente no anduvo con contemplaciones. Organizó una fenomenal batida y se lanzó a la caza del aventurero con una furia desconocida. Una furia disciplinada que nunca descansaba. Vigilaban la casa constantemente y una noche irrumpieron en ella y despertaron a la sobresaltada mujer de Gordon. Pero no lograban apresarlos.

El calor tiñó bien pronto la piel del recién llegado. Gordon entró a la casa del nuevo superintendente a pesar de los guardias y le predicó un extenso sermón de media noche, sobre la sagrada misión encomendada por Dios y su propia hipotética resurrección.

El superintendente definitivamente no era Mr. Brutt. Lejos de intimidarlo la intimidación le dio nuevos bríos. Y se organizó en toda la región lo que Limón recuerda como la más sangrienta batida de su historia. Tres negros murieron víctimas de su parecido con el caudillo. La Compañía duplicó la jornada de los trabajadores y redujeron nuevamente el salario-hora. Pero el calor era ya más que intolerable. Los banales se prendían solos, los incendios

eran un verdadero flagelo regional. El sol se volvió duro. Se destacaron bandas de policía en los comisaratos. Pero el calor crecía, crecía hasta la exasperación. Y se dio formal amenaza a todos los que recibiesen productos de los botines del "Bandolero".

Al fin un día un hombre se presentó a las oficinas del superintendente. Era un negroclaro que quería regresar a su tierra. Se supo después que las flores nacen al tercer día; por eso, la noche en que encorraló a Gordon en su casa, para nadie fue una sorpresa y se dijo que estaba de por medio la callada complicidad de su mujer que ya estaba cansada de sus andanzas. Pero se dice también que el hombre bajito era en realidad un cómplice, que tenía el compromiso de herirle, cobrar e irse, mientras José Gordon sufría la metamorfosis de su resurrección.

Gordon cayó de bruces, manando sangre por la pierna izquierda. Se le dio por muerto esa misma noche, en tanto los hombres todos se volcaban a las calles.

Ningún negro quiso enterrarlo, por lo cual hubo que encomendarles el trabajo a seis policías latinos, de los que en aquellos tiempos lucían machete al cinto.

Los seis policías que llevaban el cadáver se detuvieron en el camino para descansar. La soledad, el calor, la conciencia de llevar el cuerpo de un negro que se opuso con éxito durante tanto tiempo a la Compañía y tuvo que ser abatido por su propio paisano y además la leyenda de su posible resurrección los aterraba. Pero cada uno guardaba su miedo en secreto.

Por eso se detuvieron diz que a descansar, mientras tomaban a pico de botella su ración de aguardiente.

En el silencio de los bananales sudaban copiosamente. Pero Gordon estornudó.

Cuentan que los pedazos de carne, sangre y madera, fertilizaron por mucho tiempo la Finca Grande.

Los “apóstoles” que aguardaban en el cementerio, con agua, pico, pala y sal, sintieron llegar de pronto un frío inexplicable.

Y uno a uno se encaminaron a sus chozas; con la boca sedienta y el estómago vacío para recoger su ropa, despedirse y desaparecer para siempre. Sus palabras huecas nunca hallaron el camino de Emaús.

En la casa del superintendente hubo una pequeña recepción esa noche, y un brindis con ginebra inglesa. La mujer de José Gordon se tiró al mar con piedras amarradas a los pies, y ese año, las ventas de la Compañía Bananera aumentaron.

gamente esperada curamoula.

... Era hermosa la ocasión de Veras, porque tras años de inseguridad, se afirmaba el Reino en toda su potencialidad. Y esa noche dimos gracias a Nyumbé¹ y al Samamio² por los beneficios otorgados a todas las familias del territorio.

Ninguno de ellos guarda hoy esos recuerdos que con tanta precisión y astucia atesoro.

1. Aardá doce.

2. Dios zabaní.

3. Espíritus y herencias de los antepasados.

Los mitos ancestrales

On the margin of European culture... the "coloured" intellectual is an artifact of colonial history... He is a creature of two worlds, and of none.

A. SIVANANDAN

Fue durante la época en que cambia la luna, y esa vez el domingo encabezó la semana.

El príncipe trajo su asida¹ al padre de su futura esposa y las familias acordaron celebrar la largamente esperada ceremonia.

Era hermosa la ocasión de veras, porque tras años de inseguridad, se afirmaba el Reino en toda su potencialidad. Y esa noche dimos gracias a Nyambe² y al Samamfo³ por los beneficios otorgados a todas las familias del territorio.

Ninguno de ellos guarda hoy esos recuerdos que con tanta precisión y estima atesoro.

1. Asida: dote.

2. Dios ashanti.

3. Espíritu y herencia de los antepasados.

Sin embargo, hoy me han sentado en este asqueroso círculo, y sus dedos apuntan hacia mí, sedientos. Si me muero, alguien cargará con mi muerte.

El primer decreto desde el Sagrado Banquillo reunió a todos los clanes de nuestro pueblo, a lo largo y a lo ancho del territorio. Un resplandor dorado cubrió la piel. Desde lo largo y lo ancho de la tierra, hacia el cielo de donde vino la Araña, con su sabiduría infinita y su astucia veloz, y desde la profundidad de la tierra de nuestros ancestros, un resplandor dorado cubrió la piel.

Y desde aquel día nuestras vestiduras resplandecieron como oro puro. Bendito por el mismo poderoso Okomfo⁴ con su poder de siglos, con su poder sobre la vigilia y el sueño. ¡Santo es el banquillo que jamás pisó la tierra! Y maldito este cochino círculo en que ahora me han sentado para juzgarme por un inexistente delito, cuando ninguno de ellos recuerda nada de nuestra antigua Kumasi⁵ ni saben de las pericias de Anansi, salvo porque a lo largo de estos años, se los he venido arrancando de mis canas para entregarlos a la juventud.

Inútil esfuerzo por recoger de la tierra los restos de nuestro Samamfo cautivo en otra tierra, junto al Samamfo cautivo de otros pueblos.

Al caer la noche danzábamos bajo el radiante astro que para nuestro provecho dejaron los ancestros.

4. Rey ashanti.

5. Sede del antiguo reino de Ashanti.

Las olas del mar besaban la dorada arena. El Tam-tam⁶ alegre contaba la historia del clan materno del príncipe, de sus gloriosas hazañas en la defensa de la nación, sus delicadezas, sus excelsas y supremas virtudes.

Y yo, niño aún, pequeño aspirante a la antigua sabiduría, heredero diminuto de las decisiones del Concilio, del Jefe del pueblo; descendiente también y resultante de las decisiones de los concilios de incontables jefes y del Rey, supremo y excelente príncipe heredero, yo, niño, suspiraba contemplando la danza de los mayores; oyendo el cuento vigoroso del Tam-tam, y mirando extasiado la demostración de los hombres que no codician, de los que nunca tocan lo ajeno, de los que jamás han roto el juramento.

Nuestro altar no tocaba el suelo. Por eso los recuerdos brotan del aire y de la sangre y en mis solitarias noches de frío, desde mis entrañas.

Mis antiguos rezos como amenazas, mi antigua piel como amenaza. El brillo áureo intemporal que siempre me persigue.

¡Malditos dedos que apuntan ahora y me obligan a escoger entre el oro y la plata, entre la luz y el claroscuro, entre la vigilancia y el sueño.

Años después leí en el Museo de Londres la carta del viejo Germanson.

Conservaron con increíble cinismo todo el documento, incluso los borradores que le dieron origen.

6. Lenguaje de los tambores.

Cuenta el viejo Germanson en sus documentos, los detalles de su llegada a Kumasi, la acogida que tuvo por parte del príncipe, y el hecho singular de su recibimiento en medio de las bodas reales. Cuenta que en su senil grandeza, el Okomfo lo juzgó heraldo de futuras glorias.

Era, más bien, un heraldo de la agonía de mi pueblo y el inicio de este círculo de soledad. Es el verdadero responsable entonces, de este juicio.

La Serpiente que habita el Bosque debió destruirlo. El Espíritu del poderoso Lago debió confundirlo, para que sus ojos no distinguiesen ya nunca el norte del sur, el oeste del este, ni la vigilia del sueño.

Esa noche vi llegar al ángel de mi perdición, Germanson. Su piel color plata, su ropa color plata. Su pelo de bronce. Como un potro de esos que cuentan los artistas cabalgan los akánicos del norte⁷. Viejas leyendas que quedaron en el olvido cuando Germanson se despojó de su brillante espejo, de su collar de brillantes, de sus satines, de sus tafetanes, y los puso sobre el Príncipe, y recibió a cambio un pequeño cetro de oro y comió de nuestra mesa con su mano derecha, mojando su mendrugo en la misma olla que el príncipe, grave honor que deseaban los ancianos, grave acusación que amargó el corazón de Omowa, príncipe también y hermano del Señor.

7. Africanos.

Años después leí el informe de Germanson al Rey. Incluso la cínica reconstrucción del borrador:

“PRIMER BORRADOR:

Llegué el día domingo y tenían una gran fiesta de bodas. El príncipe heredero se casaba con la hija de una familia noble, o “clan selecto” como dicen ellos. Me han tratado como embajador, me han honrado como heraldo de su Majestad, y he dormido en el palacio real, entre magníficas telas, tras presenciar las danzas rituales que, como homenaje al futuro soberano, tributaron los bailarines de todos los clanes. Una pequeña choza fue el escenario de la luna de miel de los príncipes.”

Eran las primeras impresiones, las que brotaron del hombre Germanson. Pero al día siguiente –lo sé por las fechas– hubo un segundo borrador, escrito ya por el político:

“SEGUNDO BORRADOR:

Llegué el día domingo y tenían un holgorio para celebrar una boda pagana.

El hijo del cacique se allegaba a una mujer de una de las tribus. Me han confundido con algún dios pagano. He tenido que dormir en la primitiva choza del viejo cacique entre muebles rústicos y telas posiblemente importadas. Después de las sensuales y diabólicas danzas, la pobre niña fue violada por el exaltado macho, prácticamente frente a todo el pueblo que, obviamente, disfrutaba del espectáculo.”

“COPIA DEFINITIVA:

Era la voz del conquistador. “Llegué el domingo para presentar las credenciales de su Excelsa Majestad, y encontré a la horda envuelta en una boda pagana. El cacique se allegaba a una mujer de otra tribu bárbara. En su primitivismo, me confundieron con un dios mitológico de piel plata que sus ritos paganos anunciaban, iba a ser la salvación de su pueblo, lo cual denota, que aún en estas almas sencillas e ignorantes, Dios ha puesto el anhelo de civilización. He dormido en la pestilente choza del viejo despota cacique. He soportado las danzas demoníacas y sensuales, en nombre de su Digna Corona, por lo cual aspiro a futuras indulgencias. Y he tenido que permanecer inmóvil, mientras el salvaje violaba a la pobre niña, prácticamente en presencia del regocijado pueblo, que obviamente disfrutaba de tal demostración de primitiva barbarie.”

El príncipe Omowa cultivó su amistad con él desde esa primera noche cuando Germanson le regaló un anillo de piedra pulida. Y cuentan que dijo, entre jícara y jícara de agua ardiente, a borbollones, en un idioma recién aprendido, que él era el mejor, el único y verdadero heredero del banquillo de Kumasi, el corazón de una época de futura grandeza.

La codicia hizo huella en el corazón de Omowa y la codicia es la raíz de todos los males de la tierra.

El Príncipe perdió así su aura protectora y desde esa noche rumiaba liberar a la princesa de su infeliz desposorio, para quedarse él, solitario, dueño

de su hermosura, y soberano del Reino Confederado de nuestros innumerables clanes. Germanson presentó sus credenciales, escritos en un idioma que solo él entendía en toda Kumasi. Y el Rey le abrió los brazos, porque de tal manera se recibe a los forasteros que vienen en son de paz.

Sentado aquí en esta soledad de siglos, pienso en la alegría del Pueblo cuando Germanson nos propuso un canje que a todos parecía favorable.

El Rey para entonces había muerto, y el Príncipe era nuestro único señor. Señor de todos los clanes. Señor de todas las familias. Y toda la nación esperaba, con creces, un brillante futuro. Y habría sido así, si un día, mientras apuraba la jícara, Omowa no hubiese decidido retarlo a duelo. Duelo que le pareció conveniente al pueblo en vista de las nuevas circunstancias que le rodeaban, desde la llegada del supuesto profeta de plata, salvador de futuras generaciones. Para entonces el Príncipe había roto su amistad con Germanson. Fue una decisión sabia y si no contó con el apoyo unánime de los miembros del Consejo fue por las intrigas de Omowa, un convencido defensor de la escuela “Civilicionista” si se me permite el empleo de tan sofisticado término, producto de posteriores aprendizajes.

Llevado por los defensores de estas ideas el pueblo permitió el duelo. Incluso, pasando por encima de las antiguas ordenanzas. Crearon en el seno del pueblo una espiga de duda, y la duda es fatal cuando el mundo se define por fe.

Germanson supo por su parte deslumbrar al pueblo con sus objetos brillantes.

Las lanzas que ofrecía brillaban tanto en la luz como en la oscura noche sin luna.

Nuestras lanzas de hierro por lanzas brillantes. Dos por una.

Y un día, cuando el lunes encabezó la semana, Omowa se enfrentó al Príncipe y lo venció en un duelo que el pueblo recuerda con amargura, y los espíritus del Samamfo lamentan. Murió el Príncipe sangrando, llevando en su postrer aliento la alegría de una generación cuya gloria descansó en la tumba junto al caudillo.

Omowa, oloroso aún a sangre, quiso hacer suya a la princesa. Pero la fiera resistencia de la viuda fue una sorpresa enorme para el nuevo soberano.

Las mujeres de Kumasi son mujeres mujeres, como la lluvia de noviembre es lluvia lluvia. Omowa tuvo que matar a muchos en su alocada euforia, y aun así, no llegó nunca a manchar el dorado banquillo que nos legaron los ancestros.

Germanson vio que el pueblo estaba indignado, y arrepentido de los hechos, de modo que llamó a sus soldados que aguardaban en un barco enorme en el mar, frente a las doradas arenas, diz que su deber de buen cristiano le exigía poner orden.

Diz que la Reina era la legítima heredera. Sus soldados entraron a nuestro sagrado territorio y doblegaron a nuestras huestes, y sobre el sagrado banquillo sentaron a la Reina, declarándola protegida.

Las brillantes lanzas de Omowa nada pudieron contra las lanzas de hierro de los guerreros de plata. Eran lanzas de bronce y se doblaban en la lucha. El traicionado príncipe murió en la lucha, y lo enterramos con la cabeza hacia el fondo de la tierra en señal de protesta por su terrible traición.

Los súbditos de su soberana y excelsa Majestad, protector de Kumazi, impusieron solamente una condición: que la soberana sustituyese todas las decoraciones doradas del palacio real por otra de color plata. Y sobre la alfombra de oro, pusieron finos lienzos plateados.

Así nació el Mito del cautiverio, que años después leí en el Museo de París.

Hoy, sentado aquí en este círculo de insensible soledad, soporto el peso de estériles acusaciones que, no obstante mi presencia de ánimo, pesan sobre mí.

Sigo añorando los cambios de luna, cuando la caza –supremo esfuerzo hecho por la colectividad, o la cosecha, o la pesca– ha sido abundante y el domingo encabeza la semana. Añoro el ritmo del Tamtam, el ritmo hablante, el cálido clima; los recuerdos crecen y se dilatan, y van construyendo mi terca resistencia. Y desde luego, yo, el acusado, acuso, porque ninguno de los que me juzgan y condenan llevan en sus venas tanta sed.

El año en que se completó la sustitución de nuestros símbolos áureos, la Reina lució un collar de plata en la pieza principal. No era ya la princesa que se entregó gozosa al Príncipe heredero. Ni la Reina

rebelde a la cabeza del movimiento de resistencia contra la rebelión de Omowa; ni la serena mujer que con porte gallardo encomendó al Rey senil al Inmortal Espíritu que protege nuestro Samanfo.

La Reina era, no obstante, con las lluvias, remanentes de la perdida gloria. Por eso, los campesinos se reunieron en ritos clandestinos, y el antiguo rito del poder se volvió oculto. Nada quedaba de él en palacio, donde cruces y collares de plata colgaban en todos los pechos.

Germanson trajo a su mujer ese mismo año, después de las lluvias, y de ella –una extraña mujer que se sentaba a comer dulce en el pórtico durante el embarazo– tuvo su primera y entiendo, única hija. Y la llamaron Lucy. Para entonces, yo cumplía mis primeros quince años. Y aprendí a leer, porque durante el cautiverio, no nos bastó el idioma del Tam-tam. Tuvimos que aprender a leer en el idioma de su Majestad, como una manera de expresarle nuestra gratitud por su excelsa protección. Y nos cambiaron nueces por pepitas de oro, y nos dieron goma de mascar a cambio de nuestro maní. Y dijeron que el plátano daña los intestinos y solamente los incultos comen ñame.

Y nos convencieron de que era mejor el queso importado, por haber sido cultivado con hongos blancos de distantes montañas, y nos dieron a beber su vino –tintura de plata– para que aun nuestra embriaguez fuera por cuenta del Rey nuestro protector.

Nos regalaron moneditas de plata con la figura de Su Excelsa Majestad a cambio de nuestras

esmeraldas. Germanson tenía una insaciable sed de oro, inexplicable en un hombre de plata. Tenía que ser Germanson, porque hay que dejar por fuera al Rey. Él es soberano, excelso, más allá del bien y del mal.

En el año de la lluvia prolongada me casé con una mujer de un clan amigo, y di a la tierra los primeros abonos de mi simiente. Mis familiares, sobre todo los de la línea materna, se empeñaron en atentar contra la antigua sencillez, y nos regalaron alfombras plateadas. Velas plateadas para nuestros hijos. Vasijas de plata para hornear el pan.

Lucy –la hija de Germanson– se casó con un funcionario público el mismo año en que mi primer hijo ingresó al ejército, dando inicio a lo que fue breve carrera. Porque cuando tres años después la Reina, en un mensaje senil a la colectividad entera, anunció que pondría sobre el antiguo banquillo dorado un almohadón de plata, mi hijo y yo nos levantamos en armas. Fue necesario que ella instituyese un Consejo Público, otra de las cosas inventadas por ella después de su visita al palacio de su Protector, cuando cumplió cincuenta años de reinado, y que movilizara a todos sus mercenarios, incluyendo el ejército de Germanson, para que al fin pudiese doblegarlos. Y nos ejecutaron a los dos, a mi valiente hijo y a mí, en la plaza pública, el día quinto, cuando para pena mía, el lunes encabezó la semana. Sombras de plata cubrieron toda Kumasi. Y solo se salvaron los ritos secretos de los campesinos.

Mi sueño fue un largo sueño que, evidentemente duró muchos años. Dormí como duermen los obreros, un sueño profundo sin sueño.

Nací, o no sé si más bien debería decir, desperté, en la casa del Conquistador.

Era Germanson, sin duda, pero no tenía el pelo canoso con que lo recordaba, ni la barba plateada, ni las arrugas en la nuca. Era un joven lleno de vida y por alguna razón que no alcanzo a comprender le llamaban el tercero.

Otra sorpresa me aguardaba cuando tomé conciencia de las cosas. Lucy era nuevamente la hija de Germanson, pero más hermosa ahora.

Todas las cosas eran de plata. Me criaron —diz que era hijo de una empleada de Germanson que murió en el parto— en el palacio del Conquistador, que ahora se hacía llamar el Gobernador, me enseñaron todos los trucos de la ciencia y los buenos modales. Crecí entre la abundancia y la plata, y no tenía conocimiento de la existencia de antiguos tapices dorados, ni de rebeliones frustradas en la plaza pública al quinto día.

Ya para entonces, el domingo encabezaba todas las semanas. Nadie se acordaba de mi torpe historia sobre el Tam-tam. Los cantos del pueblo tenían aún la cadencia del Semanfo, pero nadie los llamaba por su nombre, sino “nuestra herencia”. El Tam-tam había perdido su claridad de siglos, y solo hablaban de monotonía. De monotonía casi incoherente. De verbos presos.

Nadie conocía la vieja historia de las lanzas de bronce, ni de las desmedidas ambiciones de príncipes traidores. Nadie se acordaba de una Reina que claudica, ni la leyenda de palacio tenía nada que ver con guerreros que se rebelaron contra la Reina y mantuvieron al ejército de su Majestad nuestro protector en jaque durante doce años.

Leía en los textos otra historia. Germanson y su pueblo eran, por definición, superiores al pueblo de Kumasi. Nosotros, descendientes de primitivos, éramos los hijos de perdidos monos, humanoides, eternamente en proceso de humanización.

Un día pinté un cuadro para Lucy. Era su cumpleaños y de alguna manera, tenía que expresarle mi cariño. Lloró de alegría. Las lágrimas se escurrían por su plateado rostro mientras me daba gracias.

Era un bonito cuadro. Un enorme lienzo plateado, con un punto dorado en el centro. Germanson me llamó a cuentas. Quiso saber si mi cuadro representaba una luna en agonía frente a la plateada luz del alba, o tenía algún otro significado. Dije que era un amanecer. Un amanecer como Lucy. Dije que el punto dorado representaba al sol, un nuevo nacimiento, y que el color plata era simplemente la decadente civilización actual en crisis.

A partir de ese día me pusieron bajo la tutoría directa de un maestro, especialista en pintura, que se empeñó en enseñarme la tabla de valores según estaba definida para siempre. La plata es la luna. Punto. El oro es el aura de recuerdos viejos que corrompe el espíritu. Punto.

Uno de los criados se interesó en mi caso, cuando oyó la conversación sobre la mesa de los señores. Entonces una noche, mientras meditaba en la luna, me hizo mudarme y seguirlo. Fuimos a las afueras del palacio, donde nos esperaban dos caballos. Corrimos por los campos iluminados por la luna. Y nos reunimos en un recodo del bosque, donde convergen el pasado y el futuro.

Pude por primera vez, recuperar con coherencia mis recuerdos preinfantiles. Y bebí con los campesinos en jícaras de oro.

Eran ritos prohibidos, clandestinos, tétricos, primitivos. Pero se los confié a Lucy porque solo ella nunca clasificó mis recuerdos como fantasías de muchacho. Solo ella creyó que hubo un tiempo sin Germanson, cuando los niños eran felices y podían pintar.

Por eso, al volver a cumplir años le pinté un nuevo cuadro. Un mural en el que seis hombres realizaban una serie de actos supremos. Uno decapitaba a su hermano gemelo. Otro se arrodillaba frente a altares de plata. Otro levantaba una lanza de hierro, saludando al sol.

Esta vez no se conformaron con destruir mi cuadro, por no tener ningún valor artístico, sino que me desterraron.

Fue así como llegué a Londres y allí pude leer en el Museo el viejo informe de Germanson el Primero, hijo de German el quinto, y nieto de Germ el poderoso señor de las aldeas. Aprendí un millón de nuevos verbos, incluyendo las suaves vibraciones del

Samamfo de nuestros protectores. Porque ellos también tenían su Samamfo. Aprendí datos de la ciencia, de la historia, de la crónica de los siglos. Y cuando volví a palacio al final de mi largo destierro, era todo un personaje. Y a partir de ese día me llamaron “El Doctor”.

El Doctor se instaló en una cómoda oficina de la calle principal –ya no quedaban caminos– frente a una tienda de fusiles donde solo podían comprar los hombres de plata, o los que, como El Doctor, tenían permiso especial de Germanson.

Hubo en esos días una querrela entre el soberano protector de Kumasi y su primo.

Cuentan que su Excelsa Majestad se vio en serios problemas para frenar la ambición de su primo que quería anexar su reino y crear un imperio mundial.

Al verse en apuros, el Protector decidió armar sus protegidos con los hasta entonces prohibidos fusiles. Y llevaron a los mejores a la guerra, convertidos en soldados, para que atajasen las balas enemigas mientras el ejército regular de su Majestad, avanzaba a posiciones más estratégicas, y terminaron ganando la guerra.

Al final de la contienda, pues, los protegidos sabían usar el fusil, y habían oído decir a su Majestad que ningún pueblo tiene derecho a dominar otro. Divulgar esta información fue un error equivalente al suicidio, porque entonces los protegidos se dieron a la tarea de formular preguntas.

Un día, mientras conversaban tomando el té, El Doctor hizo también su pregunta. Se la hizo a Lucy, por ser ella su eterno confidente. Ella guardó silencio, pero esa noche a la hora de la cena, repitió la pregunta frente a su padre.

Lucy fue capturada in fraganti en la casa de un funcionario público, dos días después y casada con él sin mayores trámites. Y alguien envió a la casa de El Doctor a la hija del administrador de correos y cerró la puerta por fuera.

El Obispo celebró personalmente las nupcias de El Doctor. Lucy y su marido estuvieron presentes, así como el Gobernador.

La esposa de El Doctor había sido entrenada en París, de modo que hablaba francés a la perfección. El Doctor, por su parte, tenía un amplio conocimiento del latín, aparte del inglés que dominaba a la perfección. Además, entre los dos hablaban algunos dialectos primitivos. Estos factores fueron suficientes para que el Gobernador los enviase a representar a su país en el Consejo de Protectorados, con asiento en la Metrópoli. Allí fue definido como vocero oficial de su pueblo, y lo que él decía era palabra del pueblo de Kumasi.

Pero después aquel jovenzuelo, que llegó a ser El Doctor, pintó otro cuadro sobre una civilización de plata en crisis, y un sol de oro naciendo, creciendo entre los campesinos. Los antiguos ritos ocultos de la conservación pasaron a ser nuevos ritos ocultos de la liberación. Tanto que, una tarde, una campesina que visitaba la ciudad con su jícara chica, fue

manoseada por un oficial borracho. Furiosa, dejó sus huellas en el rostro plateado del agresor. Y los guardias la dejaron desnuda en media plaza. Cuentan que los niños lo vieron todo, incluyendo su vestido que quedó sobre el polvo de la calle, y filamentos dorados debajo de su piel plateada, como especies de venillas ocultas en su cuerpo.

A pesar de estar confortablemente instalado en Londres, con frecuentes viajes a París, Amsterdam, Madrid y Berlín, la leyenda de lo acontecido esa tarde llegó a los oídos de El Doctor. Incluso le contaron que, como castigo, habían encerrado a la campesina con el oficial durante doce horas.

No pudo resistir por más tiempo el impulso de su espíritu y volvió a pintar. Durante esos días de París y noches de Berlín, había adquirido el hábito de pintar pequeños círculos como actividad clandestina. Su esposa se oponía al arte, considerándola una actividad peligrosa.

En los nuevos cuadros de El Doctor, un pequeño sol de plata se perdía en el inmenso horizonte dorado.

Su mujer fue presa de un ataque de histeria cuando, después de exhibir sus nuevos cuadros en Londres, donde fue recibido por la crítica como una “Maravillosa expresión de arte que capta el primitivismo de su pueblo, y recuerda las antiguas danzas paganas de Kumasi”, El Doctor renunció a su puesto en la oficina del Consejo de Protectorados y decidió regresar a su tierra. Incluso, se negó a acompañarle. Volvió buscando a su viejo amigo de

palacio y con él regresaron a los sagrados lugares de los ritos campesinos y danzaron toda la noche al compás del Tam-tam de acordes ancestrales, dejando que se incorporaran en su cuerpo los antiguos espíritus del Samanfo. Luego renunció al título de El Doctor, y al día siguiente fundó el Partido de la Liberación Áurea (PALA).

Doscientos días de tolerancia usó el gobierno con PALA. Luego declararon que los líderes del Partido éramos peligrosos para el orden establecido. El Obispo predicó un sermón esa navidad. Dijo que rebelarse contra la ley y el orden era un grave pecado. Renegó de la violencia de Jehová y de los Ejércitos Israelitas y de sus sangrientas hazañas en territorio cananita. Renegó de las cruzadas. Condenó la violencia por ser el peor de los pecados. Tanto que se diría que era una nueva religión la suya, porque me acordaba de su sermón al estallar la famosa guerra entre los primos, cuando –también en Navidad– dijo que la guerra también podía ser santa, como lo fue la conquista de los pueblos cananitas.

PALA fue excomulgado, proscrito por la ley, y condenado por los que aún conservaban sus títulos parisienses.

Una noche un militante de PALA restituyó al pueblo los antiguos ritos en medio de la plaza. En vez de las antiguas lanzas de hierro, usó fusiles. Y esgrimió también palas para labrar la tierra, y círculos de plata para decorar los cementerios.

Llegaron de la Metrópoli hombres más inteligentes que el ya senil Gobernador, y se fueron las mujeres de nuestros protectores, incluyendo a Lucy, que partió una tarde sin despedirse de nadie. El pueblo exaltado, cantó un extraño himno al Samamfo, y desconocidos héroes explicaron a los jóvenes que Nyambe estaba encarnado en el Pueblo, que Nyambe era el pueblo. El Samamfo se liberó de viejos polvos de plata y el oro intemporal surgió de nuevo, purificado por las lluvias de ese año, y entraron a palacio.

Nos llamaron a negociar y negociamos. Me tocó componer el Himno de Guerra de la Nueva Patria. El Vaticano, sabiamente, levantó la excomunión y trasladó al Obispo, dando una larga explicación a los fieles sobre las nuevas condiciones. Y su sucesor, presente en la ceremonia, cantó con el pueblo el Himno de Guerra:

*Libres los pechos, la postergada gloria
surge triunfante en áureo porvenir...*

Bajamos los símbolos de plata y en su lugar colocamos los signos dorados del Samamfo. Nyambe de veras estaba encarnado en el pueblo. Dios era el pueblo.

Pero el nuevo gobierno fue más allá de los límites fijados por los que como El Doctor, renunciaron a sus privilegios y fueron arrastrados por el proceso. Más allá incluso de los límites de tolerancia fijados por el Vaticano. Más allá de los límites

establecidos por los antiguos protectores: Hizo abolir los nombres cristianos. Así lo denunció en su oportunidad su Majestad, antiguo protector de Kumasi. Hubo que buscar entonces en los archivos del Samamfo, los nombres ya olvidados. Y el Jefe de Estado recuperó los legendarios banquillos.

101 Mi mujer volvió después de la independenciamy se hizo fanática del nuevo régimen. PALA abolió el uso de la palabra "plata". Los diccionarios no la definieron. Los poemas evitaron su uso. La plata no existe, dijeron los filósofos, es una ilusión del pensamiento.

102 No sé cuándo empecé a pintar de nuevo. Supongo que coincidió con la pérdida de compromiso con el nuevo régimen. Pero supongo que fue un día cualquiera, mirando el atardecer. Pensé que de todos modos, siempre volvía a amanecer. Ese pensamiento me llevó a pintar un cuadro con siete soles: cuatro dorados y tres de plata. La luz que emanaba de los siete soles, producía infinitas tonalidades entre oro y plata, entre rosicleres y ponientes, en infinitos celajes.

103 No bastó mi agonía, ni las múltiples interpretaciones dadas a mi cuadro. No bastó demostrar que ya no éramos hijos de un solo Samamfo, sino un híbrido de dos.

104 Quise decir que al comienzo de todas las historias tiene que estar la realidad. Quise decir que en la vida, el presente es siempre lo único posible. Quise decir que no es posible volver al pasado, porque lo pasado son solo recuerdos, y que el futuro son solo nuestros sueños. Que el instante en que vemos

la luz es nuestro único instante, y este mundo es el único mundo que podemos transformar.

— Mi mujer me acusó a la comisión de Arte. Convertida ahora en fanática del nuevo régimen, logró que me condenaran por desviarme del Espíritu del Samamfo. Y tras perder mi puesto en el Comité Central del PALA, pasé a cumplir mi condena: pintar setecientos soles de oro puro, bajo el ojo vigilante de mi señora.

— Al pintar el sol número doscientos, huí de Kumasi, dejando atrás mis doradas montañas, buscando, si no la libertad, consuelo a mi vocación frustrada. En el país de Germanson me recibieron gustosos. Necesitaban en esos días quien se ocupase de la limpieza de los caños del palacio, atascados por las hojas de otoño. Luego barrí la nieve de diciembre: recogí el barro de primavera y en verano empuñé el abanico de los pensionados de guerra.

— Un día el Príncipe de plata me vio en tales faenas, y desmontándose de su brioso caballo de plateadas crines, admiró mi trabajo. Quiso desde ya que ingresara a su guardia personal, a pesar de mis años. Pero asustados por los Espíritus del Samamfo que soplaron mis sueños, volví a la tierra ancestral.

— Nadie me esperaba en Kumasi, nadie. Pero me recibieron en una ceremonia oficial, donde se dijo que los hijos pródigos siempre regresan a su hogar. Terminé de pintar los soles que faltaban, y entre aplausos, pinté la historia de PALA.

— Todo de oro. Incluso el suelo donde una noche brillaron los campesinos bajo los ritos del Samamfo.

Incluso la plaza donde me ejecutaron la primera vez, cuando PALA aún anidaba en la región de las cosas posibles.

Era un futuro. Era un sueño. Fueron años felices. Incluso me llevé bien con mi esposa. Pero el regreso de plateados soles era una fatalidad, y se dio cuando el Presidente me llamó a palacio para pintar la historia de la Guerra de Liberación. Por un simple descuido que lamenté mucho, una pequeña rayita plateada se asomó al poniente y me condenaron al destierro. Regresé al país de plata, y en palacio, di rienda suelta a mis soles reprimidos. El príncipe fue un anfitrión magnífico. Y en esa explosión liberadora me elevaron a la categoría de genio y gran maestro, y me dieron las llaves del Reino.

Fueron años felices. Años de poder y de gloria. Pero una noche vi caer la luna tras un monte cercano, y pensé que, después de todo, la luna también regresaría a pesar de la montaña. Y pinté un cuadro con la luna dorada, sobre un fondo de plata mística.

He caído en desgracia. Pienso. Me han condenado a la soledad. Pienso. Sentado como estoy en este círculo, en el sótano del palacio. Pienso. Un círculo de plata, pienso. Habrán destruido mi cuadro, pienso. Era mi mejor cuadro, pienso.

Un calor extraño me llega a la espina dorsal y miro, asombrado, el rostro de Lucy. Luce bien a pesar de los años. La han condenado a ella también

a la soledad, me cuenta llorando, porque rescató mi cuadro y lo exhibió en la plaza principal. Me dice que llore. Me dice que en la lucha y la lágrima se está en libertad. Me dice que en la lucha y la lágrima se vence al silencio. Pienso.

Mi esposa nos está mirando y me tiende la mano. Quiere recoger mis vencidos despojos y regresarlos a las tierras ancestrales para que decoren los museos.

Se aleja con las manos vacías y una novela dibujada en sus labios. La historia dirá que la abandoné por una mujer de plata. Y dirá que al final de mis días, renegué de mis sueños dorados. Dirá que he traicionado lo más sagrado del Samamfo. Los verdugos quedan. Están sentados en torno nuestro y nos miran, y nos apuntan con sus dedos.

Pero yo he contado la historia del Samamfo. Solo yo. Yo he adorado a Nyambe, y lo he encarnado en el Pueblo. Si muero, alguien cargará con mi muerte, alguien enfrentará algún día su propia rebelión como un castigo.

Lucy ha dejado de llorar, tras percibir el lento paso de mis propias lágrimas.

Mis puños se contraen en señal de guerra. Mis manos buscan a través del círculo, el apoyo de unas manos de plata. Hemos dejado de llorar y Lucy sonríe. Soles de oro y plata devienen en nuestra sonrisa.

Yo sé que en la lucha volveremos a llorar.

Otros cuentos

“Gabriel... Gabriel...”
Escuchó la voz, sonora, clara, lejana como perfume de antaño, como aroma de las sombras más groseras; él nunca habría de olvidar aquel grito de angustia de su compañero y amigo de toda una vida.

Avanzaban bajo fuego cerrado. Arrastrándose pensativamente entre los mataderos, los hombres lograron salvarse de la línea mortal.

—Allá hay uno... ¡quémalo, Jara!

Surgió de entre el charral la blanca mano del soldado y se exhibió en el sol un instante. Luego volvió a sumergirse en el verdor del llano. Un objeto cobró altura desde el mismo punto.

—Vamos!

El pozo

“Gabriel... Gabriel...”
Escuchó la voz, sonora, clara, lejana como perfume de antaño, como aroma de las sombras más groseras; él nunca habría de olvidar aquel grito de angustia de su compañero y amigo de toda una vida.

Avanzaban bajo fuego cerrado. Arrastrándose penosamente entre los matorrales, los hombres lograron salvarse de la línea mortal.

—Allá hay uno... ¡qué melo, Jara!

Surgió de entre el charral la blanca mano del soldado y se exhibió en el sol un instante. Luego volvió a sumergirse en el verdor del llano. Un objeto cobró altura desde el mismo punto.

—Vamos!

Cambiaron de posición. Estalló la muerte en media selva con un crujir espeluznante, con una estampida de viento y sangre; estalló la muerte, derribando muerte sobre el denso jaral.

—Son tres: allá hay otro.

—¡Qué bien! Lleguémosle por la espalda.

La historia tácita que hay debajo de la historia expresa, la piel eriza debajo de la piel de todos los guerrilleros. Una piel que vibra como un martirio dentro de la piel: “triste es quedar así guerrillero” como una obsesión de muerte que nace en la misma muerte, con la frente vencida por el plomo: mantequilla de plomo en pasta, azúcar de plomo granulado, leche de plomo en polvo: pan de plomo para todos ellos. Y después, tras el final probable del martirio, una estatua de plomo con su nombre.

Era un joven de unos veinticuatro años. Intentó hacerlo todo a la vez; lanzarse al suelo, disparar, matar, huir...

Desde la piel eriza hacia afuera, una parálisis lo dominó en medio cuerpo en el momento del postrer titubeo. Cayó de frente.

—¡Maldito orgullo! —exclamó Gabriel—. Caer de frente como todo un héroe. Y ni siquiera hay por aquí un pozo de excremento.

—¿Lo conoce?

—¡Que si lo conozco! Es hijo del profesor que quiso descalificarme porque no pertenecía a su partido. Nunca le perdonaré esto.

—¿No le perdonarás qué? —Vamos!

—El haber caído de frente. De frente solo caen los héroes. Y este no es ningún héroe.

—¡Ah!

—Quitale el arma, nos queda uno.

Guiándose por el sonido de la ametralladora, los hombres siguieron avanzando. Los cocodrilos se agrupaban en los pantanos, para vociferar las experiencias del día. Las hojas de las plantas murmuraban el Himno del Tiempo: la piel eriza debajo de la otra piel, el crujir, el estruendo de muerte que estalla en la selva.

Apenas tuvo tiempo para ver la negrura del arma apuntándole: disparó pensando en la voz de su amigo muerto:

—Gabriel, Gabriel...

Pinchó el eco en su cintura. No se vio caer. Le envolvía un rumor y una noche vacía y una mano que seguía apretando el gatillo.

El amigo sacrificado allí mismo en la densidad de la selva, cuando apenas iniciaba su labor de guerrillero. La sociedad los llevó a ello. Los aplastaba, los convertía en masa de tortillas, los arrastraba sin compasión hacia aquel destino que nunca quisieron.

Gabriel podría haber recordado la declaración suscrita por él muchos años antes: “La revolución debe ser pacífica, autóctona, por la vía de las urnas.”

Sueño romántico. La opresión, sostenida con sangre, se negó a ceder: solo la sangre tenía posibilidades de desarraigarla.

Gabriel avanzó directamente hacia el pregone-
ro. Buscó entre los bolsillos una moneda y pagó.
Apresando el periódico entre sus manos, se dirigió
a casa de Carlos.

—Venís pálido.

—Ya te vas a poner igual, vos.

—Qué, ¿hay algo grave?

—Esperate. Mirá esto: es una lista de todos los
que pertenecemos al partido.

—Desgraciados inquisidores.

Nunca podrían olvidar aquella mañana, porque
fue el comienzo de muchos males: los despidieron
del empleo, los ficharon, las lágrimas de mil ma-
dres eran parte de esos recuerdos. Por eso le dio
tanta rabia a Gabriel cuando escuchó la queja sor-
da de Carlos, la otra oscura mañana.

Porque ningún revolucionario era, en la escala
del movimiento de inquisidores políticos, ni padre,
ni hermana, ni hijo, ni esposa. Su categoría estaba
establecida en la condición subhumana de elemen-
to subversivo.

No tenían derecho a hablar. Como revoluciona-
rios, debían tragar la indignación que los obsesio-
naba. En su condición de antisocial, Carlos y Gabriel
alcanzaron la silla del traidor. Los defensores del pri-
vilegio a costa de los sufrimientos y la miseria aje-
nos, los pusieron en la encrucijada: los sueños de
juventud, los ideales del partido, fueron pisotea-
dos, extirpados totalmente.

Una sola alternativa se les ofrecía: esa tomaron.
Había algo dentro de ellos que no podía quedarse

allí. Algo que gritaba con desesperación, con la desesperanza del niño hambriento; el camino del guerrillero se les hizo sacramento, las razones habían sido inútiles, quedaban las balas.

“Gabriel... Gabriel...”

Desde las entrañas del Guerrillero hacia la hondura, calan las estrías de su sangre, y se mezclan con el polvo y las piedrecillas de la tierra virgen...

“Gabriel... Gabriel...”

Eran niños cuando se conocieron en el hostil ambiente de los llanos, y se encontraban a las ocho y a las dos, todos los días, de acuerdo al horario de la escuela, para tejer juntos los ideales que habrían de sobrevivir a la ignominia. En la soledad de aquellas vastas llanuras, anduvieron de lugar en lugar, tejiendo amistad y comunión, hasta quedar trenzados por fin en un mismo ideal, una misma voluntad, casi un mismo hombre. Por eso cuando Carlos dijo:

—¡Vamos a la montaña!

Gabriel no tuvo necesidad de preguntar por qué.

—¿No te da miedo?

—Mirá: vos sabés lo que le pasó a mi hermana. Tuvo que trabajar en casas teniendo su título. Todo trabajo honra, pero el sueldo es muy diferente y la vocación se convirtió en tormento. Y de novio en novio fue a caer en manos de un pachuco que la dejó con un chiquito y se fue con otra. No digo que esa sea la razón de mi lucha, pero no siento miedo. Lo que le pasó a ella fue demasiado para mí, convirtió mi idealismo en odio.

—Odio, Gabriel, esa es la palabra: odio.

—Viejo... lo sé. Lo sé tan bien como vos.

Rondaban en los alrededores del Mercado Borbón buscando trabajo. Allí los olores a cansancio, a putrefacción vegetal, a carne violentada por la voracidad del hombre. Allí el cúmulo de errores, de lluvia y de viento, de sal y de achiote, de lágrimas manchadas de polvo.

Llegaban cargando todo eso en la médula de sus huesos, para ver las lágrimas de las afligidas madres que nunca habían sido comunistas ni lo serían nunca. Aquellas viejecitas devotas, que rezaban noche a noche el rosario en la soledad inviolable de su humilde dormitorio, con la inocente fe de un niño; se conjugaban ahora en aquel grito de agonía que nació en el fondo de la vida como una lumbre eterna.

—¡Gabriel... Gabriel... me muero, hermano!

—Carlos... ¿qué te pasa?

—Me dieron, hermano, me dieron.

—Carlos, viejo...

—No me levantés: dejame así.

—Pero estás herido: ¿cómo querés que te deje así?

—Estoy bien así, dejame. Dejá que se acabe esta porquería de una vez. Tal vez...

—No hablés así: aguantá para que nos ayudés...

—Ya... no... Ga-Gabriel: pero... la... tierra... la tierra cobrará mi muerte... ¡canallas! Gabriel... mi hermana... no te olvidés de mi her...

Gabriel pensó después en eso durante mucho tiempo. Tal vez la tierra, al absorber la sangre tibia de Carlos, vomitaría lava sobre los verdaderos canallas: allí, escondido como un cobarde, sin serlo, aquella lúgubre mañana, mientras velaba el cuerpo inerte de su “amigo-hermano”, pensó, y también, pensó muchas veces después, que la tierra cobraría cada muerte con la muerte, y pagará cada nacimiento con muchos nacimientos. Y comprendió que, aunque él y Carlos y todos sus compañeros se muriesen, seguirían naciendo guerrilleros, hasta que la justicia diera sus frutos.

—Capitán... ¡éste está vivo!

—Déjeme ver. ¡Mi madre! Hay que salvarlo a como dé lugar.

—Sangra mucho.

—Llamá al X 20. Que me manden el helicóptero.

—Pero, Capitán...

—Con todos los diablos. Cualquier otra cosa se puede esperar. Es Gabriel Paniagua: hay que salvarle a como dé lugar... ¿no me entendés?

—Llamá al X 20 ahora mismo.

—Sí, Capitán: que deje todo y que venga.

Las noches de poéticas aventuras entre hojas de papel, pluma, café negro y hambre, los recitales en los salones, las horas de mutuo estímulo, fueron venciendo el egoísmo inherente en ellos. Amaron primero lo que los otros significaban para ellos, hasta que aprendieron a amar lo que significaban para los demás y una mañana despertaron plenos, reventando poesía entre las manos desgastadas y

clavando los ojos en el Este, descubrieron con regocijo que su amor envolvía al mundo.

De pronto desfilaron delante de sus ojos los niños hambrientos de pan para su cuerpo desnutrido, y paz y luz; las madres dejadas a su suerte, sin paz, sin luz; el hambre feroz de los hombres y el hartazgo de los perros...

Se dieron cuenta de la vastedad del vacío que llenaba los corazones a través del mundo, y cegaba a los hombres, hasta hacerles creer que no había habido progreso, que todo seguía igual, que el salvajismo había ganado la inmemorial batalla, refinándose con el tiempo.

Envueltos en la misma poesía que envuelve al mundo, ellos rompieron la rutina del mundo para descubrir a tiempo que se puede ser sincero, que se puede luchar por el bienestar de todos, que se puede aspirar a una revolución autóctona...

Pero los dedos de los intereses los señalaron: ¡culpables para siempre! Ayer fue la causa la discrepancia de un sector con la institución. Y hubo inquisición. Hoy también: no ya por religión, porque el hombre iba comprendiendo que El Bien está en la raíz de todos, deformado, latente, pero eternamente asequible a las mejores minorías: hoy por política, porque aún no vislumbra la humanidad la solidez y el espesor que anida en todos, inmutable, cierto, siempre accesible a quien se despoje de su egoísmo, y tenga valor para tomarla, como Carlos, Gabriel y todos sus compañeros, en la febril mañana de su renacimiento.

Los dedos de los intereses los señalaron: ¡enemigos de la Santa Institución de la Pobreza!, ¡enemigos de la divina opresión del pobre!, ¡enemigos de Cristo!, porque Él dijo que la pobreza era bendita, y el que se proponía desterrarlo forzosamente atentaba contra el Orden Divino. ¡Como si el Maestro no hubiera querido también para cada niño un pan!

“Gabriel... Gabriel...”.

—Capitán: allá viene el aparato.

—Menos mal.

—¿Quién es Gabriel Paniagua?... perdone... la pregunta.

—Un hombre.

—¡Un hombre!

—Sí, por eso es necesario salvarle.

—Pero, ¿es de la guerrilla!

—Sí, de la guerrilla. ¿No te dije que es un hombre?

—¡Puf! No entiendo.

El helicóptero se posó sobre los arbustos, y un hombre con cara de astucia saludó al Capitán.

—¡Hola Pancho! Mirá: este hombre está grave, hay que socar. Es uno de los grandes.

—Muy bien mi Capitán. Puchis, ¡cómo sangra!

—Sí. ¿Tiene vendas?

—Algo...

—Muévase pues... ¿qué esperan?

Capitán... pasamos por...

—Nada: Vamos derecho los cuatro: usted, su ayudante, mi ayudante y yo.

—Y... claro, ¡Paniagua! Suena tonto pero casi se me olvida.

—Paniagua: ¿éste es él? ¿Y por él tenemos que correr tanto? Pensé que lo andábamos buscando para matarlo.

—Pues... no tiene obligación de correr: hay campo en la chirola.

—Ni lo quiera Dios...

Atrás quedó la selva, la tierra mojada por la sangre, la piel eriza que hay debajo de la piel de todos los guerrilleros. Entre el helicóptero y el suelo se tendía como una cortina, la sangre de Gabriel.

—Capitán —dijo el otro mientras viajaban—, Capitán, no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Lo que me ha dicho acerca de Gabriel Paniagua.

—Mirá, es mejor que te callés, porque te lo juro que si no fueran prohibidas las ejecuciones, ahora mismo te mandaba fusilar.

—Pero... Capitán, ¿por qué?

—¡Por idiota!

—“Gabriel... Gabriel...”.

—Carlos... ¿sos vos? ¿De veras sos vos?

—¿Qué te hace dudar?

—Pero...

—Hay tiempo de sobra para explicaciones: vamos a la llanura, ¿eh?

—Está bien, vamos. Esta vez vos mandás.

—¡Ah! Oí: nos han derrotado, ¿no es cierto?

—No, Carlos. No nos han derrotado: ¡volveremos!

Los ídolos

Desde el campo se levantaba el vapor ardiente buscando el cielo. El fuego intenso del aire destilaba la piel del viajero; de cuando en cuando relinchaba el potranco esforzándose alegremente por mantener el paso forzado de la yegua y cargar al mismo tiempo con el peso del sol. El abundante sudor y la sal que, con saña, mortificaba los ojos.

—Old Lady —le dijo el jinete a la yegua—, muévase. Se pone el sol.

Las orejas del animal se mecieron abanicando su protesta. Pero el viajero, acostumbrado a sus modales, se echó a reír, llenando la entraña del bosque con la germinación de sus carcajadas. A lo lejos, se desangraba el alma de un yigüirro, que quería pintar en las frentes la coloratura del poniente. Un

viejo sapo, que creyó ser indispensable, le respondió con su croar receloso desde el *swampo*.

—Old Lady, sacúdase... A veces el Chino se va temprano. Necesito llegar antes de que se vaya. ¡Hay que salvar a Mamá!

Se adivinaba todavía entre la densa maquinación del jaral los árboles frutales y los cedros y el madero negro, la fragancia incontaminada de los lirios. Las lenguas de brasa pura se levantaban aún, desde el *swampo*. El potranco se adelantó por última vez: la madre, inquieta, apresuró el paso. El viajero volvió a reírse mientras se burlaba de la yegua:

—Ah, ah, perra, conque por él sí.

El animal sacudió su nariz en un simulacro de relincho. El potranco se detuvo en seco. Old Lady apresuró aún más el paso, moviendo las orejas con indignación, ofendida por la burla del jinete.

—Bien, bien —dijo él para calmarla—, está bien. Hay que proteger a los nenes —suspiró. La tarde se metió en sus entrañas para siempre. El yigüirro acabó de verterse para beneficio del sapo. Y este, creyéndose vencedor, lanzó el pregón horrible de su “quac quac quac quac... cuacuacua”.

El zumbido de los zancudos invocó la tercera claridad del cielo. El viajero prendió un cigarrillo y jaló las riendas de la yegua: O.K. Perra, ya pasamos lo pegadizo: ahora, ¡muévase!

—Chow, vengo a molestarlo —la lámpara de canfin pestañaba, oscureciendo el cuarto a intervalos.

—Está bien, ¿qué le doy?

—No, no es eso.

- ¿No quiere fiado?
- No... bueno, sí pero...
- Venga hombre: sáquelo.
- Pues...
- Ah, usted quiere adelanto...
- Está bien... eso es.
- Haberlo dicho. Yo le conozco por años: usted es buen amigo.
- Cuánto... cuánto me...
- Hoy... viene con la lengua amarrada.
- ¿Me va a comprar la cosecha?
- Claro, se lo pago a uno diez el kilo mojado.
- ¡A uno diez!
- Sí, ¿de qué se extraña? Tengo que darle plata, correr con el riesgo de que el precio baje.
- Pero está a uno noventa.
- Bien... no me lo venda...
- No. Chow... espere...
- Mira: hagamos una cosa: yo le presto plata. Usted es de confianza. ¿Cuánto necesita?
- Mil pesos...
- ¡Mil pesos!... Bueno, mañana en la Jefatura: la finca garantiza.
- Trato hecho.
- Me paga... qué sé yo... trescientos pesos por el préstamo.
- ¡Uf!
- Es justo: usted no me va a pagar antes de diciembre.
- Sí... eso sí es cierto. Bueno, gracias pero... necesito la plata ahora.

—¡Ah! ¿Se va a fugar?

—No haga bromas tontas.

—No se ofenda: vamos a buscar a Pancho. Debe de estar en la Jefatura.

—¿A estas horas?

—Le regalamos un trago. Voy por la plata y vamos.

Las manos apretarán el sabor descolorido del ron, los restos del remordimiento. La tierra girará descaradamente sobre la tierra: la nobleza, descascarándose allí, a sus plantas, señalará al que debe cargar con el costo del trabajo y de la fiesta; los intereses se abrirán sobre su frente como ídolos; la noche esparcirá el frío de su calor intenso, congelando carne y huesos, la noche se dibujará en su piel, acariciada por el rocío, se secará delante de la nariz, se secará en el patio el aroma del jazmín; la abeja seguirá aguardando el arribo de las guayabas y no al Sol, y por las noches y los días se escaparán punto a punto el hartazgo y la salud y la paz del rancho.

Pero la madre quizás no muera.

—Está bien: le voy a prestar otra vez.

—No, no me preste, ya le debo mil trescientos. Cómpreme la cosecha.

—Le compro mil quinientos kilos.

—Dos mil.

—No. Mil quinientos kilos a un colón.

—¡A un colón! ¡Pero Chow!...

El sudor y la lágrima es una misma secreción que brota desde el fondo del frío. No del calor, ni de

la indignación, sino del intenso hielo de la congoja: sobre la piel y las piedras, sobre el barro... ahora no; ¡cuando se está solo, ahora no!

—Chow... us... us... us...

Es preciso callar. Es necesario aguardar en silencio. Es preciso firmar y forzar la respiración a verter esa voz grosera del sosiego, como la paz del barro, como el callarse de las piedras. Y huir con el corazón agradecido: quizás la madre no muera...

—Me debe mil quinientos kilos a peso y mil trescientos pesos que le presté. Este... la cuenta de los víveres está subiendo un poco... hagamos un abono.

—Sí... sí... páguese la mitad de allí.

El silencio formó en sus entrañas una tormenta que hirió con ira un árbol cercano: el cielo humedeció las crines de la yegua con su saludo de paz.

—Chow... si me pagara a uno y medio este cacao me quedaría satisfecho.

Usted lo va a secar y hay veces que el seco se paga a dos veinte la libra...

—Yo corro los riesgos...

—Es que a uno y medio yo podría pagarle los mil trescientos ahora y quedarme casi con mil para hacer un último esfuerzo... y le pago los víveres también y...

—Mira, hermano: una cosa es la amistad y otra el negocio. Usted es hombre honrado: yo le presto lo que haga falta y luego me paga. Los intereses son bajos, yo quiero ayudarlo.

Pero el camino seguirá siendo camino que se quiebra en el recodo cada noche, en la ruta del río.

Mangonía

Había una vez hace un putanal de años un país donde vivía gente tuanis...

Le pusieron Mangonía porque allí había un palo de mango que desde un montonón de años se estaba muriendo y nada. Por eso los chavalos comenzaron a llamarlo la Tierra del Mango, hasta que poco a poco se fue quedando en Mangonía.

Tuvo un presidente bien toreado. De vez en cuando se dejaba venir con cada chiste que bueno, uno se rascaba la panza de la risa.

Diay, le cayó bien a todo el mundo. Y más que todo, lo que hizo me convence, porque les decía a los mangorianos cómo tenían que ser.

Ese viejo mandó a quitar los adornos hechos por los mangorianos, y llenó la ciudad de adornos traídos

de un lugar que se llama París. Y puso una ley que obligaba a todo el mundo a pintar los huevos de gallina, para evitar que la gente usara una palabra tan fea como huevo, y obligó a todos a llamar “pintados” a las pelotas redondas que ponen las gallinas. Así que las viejas llegaban al mercado a pedir una docena de pintados. Y cuando temblaba, los pintados caían hechos leña, y se hacía un reguero de pintura por todas partes.

La gente entonces recogía pintura de las calles y se la vendían al presidente.

El viejo posta también ordenó pintar los pájaros todos blancos, rojos y amarillos y prohibió a la gente usar escusados de hueco y los crematorios esos donde la Municipalidad bota la basura. Así que la gente para todo tenía que hacer huequitos en los patios de la casa.

Y además inventó una cosa que se llamaba el Consejo Nacional de Preocupación, que debía preocuparse por venderle a la gente cosas baratas y comprarles a los campesinos los productos que sembraban. Y cada cuatro años había elecciones, en las cuales ganaba uno de los dos candidatos, que el Viejo Posta y su Amigo el otro escogían. Y vos sabés que desde afuera o desde adentro, mandaban pininos.

Es que tenía el corazón de oro.

Así pasaron muchos años hasta que los señores esos se palmaron, un día en que no estaban pensando en Dios, y fue necesario hacerles noventa y nueve misterios para sacarlos del purgatorio.

El que se las agenció para agarrar la silla, subió el precio de los productos. Hizo una ley muy buena para que la gente cavara los huequitos más hondos, y le puso un impuesto al uso de la pala. Nadie protestó. Diay, la gente es así, vos sabés: cuesta que protesten por algo.

¡Total la gente prefiere vivir hecha una porquería, antes de protestar!

Es que la paz es muy importante aunque uno se muera de hambre.

Un día sacaron a los dos muertos de su tumba y los llevaron a la Asamblea, y allá pronunciaron discursos sobre sus huesos, declarándolos “Beneméritos de la patria”. Y luego los volvieron a poner en el cementerio y los taparon con tierra.

Y a todo esto, había un curita hijo de una familia bien. Pero aunque era rico, era estudioso. El padrecito se jalaba cada sermón los domingos desde la catedral que daba miedo.

“Nada de preocuparse por comida y precios y cosas de esas –decía–, hay que preocuparse por salvar el alma y por llegar ‘al otro lado a reunirse con los ángeles’ y estaba diciendo eso un día cuando se murió mi chiquito de una cosa que llaman... para... parasitosis... creo, o algo así, y según me explica el doctor, tiene que ver con los bichos. Y otro día mientras hablaba con el presidente, el curita organizó un comité para recoger ropa vieja para los pobres, y mi mujer dijo que antes que hacer eso, si era cierto que la felicidad estaba del otro lado, por qué no nos mataban a todos de una vez, en

vez de tenerlo a uno jodido sin brete y llevándose lo el diablo.

Así pasaron los años. Cada nuevo presidente ponía un nuevo impuesto. Le clavaron uno sobre los huecos de los patios, otro sobre los muertos, otro sobre la lluvia; y cuando ya no hallaban a qué ponerle impuestos, le pusieron uno sobre los abortos y fregaron a las vivas que no tuvieron más remedio que dejar de asesinar chiquillos.

Mangonía aguantó y aguantó. Es que eran gente con toda la pata. No se iban a poner a protestar solo porque después de trabajar tantos años se quedaban sin pensión o con una cochinateda que para nada servía, mientras el presidente y los diputados se recetaban cuatro mil mensuales. Eso no era como para ponerse a protestar. Total el Obispo dijo que eso estaba bien. Que Dios no se oponía. Que cada quien se la tenía que jugar bonito para hacerse de harina. Que total, ahí no hay nada.

Además la gente que ha sido parida y criada bajo un palo de guaba, está acostumbrada a eso. Eso decían ellos. Y yo pienso que tienen que tener razón porque ellos han estudiado.

Eso sí, en Mangonía todos eran iguales. Porque si bien es cierto que los diputados ganaban mucha plata, había que ver cómo se sentía con gusto cuando venían a sentarse en la mesa de tragos, y le pagaban a uno el "straik". Entonces sí que se lo clavaba uno con gusto.

Pero nunca falta un borracho en una vela. Y un día unos muchachos de esos cabeza-caliente, y medio

atarantados, comenzaron a llenarnos de tentaciones mundanas. Nos decían que el pueblo debía sembrar más papas, que el Consejo Nacional de Preocupación nos robaba, pues nos castigaba la cosecha pero luego mandaban el informe completo a la Capital y se dejaban la diferencia, ¡imagínese qué mentira!, y otra cosa de esas que lo ponían a uno a pensar. Entonces el Presidente de turno nos aclaró que eran comunistas, y no había que escucharles siquiera. Y el Obispo dijo que el que anduviera con comunistas sería expulsado de la Santa Iglesia.

No nos quedó mas remedio que bajar el impulso ya con las orejas caídas y con el rabo entre las piernas nos fuimos para la casa. Sobre todo cuando fundaron el Miligrupo que se dedicaron a enterrar vivos a los muchachos rebeldes como se lo tenían merecido. Por cada muchacho que uno enterraba le quitaban algún impuesto, como por ejemplo el impuesto sobre las jaquecas, y el impuesto sobre las agruras.

Pero los muchachos seguían diciéndonos que escarbáramos en el patio para que viéramos que nuestro suelo era ya solo... este... desechos.

Y por el otro lado los del Miligrupo, dele que dele por la radio, por la tele y por el periódico: Ciudadano, no alborotes lo que está en tu patio, porque nadie aguantaría el olor.

Pues qué hacerle. La cosa estaba cocinada. Nos volvimos a meter el agua dulce todas las mañanas con la jeta tapada.

Y pasaron otra vez muchos años.

La gente se puso a chotear a todo el mundo. Si uno hablaba le preguntaban si había hartado lora. Si uno se ponía a cantar, le decían que iba a llover. Y un día en que me quejé de dolor de muela, me acusaron por payaso. A los ladrones les decíamos artistas. A los artistas, gente rara. Y a los raros, pues qué sé yo... La verdad es que todos somos gente rara.

Un día uno de los mangorianos se volvió loco. Y como estaba tocado de las tejas compró hierro de ese de ponerle techo a las casas, y tapó todo el patio. Luego le puso techo y listo: no volvió a salir en meses. Ya no aguantábamos las ganas de sacar qué rayos estaba haciendo allí metido, de modo que comenzamos a golpearle la puerta y al fin salió todo lleno de barba con una cara de baboso que daba miedo, y nos dijo: mañana van a ver.

Al día siguiente todos fuimos bien temprano a su casa y nos encontramos con que había construido una letrina, y sembrado un huerto en el patio de la casa. Puchis. Nunca he visto nada tan canela. Las flores soltaban una especie de perfume bien rico que nos llenaba las narices.

Todo el mundo se jaló para su choza dispuesto a sembrar su huerto y hacer escusados de hueco y terminar con la porquería. Pero en eso el cura llamó a misa, y junto con el Ministro de Tranquilidad Pública, nos hicieron ver que el tal loco era también ¿un qué?... agitador o algo así, pagado por un señor Moscú, y nos pidieron que como buenos mangurianos respetáramos la Ley.

Y cercaron de nuevo el patio, y a todos los que habíamos comenzado a sembrar nos pusieron en la lista de locos peligrosos, y nos clavaron en la chirola.

Lo que nos salvó fue que, al día siguiente, como diez mil mujeres salieron a la calle a protestar, y sesenta mil mocosos lloraban como idiotas a la vez.

El Gobierno nos convenció de la necesidad de respetar la ley, sea justa o no; los poetas nos hablaron de la eternidad; el Presidente se puso tan gordo que cuando terminó sus cuatro años tuvieron que sacarlo entre cuatro.

Vinieron entonces los rubios de la paz para ayudarnos. Pusieron fábricas de melcochas en todas partes. Y nos enseñaron a comprar carros y a hacer cigarrillos largos. Y al fin los que calculaban los impuestos, pasaron a ocupar un lugar decente entre la gente de bien. Lograron bajar el contrabando oficial en un seis por ciento. Se lo jugaron bonito con los borrachos, clavándoles un impuesto bien fuerte a los que se morían de jumas que eran.

Y al mismo tiempo la fábrica de licores del estado logró vender más que nunca. Y ¿vos sabés, viejo? Nos encontrábamos los hombres en todas partes para vivirla con toda la pata.

Pero otro día unos locos volvieron a hacer lo de antes. Y todos nos entusiasamos con la idea de cambiar las cosas y dejarlas chirotas. Comenzó con ocho, y al ratito ya eran como ochocientos que se pusieron en el plan.

Nos la jugamos chirote. Casi tumbamos al viejo. Queríamos terminar con la Ley que no nos dejaba hacer huertos y cambiar la gente del Consejo Nacional de Preocupación. Pero el viejo se encaramó en un palo de guaba, y les dijo a todos que respetaran la tradición de paz del pueblo de Mangonía y además que éramos un ejemplo para todos los muertos de hambre y que además ya había conseguido un préstamo para cambiar la tierra de nuestros patios y que si hacíamos alboroto los rubios nos quitaban la plata. Así que, vos sabés lo que es uno.

Diay, le discutimos al viejo un rato.

Pero tanto que habló que acabamos haciendo lo de siempre:

NADA.

El maleficio

Ése año él no le pudo comprar la hamaca que le tenía prometida. Por eso optó por complacerla cuando le pidió que dejara vivir a su prima con ellos, a pesar de la incomodidad.

Pasaban las noches juntos en la misma cama. Solo el niño dormía aparte.

Una mañana el labriego salió de su casa sin llevar la lima. Su hijo lo acompañaba siempre, aprendiendo las recias disciplinas del campo. A fuerza de ir con su padre, resultó ser su brazo derecho. Por eso le fue confiada la tarea de regresar a su casa y traer la lima.

El niño aprendió tal tarea con orgullo, y no tardaría mucho en llegar a su casa. Atravesando la cerca con soltura, entró al solar.

Sus ojos henchidos de ilusión; era uno de esos seres que necesitan hacerlo todo bien. Huyó de la casa con pavor y llegó junto a su padre temblando...

—Pero ¿qué le pasa, muchacho?...

—Es que vi...

—¿Viste un dopí?...

—No, no...

—Muchacho, tome agua.

—Sí, papá... es que vi a mamá y a mi prima acostadas en la cama.

—Ah, baboso. ¿Y eso qué tiene?

—Es que... estaban abrazadas...

—¿Abrazadas?

—Sí, papá. Como cuando usted y mami se abrazan.

—Pero... ¿está seguro?

—Sí, papi, estoy seguro. Yo las vi. Yo las vi.

La sospecha empezó a calar hondo.

—Bueno, déjeme terminar con este pedacito de monte que me falta. Ahora después voy a ir a cortarles la cabeza a las dos.

El pavor se hizo pánico y flotó cabeza arriba. El muchacho lo dejó continuar su labor y, escabulléndose, volvió a la casa para contarle a su madre lo que había sucedido. Ella, asustada, vio la cercanía exacta de su castigo frente a sí.

—Pues, usted me metió en esto; sáqueme. Vaya dígame que mamá está llorando. Que acabo de recibir una carta que dice que todos mis familiares mujeres se volvieron varones. ¡Corra, muchacho!

El marido recibió la noticia con evidente pesar. Dejó el trabajo que le faltaba aún para regresar de prisa a su casa, y comprobar, en efecto, que su mujer lloraba desconsoladamente.

—Alicia, ¿qué le pasa, corazón?

—Es que... es que...

—No se preocupe, ¿oye? Yo voy a arreglar eso. Tiene que ser un maleficio que les echaron.

—Pero es que Evalinda me atacó. Se volvió hombre y quiso...

—No diga nada. No la culpe a la pobrecita.

—Pero es que en casa pasó lo mismo. Mis hermanos también... hasta la pobre mamá...

—No diga nada. Deme ropa limpia. Voy a lavarme. Y deme algo de comer.

—Ya verá cómo arreglo todo.

Con fe buscó la casa del brujo para contarle su amarga e inusitada experiencia. Con fe le pagó sus honorarios. Y con agradecimiento recordaría siempre la sonrisa en el rostro del brujo.

—Antes de que llegue usted a su casa ya el problema estará resuelto.

—No se preocupe.

Eso le dijo el brujo. Por eso saludó con regocijo la noticia que le dio su mujer después, al contarle él el resultado de su visita.

—Ah, cho, solo estaba esperando que hablara. Antes de llegar usted Evalinda se compuso. Ya volvió a ser mujer y anda viendo cómo les ha ido a las otras parientes.

—No se preocupe —respondió él con verdadero orgullo— el brujo ya les quitó a todos el maleficio. Ida la prima, la armonía regresó a la vida de los cónyuges y la fama del brujo creció otro tanto.

—Alicia, ¿qué le pasa, corazón? ¿vive usted...? —
—Es que... ¿cómo...? —
—No se preocupe, ¿verdad? Yo voy a arreglar eso. —
—Tiene que ser un maleficio que les echaron. —
—Pero es que... —
—No diga nada. No le culpe a la brujería. —
—Pero es que... —
—También... hasta la pobre... —
—Y déme algo de comer. —
—Ya verá cómo arreglamos esto. —
—Antes de que llegue usted a su casa y el niño... —
—El pagar se va a pagar y con él se va a pagar... —
—No se preocupe, corazón. —
—Pero es que... —
—Antes de que llegue usted a su casa y el niño... —
—El pagar se va a pagar y con él se va a pagar... —

El ladrón

Un día se le ocurrió que reunía todas las cualidades propias de un ladrón profesional, así que le pidió a su madre que le enviase a una escuela para ladrones que había en otro reino. A ella le pareció que tal profesión no era del todo honesta, pero ante la insistencia del muchacho no tuvo otra alternativa que ceder. Fue así como Jack se inició en el difícil campo del pillaje.

Pero mientras él estudiaba en el extranjero, su madre murió. Se vio forzado, pues, a regresar a su país con el objeto de vender la humilde herencia y ajustar lo suficiente para continuar sus estudios.

Estaba dispuesto a sacar su Master.

Su regreso coincidió con una interminable serie de robos no esclarecidos, hasta que el rey,

cansado de las quejas, llamó a Jack para llamarle la atención.

—Usted es mi sobrino, aunque es pobre. Por eso no lo he mandado a arrestar. Pero venga, a usted le voy a dar solo una oportunidad más. Son tres pruebas: si las pasa, muy bien. Si no, lo siento mucho pero voy a tener que fusilarlo.

—Qué más me queda, tío. Dígame usted cuáles son las pruebas y nada más.

—Primero, robe mi caballo. Segundo, secuestre al sacristán. Y tercero, róbele el anillo de matrimonio a mi esposa.

—Tío, casi, casi pienso que usted me quiere fusilar. Son bastante difíciles las pruebas que me pone. Pero haré lo posible. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Esta misma noche si le parece.

—Muy bien, tío. Esta noche.

El Rey redobló la vigilancia en su establo. Un guarda sostenía las riendas del caballo, otro la cola, otro se sentó en los lomos del animal y dos más, uno a cada lado, defendían el patrimonio real. La noche se aproximaba a su cenit cuando una viejecita pasó por el establo y les ofreció a los guardas un trago para el frío. Pero puesto que querían más, ofreció venderles.

Y fueron tan generosos los tragos servidos por un penique, que conspiraron entre ellos para aprovecharse de la viejecita.

—Nunca hemos tomado tan buen ron por tan poca plata —se decían—, pobre vieja idiota.

Así, el licor convirtió a los guardas. Jack se deshizo de su indumentaria y sustituyendo lomos por una paca, riendas por una soga, y cola por un poco de heno, salió del establo con el caballo del Rey.

Al llegar la claridad se presentó al palacio para mostrar el animal a los sorprendidos ojos del Rey, quien no tuvo empacho en fusilar personalmente a sus ineptos guardianes.

La segunda prueba seguía ahora. El Rey, sin embargo, no se preocupó por tomar medidas especiales. El viejo sacristán era demasiado gordo para que lo alzara Jack si lo dormía, y como tenía solo una pierna, y era además fuerte y mañoso, pues no valía la pena gastar energías en cuidarlo.

Esa noche Jesús predicó en el templo a las doce. El fascinado sacristán oía al Señor con gran devoción. Una túnica blanca le cubría desde los hombros hasta los pies. Sobre su cabeza tenía tres candelas prendidas. En su mano el báculo del Buen Pastor irradiaba hacia las bancas la paz que el mundo no puede dar.

—¿Quién quiere ser salvo? ¿Hay algún santo en este lugar? ¿Hay alguno digno?

—El sacristán alzó la mano en la densa oscuridad del templo.

—Yo, Señor, yo, yo quiero ir al cielo. Soy el único justo que queda en esta comarca. Sálvame a mí, Señor. Soy el único que obra con rectitud.

—Bien, hijo, entre al carro celestial.

El sacristán, arrastrándose como pudo, logró acomodarse en el saco de gangoche del señor Jack.

—El camino del cielo es pedregoso.

—Sí, Señor, ya lo sé, ya lo sé, Señor.

—Es estrecho y abrupto.

—Sí, Señor, no se preocupe. Yo he leído mi Biblia.

Así Jack lo arrastró a través de la ciudad sin protesta. Había un camino por el cual necesariamente tenía que cruzar.

—Nos estamos aproximando ya al río Jordán —advirtió Jack.

—Está bien, Señor, está bien.

—Cuando sienta las aguas del río ungiéndole, dé las gracias.

—Sí, Señor. Yo sabía que algún día iba a venir al cielo. Viera cómo he trabajado para ganarme el cielo. Me lo he ganado, Señor. Me lo merezco.

La madrugada orlaba el cielo y Jack le explicó que estaban ya disfrutando de los resplandores de la Jerusalén celestial. Y cuando entraron a la propiedad real, y las palomas del Rey alzaron vuelo, Jack invitó al aspirante a oír las alegres alas de ángeles, dándole la bienvenida al paraíso.

El sacristán lloraba de contento.

Esa noche el Rey tomó grandes precauciones. Redobló la guardia y tras explicarle a su esposa la posibilidad del robo, puso su revólver debajo de la almohada y las manos de su esposa entre las suyas. Bien avanzada la noche el Rey vio al muchacho bajando por encima del dormitorio.

—Reina... allí viene Jack; alcánceme el revólver. Ahora sí que va a quedar frito.

Lo dejó bajarse poco a poco, hasta que hubo apoyado su pie en el suelo. Y sin contemplaciones le disparó varias veces.

—Bueno, ese es el fin del tal Jack. Pero voy a tener que enterrarlo personalmente esta noche, porque si no, ya me imagino la habladera.

—Sí, fue sobrino suyo. No van a ver con buenos ojos que el Rey haya matado a su sobrino.

El Rey cargó el cadáver hacia el patio e inició la lenta tarea de enterrarlo.

Al rato volvió al cuarto, para pedirle a la Reina que le diera el anillo.

—Es mejor enterrarlo con él —explicó—, no vaya a ser que quede en pena tratando de conseguir el anillo, y tengamos un dopí aquí en palacio.

—Me parece muy bien. Tómelo.

Una hora más tarde el Rey regresó, satisfecho, y junto a la Reina, se fue quedando dormido con una sonrisa de alivio en la frente.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, se presentó Jack. El Rey tragó el huevo duro sin quitarle la cáscara. La Reina estuvo al borde de la histeria y del desmayo.

—No se asusten tanto: soy yo, Jack. Les traigo el anillo: no se asusten.

—Soy su sobrino. No estoy muerto.

El Rey, mezclando pavor y enojo, quiso culpar a la Reina.

—Un momento, tío —le dijo Jack—, yo puedo aclarar. Entré al palacio sin problemas. Usted sabe que lo conozco bien. Traje un cadáver y lo bajé con una

soga en su dormitorio. Usted lo fue a enterrar. Entonces entré a su dormitorio y le dije a mi tía que me diera el anillo para enterrarlo. No la regañe: usted salió más engañado que ella.

El Rey le dio una enorme suma de dinero, y de rodillas, le rogó que se fuera para siempre de sus dominios.

Jack volvió a sus estudios. Estaba dispuesto a sacarse el Master.

Juan

Estimado padre:

Te escribo esta carta, seguro de que podrás conseguir quien te la lea.

Quiero pedirte en primer lugar que vayas a ver a la madre de Juan, y a una tal Carmen, muchacha de Alajuela, de quien aparentemente estaba enamorado, y con la cual pensaba casarse a su regreso de la Guerra.

Perdona que la carta tenga que llegar por intermedio del capitán, pero no me atreví a dársela al padre, ya que como verán, tengo algunas cosas dichas sobre él y me da miedo que se enoje con ustedes.

Tengo el pie malo y anda por el aire una enfermedad extraña que hemos adquirido en Nicaragua,

y que según dicen los que saben de estas cosas, viene del aire tibio, por lo cual, dudo mucho que pueda llegar a casa para verlos de nuevo.

Nunca les he dado las gracias por haberme mandado a estudiar a Europa. Yo sé que para ustedes fue todo un sacrificio, y si tuve que venirme, fue por el despojo de que los hizo víctimas el desalmado de Sanch, cuyo hermano y cómplice en paz descanse. Fue mi jefe durante la guerra. Pero no fue en vano el esfuerzo de ustedes: lo que he aprendido lo he enseñado a otros, y algunas cosas, como verán, quedan escritas en esta misiva que les envío.

Juan debe sobrevivir. Por eso te pido que vayas a ver a su familia y a su novia y luego que pagues una esquela en el periódico, para que de él se tenga memoria, y algún día, cuando algún historiador busque en los libros de la Iglesia y encuentre el asiento que ha hecho el padre, sepa de quién se está hablando: de un soldado cabal.

Porque el padre es hombre de pocas letras y puso pocas palabras en el libro: "Murió hoy el soldado héroe Juan Santamaría". Fue todo lo que puso y es lógico. Ustedes saben lo que es este cura. No entiende nada. Por ejemplo, no me ha dejado en paz por haber estudiado en Francia. No ha leído libros franceses, estoy seguro. Pero se las da de conecedor de Las Francias, y condena a este, menosprecia a aquel y así va, y maldice la hora en que ustedes me enviaron a Francia porque considera que allá perdí la fe.

Yo, padre, bendigo esa hora. Por eso cuando el padre habla mal de Rousseau, y dice que la mucha

letra es cosa del demonio, yo me enojo y le digo que toda sabiduría viene de Dios y que eso está escrito en la Biblia. Y más furioso se pone y dice que es un sacrilegio leer la Biblia sin autorización del Obispo.

En fin, un cura es siempre un cura.

Padre, hay algunas cosas en esta carta que tal vez no están muy explicadas. Eso no es por majadero, sino porque no sé cuánto tiempo voy a durar hasta que el veneno llegue al corazón. Porque se me olvidaba decir que fui herido en un pie y se me ha llenado de veneno, y además no es raro que me agarre también la enfermedad esa que anda y me muera en cualquier momento. Por eso tengo que darme prisa, y no me puedo detener a explicar. Pero estoy seguro que si hablan con el mismo capitán o con Joseph, porque Joseph es hombre estudiado en letras, y puede ayudarles con cualquier cosa que les quede oscuro.

Voy a darme prisa entonces, y apuntar las cosas que yo sé que el cura no va a apuntar. Pero les ruego que no se les olvide que deben ir los dos, mamá y usted, a la casa de Juan y conversar con la madre y luego hablarle a Carmen.

Juan es un héroe que nuestro país no debe olvidar.

Empezaré hablando de antier. Ustedes saben lo lindo que es la tierra de abril, sobre todo por las tardes cuando los rayos del sol caen con fuerza sobre la tierra, y en el encuentro de humedad y calor, hierve el agua que corre debajo de nuestros pies.

En Nicaragua es la misma cosa. Igualito, salvo por un detalle: es mucho más caliente aquí. Y a pesar de las frecuentes lluvias, apenas sale un poco el sol se levanta otra vez el polvo a lo largo de los caminos.

Estábamos en la torre de una vieja iglesia que queda a la entrada de Rivas, y desde allí podíamos ver el vaho abundante y tibio que salía de la tierra para ir a encontrarse con las distantes nubes. ¡Y había tanto calor en Nicaragua! La única cosa que daba alivio o tregua de vez en cuando, era el poco de humedad que de cuando en cuando se desprendía de alguna nube muy cargada, para amortiguar el ardor de los rostros de la soldadesca. Pero después era peor.

Nuestro capitán, el mentado capitán Sanch, estaba durmiendo su fea gordura. Y confieso que lo he pensado mucho antes de poner estos detalles, porque nadie espera ver un capitán que esté con sus tropas de turno, durmiendo tranquilamente en medio de un ambiente de guerra. Eso podría llevarle a ustedes a crearse una mala imagen de lo que son los soldados costarricenses. Pero he pensado que un poeta siempre debe decir la verdad, y además el capitán Sanch es un caso especial. Es el más descuidado, el más torpe, el más bruto de los oficiales. Bueno, era, porque en paz descansa. Mala suerte la mía que me hubiera tocado con él.

Pero también ustedes deben recordar que hace pocos días no éramos soldados, sino labriegos sencillos, pacíficos y confiados. Campesinos que queríamos

solo que nos dejaran trabajar la tierra y vender su producto. Hace un mes el capitán Sanch no era capitán ni nada, y si lo nombraron fue por el dinero que su familia puso y que entiendo es mucho. Ellos ayudan a financiar la guerra, y a cambio exigen puestos importantes. Pobre, cuando al terminar la guerra le empiezan a pasar la factura.

Cuentan que Sanch, ya con el nombramiento en mano, tuvo que preguntar qué cosa era eso de capitán, porque no tenía ni la menor idea. Por eso no les debe extrañar el letargo del capitán, mientras Juan, el nica Rosales y yo vigilábamos.

Vimos de pronto, estando pues en la torre, una pequeña hilera de polvo que se levantaba por el camino, y alcanzamos nuestros fusiles y nos preparamos para todo. No quitábamos la vista del objeto que se acercaba, y que parecía un animal; se iba haciendo grande, desaparecía de trecho en trecho solo para reaparecer cada vez de mayor tamaño, porque fue primero un bulto, y después un animal, y luego un caballo y despertamos al capitán Sanch.

El capitán estaba medio azurumbado por el sueño, carraspeaba, y tratando como un tonto de imponer autoridad sobre nosotros, nos puso en guardia. Tenía que borrar el mal concepto que ya nos habíamos formado al verlo dormido.

Yo miré a Juan de reojo para reírnos del ridículo que estaba haciendo el capitán Sanch, pero el muchacho inquiría con seriedad, imitando mis movimientos, afianzados en la esquina del balconcillo.

Yo le había hablado mucho a Juan sobre el ejército francés. Comparamos los dos ejércitos, los oficiales franceses con los nuestros, incluso, le dije que se fijara en el supuesto asesor que nos había enviado Francia. Todo eso para que se diera cuenta que esto no era una guerra sino una mala imitación, y lo que duele es que muera la gente por tan poca cosa.

No me van a creer, pero a las mil leguas se veía que el que se acercaba era el capitán Macedonio Esquivel. Ustedes conocen a don Macedonio, el de la milpilla de Bajos de Juche, donde dicen que ha salido más de una vez el pisuicas. Pues también don Macedonio anda metido a capitán ahora, y es hombre fajado y de los buenos.

Yo vi que era don Macedonio, porque en primer lugar los filibusteros tienen otra forma de cabalgar, y en segundo lugar lo conozco bien. Pero el capitán Sanch insistía que si se paraba a la entrada de la ciudad, se lo "apeaba". Dijo que podía ser un jinete espía, enviado por los endemoniados oficiales de la horda filibustera. Y yo me preguntaba, papá, de dónde ha sacado este bruto tanta palabrería, para hablar tanto y decir casi nada.

Pero hay que ser Sanch. Eso es, hay que ser uno Sanch. Desde luego que si fueron tan brutos para hacerse cambiar el nombre, quitándole la "ez" final para que calzara mejor con el de su socio inglés, tenían que ser tan torpes como para pretender dispararle a don Macedonio. Y lo hubiera matado si no es porque ninguno de nosotros quisimos disparar cuando dijo "fuego" y cuando dijo "alto el fuego"

el nica Rosales se echó a reír porque no habíamos disparado ni un solo tiro ni Juan ni yo, y el nica había tirado pero al aire. Y es que Sanch es lo más parecido que he visto a Jabillo, y decirle asno es ofender al animal.

El capitán nos mandó descanso, visiblemente molesto porque el sospechoso había resultado ser Macedonio Esquivel en cuerpo presente. Un vecino bien conocido de todos nosotros, menos del nica, y por tan poca cosa le habíamos hecho perder el sueño.

—¿Quién me llamó? —preguntó molesto.

—Pues fue el poeta —le dijo el nica Rosales; pero todos estábamos de acuerdo.

Nosotros guardamos nuestros fusiles en los rincones, y volvimos a mirar el paisaje mientras que el capitán regresaba a su dormir.

El sol comenzaba a hundirse, pero erguidamente, como saben caer los héroes, y sus rayos moribundos reflejaron sobre la pared de la torre el rostro de Juan. Alrededor del sol era como si hubiera una hoguera y yo... no sé, me fue entrando un escalofrío.

—Nos van a movilizar —dijo el nica Rosales—. Ese hombre venía como asustao.

—No hay nada de eso —contradijo el capitán, más dormido que despierto— la señal que venía dando Macedonio es que los machos se han ido.

Nos miramos los unos a los otros sin decir nada. Pero cuando Sanch se quedó de nuevo dormido en la placidez de la tarde, para Juan fue suficiente prueba y propuso que estuviéramos tranquilos. Pero el nica Rosales, tan amigo como era de andar

con mañas tomando la gente de mingo, se puso a cantar bajito una canción de su tierra. La letra tenía que ver con la inocencia de ciertas criaturas y yo por disimular me puse a mirar el cielo. Y me decía: no te vayás a reír ahora, Timoleón Vargas.

Viendo dormir al capitán Sanch, se me ocurrió pensar que todos los cretinos creían fuertemente en el cuento del peligro de la patria, sin saber lo que significa. No me refiero a la gente común: la gente común es ingenua y sincera y se defiende por instinto. Ellos saben que la civilización que nos quieren imponer es la barbarie, y que la única actitud civilizada en este momento es la defensa intransigente de la barbarie.

Salvar los destinos de la República, dicen. Ninguno se ha leído *El Contrato Social*, porque además casi ninguno sabe leer. Pero todos hablan de la defensa del bien común y de otras cosas semejantes.

Es cuestión de mirar el caso de Sanch. ¿Por qué podía dormir tan tranquilamente? Es que está gordo de los despojos y sabe que con toda la carne que nos ha quitado puede seguir gordo. Él no está en peligro. Él no es capaz de entender el verdadero problema. No sabe de la oposición entre la comunidad primitiva que somos y la civilización destructora que avanza sobre nosotros, destrozándonos, eliminando nuestras humildes inclinaciones de labriegos. Eso es: no es una cuestión de la patria, ni de la República, es una cuestión de vida o muerte de nuestra cultura, de defender nuestra libertad simple, que no sabe envidiar los goces de Europa, ni la

grandeza efímera que se encierra en ella. Nosotros estamos en camino a la esclavitud, y hablan de la patria los cretinos.

Por eso yo no puedo olvidar lo que les hicieron, padre. No te pido que odies a esos cretinos, sino que tengas presente lo que te hicieron. Las lecciones de la vida hay que aprenderlas, como quien aprende a contar. No es cuestión de querer o de odiar los números, sino de aprender a usarlos. Es la misma cosa; los Mora y los Sanch, los Centeno y todos esos, defienden sus cafetales y sus bancos. Defienden sus haciendas, sus presidencias, sus préstamos.

Por eso han declarado la guerra. Le tienen miedo a un contrincante. Pero el drama, el hondo drama que nos hemos criado los de patas al suelo, va mucho más allá de una tienda o de un banco. Gane quien gane, nunca más seremos labriegos sencillos.

Ya viven aquí los banqueros ingleses. Ya tenemos asesor militar de Francia. Ya somos civilizados: es decir, vamos en movimiento, sudando siempre, en movimiento siempre. No tenemos ni un minuto ya para gozar del amor y de la amistad; no podemos detenernos tan siquiera a ver caer el sol, ni estar presentes por la mañana cuando nace la luz.

Por eso el capitán Sanch puede dormir; los Centeno y los Dull and Sanch and Company pueden estar en paz. Seguirán bebiendo aguadulce en tazas de la China.

Por eso yo nunca fui a defender la patria. Cuando me dijiste: Timoleón, eres un Vargas y eres joven y tienes el deber de defender la patria, fue

cuando yo te dije, no tengo patria. Y si luego vine, si dejé las montañas y la lectura de Juan Jacobo fue porque me di cuenta que lo que está en peligro no es la "patria" sino la gente, la cultura.

Y ¿qué es la patria?, podríamos preguntarnos en español y en buen francés. Y lo mismo daría: los Sanch, la religión, los bancos... Pero la guerra es por nuestra cultura, por nuestra gente, por defender la barbarie. Y ahora sí, yo estoy.

Juan ceñía su machete. Juan mordía la tortilla. Juan era un muchacho loco que defendía la patria. Nunca entendió que la patria era él mismo, o no era patria.

El cura defendía la patria, de las violaciones de las mujeres, de los infieles machos, herejes, bárbaros, profanadores de los templos, aventureros salvajes; en fin, cuentos que él contó porque los oyó contar a otro cura, o porque en un ataque de locura logró imaginar; cuentos en los que llegó incluso a creer a punta de contarlos una y otra vez en mil diferentes maneras, tratando de convencer a un grupo de viejas que por no tener nada más que hacer se pasan el día yendo a misa, y de alguna gente decente que por decencia va a oír sus sermones.

Patria. Cuentos.

Yo no quiero tener la misma idea que los vulgares y cretinos que se mandan a cambiar el apellido solo porque se han conseguido un socio extranjero. Yo creo que la barbarie es el estado puro de la humanidad, y que hay que defenderla a toda costa.

Pero Juan vino a la guerra sin haber visto un macho. Y cuando por primera vez los vio en Santa Rosa, eran una horda de figurillas huyendo; y cuando los atisbó de nuevo en Rivas eran balas. Y yo pensaba, mirando el sueño tranquilo del capitán Sanch, que después de todo ninguno de ellos tenía la menor idea sobre lo que es un hereje, ni un bárbaro, ni un macho; pero mientras Juan y todos los que andan de patas al suelo veían venir sin entender, un peligro real, una horrible e inacabable pesadilla, para el capitán Sanch y su grupo el peligro era tan grande que los inducía al sueño; un sueño apacible y confiado, porque más allá de la guerra y de la derrota y del triunfo, las manos del común destino de los financistas y de los banqueros se tienden.

Por eso, él puede dormir tranquilo. Pero tú, padre, tuviste la experiencia y sabes tan bien como yo quiénes son los violadores. Sabes tan bien como yo quiénes son los sátiros del pueblo. Los conoces con nombres y apellidos y no son machos. Y yo digo: la patria de los Sanch es un cuento.

No es cuestión de odio. No. Es cosa de recordar lo que nos hicieron. Y es importante que se lo digas a los familiares de Juan: William Walker no es un hereje, ni es macho, ni bárbaro, ni aventurero: William Walker es un soldado de los Estados Unidos... De la marina, dicen.

Díselo al pueblo. Diles que hagan la guerra con los Sanch y con los Centeno mientras estén contra Walker. Pero diles que después, cuando los otros claudiquen, cuando se dejen comprar como

ha sucedido en Rivas, dile al pueblo que ha de volver siempre a la lucha, porque la lucha por la justicia es una cosa de no acabar, y la patria de los Sanch y de los Centeno y la patria de los que hemos andado de patas al suelo no es la misma. Porque entre la civilización y la barbarie, solo hay amor en la barbarie.

En Nicaragua conocí a una joven llamada María. Nica es. Ella me ayudó a sobrevivir cuando los días quemaban, cuando las noches atormentaban los huesos, cuando en medio de esta guerra que no era guerra los capitanes con toda naturalidad duermen.

Ella como yo era solo la sombra de la guerra. Ella como yo, no cree, no creía en los oficiales. Ella solo cree en la tortilla, en su sabor, en el aroma del agua dulce, en el peso que le daba yo por cada jícara de aguardiente y en Dios.

Nosotros no podíamos dormir. Nosotros en el fondo combatíamos quemándonos el pecho. Estaremos mal si gana el presidente Mora. Estaremos peor si gana Walker, dice, dice María, porque la dueña de la casa está enamorada de Walker, dice, porque es un macho muy lindo, dice.

Pero yo le he explicado que salvaje es el que pierde. Todo valle se ve de acuerdo con la montaña en que uno está posando. Pero lo grande de María, lo extraordinario es que desde su lugar junto al fogón haya podido comprender esta verdad.

María es una sombra. Se quedó en Nicaragua. Estoy pensando en fiebre María... Estoy mariando en fiebre... Estoy fiebrando en María... y la fiebre duele cuando sudo María...

Y mientras sudo veo a Juan. Bajo los efectos del aguardiente protestaba. Había probado de la jícara de María muchas veces. Era aguardiente del cuartel general. Guaro del que toman los oficiales de Mora y su asesor francés. Juan deliraba. En realidad todos estábamos delirando, mareados por el sabor de abril y Nicaragua, por la ilusión de creernos civilizados, y creer que es bueno serlo.

“Timoleón... vos no sabés nada. Mentís. Me estás mintiendo. Don Juanito es sincero. Yo no sé nada de bancos que él quiere fundar. No sé de golpes a sus amigos de negocios. Ni nada. Pero yo veo a los machos: están en Nicaragua. Los veo. Y yo tengo una madre. Tengo mujeres parientes... mi tía... y está Carmen.”

Son ‘filisbosteros’, Timoleón. El cura lo dijo. Y cuando Carmen oyó eso me dijo ‘Juan’, y yo le dije ‘sí’, y Carmen me dice: ‘vas a ir’. Y yo, ¿qué le iba a decir? Yo le digo ‘sí’ porque tengo una madre, Timoleón y está Carmen. Y yo digo eso porque nos quieren quitar medio país y nosotros no hemos tenido quién nos mande desde que se fueron los españoles y ahora estos vienen aquí a querer mandar y yo me pongo orejero. ¿Qué otra cosa le queda a uno? Y yo te digo a vos, Timoleón, te pregunto a vos por qué has venido. Vos no crees en la guerra, entonces no debés pelear. Y has dicho que la patria de ellos es un... ¿mita? O mito, o como se llame. Yo creo que deberías darme vos otro trago, ora que el capitán está humao.

Pero tengo que pensar que me estás mintiendo si yo veo al capitán Sanch durmiendo. Y yo veo que

vino don Macedonio y casi lo matamos y nada ha pasado. Pero te me ponés raro, te me ponés raro y yo me achucuyo todito y solo le pido a la Virgen...

En Alajuela a estas horas, ¡qué va a ser luna esto! Está fuerte esto. El capitán Sanch está humao: yo lo vi irse y volver humao. Vino así bonito y se acostó ahí. El nica Rosales y yo turnándonos toda la maldita noche, y el capitán tomando y vos vendiendo aguardiente y andando con esa nica María... y sí, sí, bien que me gusta el guarito este, pero lo que no me gusta es cuando te ponés a hablar...”

Papá, no sé cómo seguir esta carta. Cuando escribía lo que llevo escrito resulta que me quedé dormido y cuando volví en mí, estaba bañado en sudor y el padre me estaba secando y decía que era el aire. “Es el aire de Nicaragua: apenas nos alejemos lo suficiente las cosas van a empezar a cambiar”. Y ahora no sé por dónde iba. No recuerdo qué era lo que les iba a contar. Algo me está arrastrando a un abismo, consumiéndome y el cura lo sabe y ha querido convencerme de que me confiese. Que confiese, dice. Y yo no tengo nada que confesar. En María volví a ser primitivo; en ella hallé el paraíso perdido; en ella volví a ser un ser original, más allá del bien y más allá del mal.

El cura se reiría si supiera y luego rogaría por mí. Risa de pepino se reiría. Risa de mondongo. Risa clara, como las canciones de la selva, las de María, que cuando ríe toda la vida se ilumina de hilaridad. Ellos se reirán de nosotros, pero nosotros jamás nos reiremos de nadie, porque nosotros somos la risa.

A lo lejos la mañana nace en mis recuerdos. La brisa sopla con un olor extraño, olor a lago. Vahos nuevos se levantan ardientes y queman la piel. Nuestro sudor corre libertado y cae sobre el piso del viejo campanario. Algo vuela. Vuelo de mondongo y de pepino. Vuelo de chicharra y de maíz.

Nosotros estábamos de pie, Juan y Rosales y yo y el capitán dormía. El señor presidente de la República desayunaba con sus oficiales y con el consejero francés mientras sus generales se quitan la goma brindando por la conquista de Rivas, y el levantamiento popular en toda Nicaragua.

“El cielo está un poquillo nublao” dijo Rosales, soñoliento, sus gestos lentos y torpes porque todavía hacía su efecto el aguardiente. Y yo los estaba mirando a los dos. A Rosales y a Juan. Rosales tenía una cierta pose de brujo indio, como si heredara secretamente la sangre de Nicarao. Juan era un enredo. Se parecía a todos al mismo tiempo: a los negros que vi en Francia, a los gallegos que viven a la vuelta de la casa, en fin, también tenía su airecillo de Coyoche. No sé por qué los miraba y eran ellos: los que ayer no más laboraban la tierra y el murmullo del río opacaba el ruido de las chicharras, y desde el fondo de ellos surgió la palabra de honor, la decisión, la fe, las mentiras del cura y el miedo.

“Hoy es once de abril –dijo Rosales– cumple años la comadre de mi mamá”. Juan, mirándolo, dijo lo que ninguno esperaba: “¿Y eso qué importa?”.

“Es que esa yegua roncando me la recuerda”
—respondió el nica señalando al capitán y todos nos reímos.

Luego una hilera de luz dio sobre las botas del capitán y era diana. Entonces el capitán se puso de pie, para ordenarnos firmes, pero yo pensaba en la hilera de luz y en María.

—¿Qué te estás creyendo vos? —preguntó el capitán enfurecido.

—Nada, Capitán...

—Pues tené cuidado: hace rato que estás buscando que te mande a fusilar.

No sé qué extraño ruido hice con la boca y los hombres estaban a punto de reírse y el capitán estaba pálido de rabia y era grave, muy grave. Pero en ese momento Juan gritó y el capitán la agarró con él: “¿Querés irte al carajo vos también?”.

Pero Juan estaba obstinado. En eso vi su sombra contra la pared del otro lado de la torre y volví a sentir el mismo extraño escalofrío de la noche anterior y el capitán gritaba como loco: “firmes, firmes todos”.

Yo volví a ver para un lado buscando el sol y los vi. Dos hileras. Cerca de la iglesia cerquita de nosotros y agarré qué le pasaba a Juan y saltando sin orden ni nada, tomé el fusil, y el capitán donde me vio con el arma creyó estar frente a la peluda, y yo creo que pensó en usted, padre, porque me dijo con un miedo del carajo, “Varguitas, Varguitas”, como le llaman a usted, y no fue sino después de que yo había disparado y Rosales había

disparado que pudo gritar “ataquen, ataquen, son muchos, corran”.

Fue todo en un minuto: el grito del capitán, el sonido de las balas, nosotros saltando de la torre y corriendo por las polvorientas calles hacia el cuartel, y el capitán corriendo adelante hacia el cuartel, y luego, su figura desplomándose, su grito formulado ya sin sonido, y la voz de los fusiles ordenando correr y correr y corríamos.

Juan se acomodó tras una piedra, y levantando la cabeza mientras yo me acercaba gritó “los machos” y corríamos de nuevo. En eso sentí un pinchazo, carajo y dolía. Pero me volví a tiempo y le rajé la vida con la bayoneta, y mientras el filibustero se doblaba diciendo “son habas bicho” o algo por el estilo, le disparé a la pura boca porque alguien dijo que habían tomado la plaza y eso era feo. Pero me caí, casi frente al cuartel y no podía levantarme. Entonces Juan me levantó en vilo y siguió corriendo hasta que los dos caímos sobre el heno del establo del cuartel general.

—Huele a queso —dijo Rosales—; y yo no sé cómo un hombre puede hablar de comida en un momento así. Ni sé cómo uno puede reírse, pero se estaba riendo.

—Eeeh: te pincharon —dijo.

Nadie dijo nada. Entonces el nica insistió: “Huele a queso”.

Juan se puso de pie y le dijo que a nadie le importaba el queso.

Creí que iba a sentir alegría al ver al obeso cuerpo del capitán sangrando en el polvo. Después

de todo lo que nos hizo el maldito. Pero tengo que confesar –y tal vez debería decirle eso al padre para que se calme– me dio pena. Pena no. Me dio mucha rabia: porque está bien, Sanch es un perro, pero eso no le tenía que importar a ningún filibustero, ni tenían por qué venir a matarlo así y dejarlo en la calle como un animal.

Logramos entrar a la casona y estaban conversando. Alguien me vendaba. Hay que rescatar el cañón, dice el francés. Podrían usarlo contra nosotros.

—Sí, señor... como mande, pero...

—Es una orden, teniente...

—Sí, señor...

Me hubiera gustado salir con ellos pero todavía me estaban vendando. Y hubiera ayudado a correr la voz, para que todos supieran que la consigna era el rescate del cañón. Un oficial informaba que habíamos frenado el avance de los filibusteros casi frente al cuartel general. Era fuerza salir al rescate del cañón y por la Virgen Santísima yo quería ir con ellos.

Acostado en el heno escuchaba la balacera endemoniada que, “prende y descansa” y “prende con entusiasmo por todas partes”, y, “los machos no pueden avanzar más”, como decían los informes, pero los minutos pasaban, y hay que rescatar el cañón y otro grupo debe salir y otro y otro... sí señor...

Cuando me incorporé, salí con ellos. Teníamos que salir ochenta y me contaron setenta y nueve y estábamos en la calle tratando de rescatar el cañón. Corríamos en dirección contraria y yo sentía

la pasión marteana revolando en el pecho y una inmensa alegría en cada golpe. Saltábamos hacia adelante sobre los cadáveres y corríamos hacia atrás sobre los cadáveres... y casi toda esa sangre era la de nuestros vecinos y yo lo sabía y tal vez por eso... Es que, eran vecinos de uno... eran los chiquillos con los que uno había jugado...

Después lo supe todo. Cuando por medio de un señor nica se vino a saber en la mañana del 10 de abril que unos hombres de Walker andaban rondando por Buenos Aires de Potosí, el Presidente Mora envió al mayor Juan Estrada y al capitán Macedonio Esquivel a investigar. Hasta allí todo muy bien. Luego vimos venir a don Macedonio ya casi de noche, y era que venía a avisar que los hombres de Walker se acercaban a Rivas y hasta allí todo muy bien.

Pero esa noche en la casona grande hubo fiesta.

Yo como siempre, me escapé del puesto de guardia con el pretexto de siempre y fui a reunirme con María, quien además tenía una jícara de guaro que vendimos. No era exactamente guaro: lo hacían de maíz. Lo vendí casi todo, dejando un asiento para mis compañeros y yo.

Hasta allí todo iba muy bien.

Entonces fui al cuarto de María. Fui a esperarla y los oí hablando. A los del alto mando, me refiero. Creo que allí estaba el capitán Sanch y el coronel Prudencio. A los demás no los conocía. Había una damita, hija o prima de la casa según entiendo. Y lo que conversaban era más o menos esto:

—¿Cómo es Walker?

—Es hombre de buenas maneras... fino... amable...

—Pero un poco tonto me dijeron.

—No, qué va. Si viera que jetuvo aquí... Es lo maj inteligente que he vijto.

—Y sus soldados... me imagino que todos son maleantes. ¿Cómo un hombre inteligente se rodea de gente así?

—Puej... a mí no me parecieron nada maleantej. No son ni susioj ni harapientoj, ni loj oí con ninguna vulgaridad en la boca. Y conste que estuvieron aquí en mi casa.

—Pues yo tenía la impresión —intentó responder alguno.

—Ustedej no tienen chance —insistió la damita— no tienen chance de nada.

—Deben ser deveras brujos —dijo Prudencio—, porque por lo visto la han embrujado a usted.

Una risa un poco nerviosa llenó el lugar. La voz de otra dama se oyó, un tanto cargada de preocupación llamando a Micaela.

—Pues oiga esto antes de que se vaya —dijo Prudencio— hay que agarrar a Walker y a sus secuaces y fusilarlos en el acto. Porque les digo una cosa: prefiero pegarme un tiro antes de tener que oír a mi hija hablando bien de un pirata. Walker es el pisuicas.

De nuevo las risas, entrecortadas por la otra voz femenina, y cuando las voces murieron el tono de la charla se alteró para adaptarse a las nuevas circunstancias.

—María me trajo unos bocadillos. No tardaría mucho, dijo. Ya se estaban cansando y ahora con la señora molesta tal vez se iban. La señora se había enojado mucho con Micaela por su comportamiento tan poco edificante, allí metida entre esos hombres, y había dado la orden de no servir más, y por el capitán Sanch que no me preocupara porque estaba borracho, que ella le había atendido muy bien para que luego se echara su buen sueño.

—Sin embargo hay algo de verdad en lo que dice —dijo algún oficial con un cierto acento extranjero.

—En qué sentido...

—El ejército centroamericano no está bien presentado...

—Diga las cosas con franqueza —dijo Sanch—, son harapientos, estos soldaditos, harapientos y sucios. No tienen la menor idea de lo que es un ejército. Esto es un desastre. No hay respeto para los oficiales.

—En cambio hay que ver el ejército de Walker... —acotó algún otro.

—La guerra depende de los oficiales —dijo Prudencio—, no de los soldados. Eso hay que tenerlo presente: nosotros diseñamos las estrategias. Ellos son solo los instrumentos que ejecutan.

—Y allí de nuevo la cosa es seria —dijo el extranjero—, Walker no es un vulgar aventurero: es soldado del ejército de los Estados Unidos. De la Marina, dicen. Sabe mucho de estrategias.

—Bueno, pero tenemos un asesor francés...

—Pero, dígame honradamente: ¿qué les parece?

—Bueno, aparte de que es así como medio marica...

De nuevo las risas y yo estaba reventando: la guerra la hacen los oficiales. Debo confesar que tengo mucho odio acumulado contra los Sanch. Tal vez por eso es difícil ser del todo imparcial al juzgarlo, pero en ese momento dijo algo que me hizo sentir una desesperación casi incontenible, por estar allí metido en ese cuarto, sin poder meterme en la conversación, sin poder salir y gritarle “pirata, ladrón, prestamista de los demonios”. Dijo:

—Comandamos una turba de malnutridos... diría con más exactitud: un montón de muertos de hambre. Con estos carajos solo un milagro de Dios nos puede salvar. Yo creo que Mora está loco: no se puede ganar con gente así.

—¿Y entonces? —preguntó Prudencio—, ¿quiere rendirse?

—No —dijo Sanch—, reconocer que esto es una turba y pactar.

Turba, había dicho. Y yo lo conozco desde la niñez, cuando era turba. Cuando andaba por el pueblo de patas al suelo robando gallinas. Su familia venía llegando de no sé dónde, y aunque tenían tierras no les producían nada. Eran vagos. Es en los últimos diez años que se han hecho ricos, con el negocio del café. Pobre doña Ramona... lo que le hicieron: a los intereses a que le prestaron y nosotros somos turba. Turba es él. Yo creo que ni firmar

sabe y hablando de “diría con más exactitud”. Turba es él. Porque por él murió Pilar y usted sabe padre quiénes son los violadores del pueblo, sus nombres y sus apellidos y sabe que no son machos. Usted sabe del crédito, del sufrimiento de mamá y de la tuerce. Dos niños enfermos en casa y su espalda jodida. Y entonces tener que vender.

Fue el final de Europa. Fue el final de sus ilusiones y de las mías. Y solo quería traerme para acá lo poco bueno de la civilización. Y solo quería ver si podíamos usar la ciencia sin destruir al hombre. Y no me dejaron.

Ricos en diez años y hablando de turba.

Cuando regresó María yo solo quería irme. Estaba cansado, golpeado, con la furia de todos ustedes clavada en mis venas, con la furia de todos mis respetables vecinos que estaban dando la vida, “María, perdóná, tengo que irme, tengo que irme”, y entonces María me dijo que me fuera pero entonces que nunca más volviera.

Mateo Marín cayó peleando, y con él cuatro soldados. El cañón seguía en la plaza y otros salían a buscarlo. Pero han matado al nica Machado.

—Nica no es —porfía alguno—, es cubano.

—Es traidor —digo yo— ni nica, ni cubano: traidor.

—No hay forma de agarrar el cañón.

—Los de Machado han huido —gritó alguien, y entonces todos gritamos.

Vamos a volver. Vamos a echar a estos hijos de macho. Vamos a hacer de Centroamérica país de gente bautizada. Los machos no están bautizados:

son como animales. Andan buscando esclavos. Porque como dice el señor cura desde que quebramos el yunque español para ser libres, no estábamos pensando terminar esclavos.

No sé en qué momento me integré al pelotón del capitán Corrales. Había que rescatar el cañón. Alcé la vista y los vi y eran ellos; los miré y en mis propios ojos se me hacían más grandes. Ellos, el capitán Juan Francisco Corrales y el teniente Florencio Quiros. Estaban en la fiesta anoche —me lo dijo María— y son valientes. Los había visto pelear en Santa Rosa. Iba a ser un honor luchar junto a ellos.

—¿Con quién estaba destacado, soldado?

—Con don Pedro...

—¿Pedro Dengo?

—Sí señor...

—¿Dónde está?

—Cayó, mi teniente...

Se quedó cabizbajo el teniente y una mirada de profunda tristeza cruzó por su rostro.

—¿Ahora qué le digo a su madre? —preguntó, pero la pregunta se le fue al vacío.

—Está bien, soldado: venga conmigo.

La calle ardía. La calle olía a polvo y a bala. La calle estaba olorosa a sangre.

—Usted, muévase... muévase.

—Cúbrame...

—Ese muchacho del tambor... que se quite de allí: estúpido.

Volví a ver a quién aludían y era Juan haciéndome señas.

—Víctor Guardia ocupó el fortín... ustedes, vayan con Valverde y con Mayorga.

Juan y yo nos acercamos a los oficiales y corrimos tras ellos cubriéndolos.

—La pierna... agachate... qué balacera por Dios Santo... ¿cómo va la pierna?

—Sigue sangrando un poco y duele...

—Hay que aguantar...

Estábamos frente al mesón. Detrás de nosotros lucía un guayabillo. Jamás habíamos oído tanta balacera. Pero necesitábamos el cañón. Necesitábamos el cañón.

—Timoleón: ¿para qué necesitamos ese maldito cañón? Yo creo que hasta herrumbrado está.

—La guerra la hacen los oficiales —le dije— ellos hacen las estrategias. Nosotros solo ayudamos un poquito, poniendo el cuerpo...

—¿Qué bicho te picó ahora?

—Quemá a ese bicho o dame chance...

Entonces levanté el arma apuntando y vi al macho desplomarse y como una estacada a traición la voz del teniente volvió a preguntar: “Y qué le digo a su madre ahora?”.

—Cuidado subteniente... —gritó un soldado—, y Pedro Valverde se detuvo allí un momento, mirando al soldado—, como si no surtieran efecto alguno las balas que ya habían dado en su cuerpo; seguía allí de pie, de pie todavía cuando nos dieron la orden de seguir; de pie aún después cuando lo alcanzamos dejándole atrás, todavía de pie... yo creo que nunca cayó.

—Señor... han matado a Zenón Mayorga... de los cien no quedamos ni veinte...

—Retírense... maldito cañón... retírense...

—Señor... y el cañón...

—¡Que se lo lleve Candanga!

No era fácil volver. Nunca fue fácil volver.

—El Presidente Mora les quiere hablar... dense prisa...

—No creo que se le vaya a ocurrir rendirse ahora...

—No lo creo...

No es fácil volver: pasar junto a los cadáveres que decoran el camino. Ver de paso la angustia en los ojos de los agonizantes. No, no es fácil volver.

Entramos al cuartel general exhaustos. Había perdido mucha sangre, y la venda estaba casi suelta. Juan se dedicó a mi herida en el rincón donde nos habíamos acomodado.

Había una gran expectación en el ambiente. El Presidente de la República estaba conversando con sus asesores; Juan temía la rendición. “Yo no entrego las armas” —decía.

Afuera rugía la tierra. Rugía la ciudad. Rugían los hombres enfurecidos. Rugía el viento.

—Mande a llamar al general José Manuel Quirós...

Han caído demasiados por el cañón, decía Juan. Demasiados en un día, Juan. Tantos hombres, muertos después del trabajo de nacer, le decía yo a Juan, porque cuesta nacer. Han nacido y han tenido que golpear la vida mientras crecían. Y han recibido muchos golpes a cambio, “me entendés, Juan”, “¿me entendés?”.

—La culpa es del maldito francés...

—¿Barril?

—¡Barriller! Maldito francés.

—Tal vez les haya ido mejor al capitán Joaquín Fernández o a Miguel...

—Joaquín... está caído: trataba de volver.

—¿Me entendés, Juan? Son demasiados para una sola jornada: tenés razón. ¿Qué le diremos a su madre ahora?

Juan se quedó viéndome con perplejidad pero nada dijo. Pero de pronto lo miré y me di cuenta de lo que en algún momento ya les he dicho: que él era la Patria. Él y doña Ramona: por ellos teníamos que vencer; teníamos que vencer.

—Hagan campo para este soldado... viene mal herido...

—¿Qué fue?

—Trató de obligar al general Quirós a agacharse...

El nombre hizo el milagro y el señor Presidente de la República estaba a su lado y Juan y yo nos cuadramos.

—¿Qué pasó, amigo?

—El ge-ne-ral Qui... rós señor... yo trataba de obbbbligarlo...

—No entiendo...

—El general venía a conversar con usted, don Juanito —explicó el que lo había traído—, pero no quiso agacharse. Dijo que los generales no se agachan nunca y justo le dieron en la cabeza, señor... y este trató de salvarlo...

—Hiciste lo debido, soldado, bien hecho.

En la cara del soldado se dibujó una mueca de alegría: un gesto final. La noche se ponía en pleno día. Habían puesto a morir a un pueblo.

Luego lo supimos: ya no era necesario rescatar el cañón.

Y entonces, Timoleón, ¿por qué han muerto tantos?

—Juan, la guerra la hacen los oficiales...

—Pero han muerto muchos...

—Sí, muchos han muerto.

—Carlos Alvarado Barroeta...

Juan Ureña... capitanes. Ramón Portuguez y Jerónimo Jiménez, subtenientes.

—La lista sería de nunca acabar, Juan...

—Y todos por el maldito cañón.

—Bueno, ahora tenemos otras órdenes: atacar la casa de Cole y agarrar a Brewster a fuego cerrado.

—El Brus ese... ¿es el jefe?

—Creo que es el que manda en la plaza.

—Bien... será un honor pelear con Luis.

En eso vimos a Luis: siempre elegante. Me refiero a Luis Pacheco Bertora. Es teniente...

Estábamos frente al mesón. Para este momento, padre, habían muerto todos. La tarde nos tenía que dar tiempo, dije yo, y Juan, que la Virgen Santísima nos ayude. Y yo, pensando en mamá y Juan hablaba de Carmen: cuando regrese me voy a casar con ella.

Frente al mesón. Estábamos frente al mesón y me dolía mucho la cabeza. Tenía fiebre. Mucha fiebre frente al mesón y mucho frío.

Entonces fue cuando sucedió todo. Se levantó como un gigante el nica Rosales, y cómo corría el bruto, alcanzó la tea que aún ardía en la mano abatida del teniente Pacheco y corrió... corrió y lo hizo: prendió el techo del mesón pero le dieron.

Estaba cayendo. En eso vimos a Juan. Todos lo vimos avanzar y dejamos de gritar. Volvió a pasar por mi cuerpo el escalofrío. Solo era el trepidar terrible de las balas que salían del mesón y nuestras balas tratando de cubrirle. Juan tenía que llegar, terminar la obra de Pacheco y de Rosales y volver. Tenía que realizar su misión.

Un mareo extraño y nuevo rodeaba mi cabeza cuando de pronto se oyó un largo ¡Uipi-pi-pi-pi-aaaaaaa!

Un mareo intenso mientras el grito se alargaba en nuestras gargantas, y la fiebre era fiebre de Marte y éramos soldados y la guerra era de pronto una guerra-guerra y alguien gritaba viva Joaquín, viva el cholo Juan.

Y todo estaba de pronto bien. Mal herido. El teniente no tuvo tiempo de nada. Rosales murió también. Aguántenle la cabeza: hay que vendarlo; cómo sangra. Los filibusteros tendrán que irse. ¿Por qué gritan tanto?

—Es por el mesón: se está quemando.

—Se ha desmayao... y sigue sangrando.

—Vamos: hay que quitarlo de aquí.

—Sí, alzale vos los pies y corramos.

—Corran hacia allá donde está el padre.

—Jesús, pero si es Juan... Juan el cholito de Alajuéla...

Detrás el mesón. La pierna dolía y yo no podía seguir. Pero Juan estaba allí, firme, vivo, llamando a Carmen. Yo tenía que seguir su ejemplo: tenía que seguir, vencer como él, serle fiel hasta el último: era mi amigo.

Entonces me llamó. Yo lo tenía agarrado por la cabeza y estaba tratando de vendarlo y me llamó. Y fue como que la vida me hubiera agarrado en ese momento, y toda la verdad acumulada a través de los siglos se me venía encima. No era posible decir mañana. No era posible decir ayer. Solo era ese momento supremo en que Juan se volvió loco para morir. Loco, digo, porque habló de dos cabezas fusiladas: dos hombres de ideas opuestas rodarán vencidos. Y esta guerra, Timoleón, no es una guerra-guerra: tenías razón.

Por eso digo que se volvió loco. Loco porque no puede ser cierto lo que dijo: que celebraremos esta guerra con marchas de la marina filibustera. No, eso no lo haremos nunca.

Estaremos junto a tu tumba, Juan. Juan para avanzar. Nada oculto dejaremos sobre el campo. Levantaremos los muertos, lo juro por mi madre. Levantaremos los muertos.

Sobre nosotros caía la tarde y el aire estaba ardiendo, y el olor a pólvora iniciaba tras de nosotros su persecución sin cuartel. No podían ser diez mil muertos, ni la muerte podía venir del aire.

—Juan... ¿deseás confesarte?

—Padre...

—Hijo...

—Padre, ¿es de noche?

—No, es que has estado durmiendo desde antier...

—¿Antier?

—Sí, los filibusteros huyeron en la noche...

—Padre... ¿dónde estamos?

—Vamos de regreso: el aire malsano de este país está matando mucha gente. Han tenido que echarlos en fosas comunes.

—Pero cómo... ¿cómo?

—Ganamos la guerra, hijo, pero un enemigo invisible nos ataca ahora.

—Padre... ¿quién canta?

—Timoleón... Timoleón Vargas: viene herido también.

Y sí, era que yo estaba cantando una canción que inventé viéndolo dormir, sobre un vergel bello de aromas y flores que defiendo, quiero y adoro, y por el cual mi vida daría.

No ha llovido. El Padre dijo que el destructor estaba sobre el pueblo y se puso a cantar la letanía.

Padre, vaya a ver a la madre de Juan y dígale todo eso. Y dígaselo al pueblo.

Nadaime Otón y el dios de barro

I

Se llamaba Nadaime Otón.

Su nombre pudo haber sido real o imaginario, o producto de la mutación lingüística paulatina, solo posible en tan poco tiempo en un país donde los ciudadanos no están identificados.

Era inteligente. Pero debo confesar que no fue el primer atributo que me llamó la atención: al principio fue para mí lo más importante su hermosura: alta, guapa, y con unos ojos grandes, muy grandes, que parecían contener ambos un mundo.

Me costó trabajo entender qué quería de mí. Yo vivía –sin saberlo, advierto– a la par de la casa de representantes de su movimiento político y

necesitaban mi colaboración para enviar por mi medio un mensaje.

Había problemas con los canales normales, dijo. Y yo en mi ingenuidad creí todo. Hoy lo pienso, y creo que fue bueno que le hubiera creído, pues de otra manera la decisión que tomé anoche jamás hubiera sido posible.

Necesitaban comprobar si el sistema de comunicación aún funcionaba, y esclarecer por qué medios se filtraba la información a la policía.

—Es decir —protesté— me usan de cebo.

—No corrés peligro —dijo— el mensaje va en clave.

Pero no era simplemente una cuestión de peligro. Yo no compartía sus métodos de lucha y así se lo hice saber. Sería pues inmoral de mi parte prestar colaboración a un movimiento en el cual no creía.

Pero era muy difícil decir que no. Acostados en la cama, ella bañada por la luz de la mañana, su constitución atlética desplegada en toda su imponente belleza, como las plumas del papalomoyo que una vez vi cerca del Lago de Nicaragua. Y de pronto lo que desde hacía tanto tiempo venía explicando como el acto heroico de una forma suprema de locura, comenzaba a parecerme la tragedia de una mente cuerda.

—Han bombardeado las poblaciones —me dijo—, han echado a los campesinos “sospechosos” desde los aviones sobre la selva; han violado a las mujeres y a los hombres frente a sus familiares; una bomba cayó sobre la choza de una madre que estaba dando a luz y el niño se ahogó entre la pelvis.

—Sí... pero esas cosas son difíciles de comprobar...

—Cualquier nica te las dice. Las violaciones han sido a media cuadra de donde caminan los turistas, media cuadra hacia el Lago.

—Pero... vos sos enfermera profesional... tu papá es juez...

—Si estás en la lucha podés gritar. Si no, deberías respetar. Cada uno es cada uno.

Entonces la amé. Supe que la amaba porque en ese instante me entró la duda y tuve miedo. Tuve el temor de que lo nuestro no había sido más que parte de sus métodos políticos, que todo lo subordinaba a eso, que yo era una pieza más en el ensamblado de la liberación de su país. Lo pensé, y tuve miedo.

—Qué lástima —le dije— realmente es una lástima.

Mis palabras habían sido cursis y eso aumentó mi inseguridad. Por eso cuando ella preguntó, qué lástima que guardé silencio largo rato. No sabía qué decir.

—Bueno... pues... que tal vez esto sea un... un accidente exigido por la revolución.

Se rió.

—No seás baboso —me dijo—. Nuestro movimiento es una organización para la liberación del pueblo de Nicaragua. No una agencia de putas.

Un vértigo terrible comenzó a hundirme tierra adentro, pero su mano me salvó. Su mano primero y sus labios luego: frente al látigo hiriente la caricia. Y yo pensé en un tren y un túnel que desde la

niñez me seguía, y me sentí protegido, mientras el sudor lubricaba la piel.

II

Confieso que sentí gran alivio al amanecer del día de mi partida. Estaba enamorándome de Nadai-me, y eso me causaba mucha tensión. Estar enamorado de una combatiente, que antepone su lucha a todo, dislocaba de tal manera mis esquemas que me mantenía en zozobra permanente, y un poco atormentado por los celos.

Además, estaba la cuestión del miedo. Durante los días de mi estancia, *La Prensa* había denunciado varios casos de tortura, y la víspera un grupo de supuestos guerrilleros habían sido acorralados en una casa y acribillados a balazos con intervención de varias tanquetas. Mi asociación con Nadaime me parecía riesgosa, a pesar de la insistencia de ella en negarlo.

—Si yo lo que soy es una enlace —me decía—, si yo no soy importante.

Pero por temor o por intuición yo sentía que tal no era la verdad, que más allá del enlace estaba una comandante en ciernes, que no sería perdonada como no lo habían sido sus compañeros, y que sus palabras solo eran vanos intentos por tranquilizarme.

La noche anterior había llegado a las diez cuando ya me resignaba a no verla más.

—Me vas a hacer falta —me dijo—, y fue el único momento de debilidad que le conocí.

—Venite conmigo —dije yo con cierta ironía. Era pedir agua en el desierto del Sahara.

—Vos sabés que tengo un compromiso.

—Pero tenés derecho a vivir... casarte...

—Cuando hay tantos hogares rotos por culpa de estos esbirros, constituir otro es casi un crimen. Y huir sería la peor traición.

—¿Y tu vida?

—Bueno, desde luego que huiría de la cárcel. Era imposible. Inútil insistir.

—Si parás en la cárcel y lográs huir, venite para Costa Rica.

—Sí —dijo— para que me ayudés a volver a internarme.

La noche se hundió sobre sí misma hasta las cuatro. Y al alba, cansado, sostenido solo por mi euforia, por la seguridad que poco a poco me iba invadiendo de que este amor lo era, la sensación de saber que mis relaciones con ella eran un honor, porque son escasos los seres como ella, que dan la vida por sus amigos.

Tardé una hora empacando y otra alistándome. Y ya con todo en orden la llamé, para que fuéramos por la clave.

Habían preparado el mensaje en clave utilizando tres textos menos políticos: uno sobre religión, otro sobre los mayas, otro sobre yoga.

Salimos del hotel a las seis de la mañana. Nadaime le dio un billete al conserje, quien a todas luces había sido su cómplice durante tantos días. Él

sonrió, respetuoso, rogando sobre nosotros la bendición de Dios.

Desayunamos en un restaurante de admisión restringida, y luego, nos dirigimos a un elegante barrio en un taxi de servicio colectivo.

Nadaime tocó en la puerta a pesar de la existencia de un timbre, y mirando su reloj dio unos segundos. Y luego, se agachó discretamente con movimientos tan rápidos que me fue imposible seguir y poniéndose de pie ella misma abrió la puerta y pasamos.

—Este es Saúl —señaló a un hombre de aparente temperamento nervioso y rostro indígena. Él me sonrió, con entusiasmo nica, como un viejo amigo, como si toda la infancia la hubiéramos compartido.

—Cuando termine esto —dijo— nos vamos a tomar un buen trago a Monimbó.

—O en el palacio de gobierno...

—La cueva del esbirro será convertida en el Museo de la Revolución.

Y allí estaba la venganza. Tal vez una noche se acostó arrullado por la voz varonil de su padre y al amanecer su madre le había tenido que inventar historias, para que la verdad le llegara más adelante. Porque en Nicaragua, la verdad siempre llega mucho más adelante.

La entrevista fue rápida. Al mediodía estaba en el aeropuerto, víctima de una mezcla de dolor y alegría. Y cuando abordé el avión de Lacsá y las tonalidades de la tarde se fueron configurando entre las caprichosas nubes, y el avión avanzaba con su ruido

calmo entre el ardiente sol centroamericano, y me preguntaban si deseaba tomar algo, solo el recuerdo de Nadaime evitó que reventara de alegría.

Tomamos tierra y yo quería besar la tibia tierra. Tomé un taxi a mi casa en Cinco Esquinas de Tibás, un barrio de la clase proletaria. Una pequeña cama, una silla, el clóset, ese era el mobiliario de mi dormitorio. Y el dormitorio es lo que hace de un lugar una casa.

Además del dormitorio está la cocina: otra mesa que sirve de escritorio, de comedor y de mesa de aplanchar; una pequeña estufa, los utensilios mínimos indispensables. Un banquito y sobre la mesa un cuadro de la última cena. En realidad aparte de eso no hay mucho en la pieza.

Y está la sala. Un sofá, una mesita de centro, un radio tocadiscos digno de cualquier museo y una pintura de Jorge Gallardo.

Esa es una manera parca de habitar la tierra. Pero en Nicaragua me quedaba en el hotel Balmoral.

Pero hasta el momento me había bastado. Era por entero mi propia creación, desde la noche aquella en que me cansé de seis horas de sermón de Hilda y salí de su casa para no regresar nunca. Había venido creando este lugar, rodeándolo de cuidados, negándome a compartirlo incluso con nadie.

Era yo y mi cuarto de dormir y mi cocina y mi salita y... y mis libros. Mis libros: ciento ochenta tomos, la mayoría de los cuales estaban sin leer y quedarían sin lectura para siempre. Y tal vez mi casa me definía.

La soledad vive conmigo y dice el pueblo que es preferible solo que en mala compañía. Pero ahora, la soledad estaba sola: yo me había quedado en Nicaragua. Lo supe cuando sentí agradecimiento por el silencio del taxista. Lo supe al abrir la puerta de mi casa. Lo supe cuando me di cuenta que mis vecinos no estaban.

Quería salir de una vez del compromiso. No los conocía: me había bastado saber que estaban allí, como me había bastado saber que el sol sale por las mañanas. Era una impresión vaga, poco definida, nunca formulada en términos precisos.

Y de pronto encontré que la soledad, antes tan buscada, era fea. Terriblemente fea.

Tenía calor. En otros tiempos habría salido en busca de una cerveza, a respirar despreocupado el aire fresco del San José nocturno. Pero ahora, sentado allí en la sala, aguantando la sed, dominando con costos el sentimiento de vacío que venía creciendo, me doy cuenta que quiero a Nadaime, y eso es terrible, porque quita la paz que me había formado poco a poco.

Porque era más que la búsqueda de un siglo roto. Era más que las frustraciones que empezaron desde que un tal Walker puso sus pies en Nicaragua. Mucho más que la voluntad de un pueblo, anulado por un tumor sangriento.

Era la búsqueda del futuro. Los dos frente a frente, ella sentada delante de mí, apenas cubierta y sudando, los dos tensos, ella en la dicotomía de su lucha y su amor, yo entre desearla y resentir que hubiese algo más importante que yo en su vida.

—Pero la noche sigue su curso. El sueño se aproximaba y se iba en fuga a intervalos. Pero yo tenía que entregar el mensaje esa misma noche. Yo no quería fallar. No le quería fallar a ella...

—Y me fui quedando dormido, sin que los pasos sobre la acera y la llave en la puerta —única imagen de los vecinos— turbaran mis sueños.

—Todo habría sido fácil si antes de mi regreso no se hubieran mudado mis vecinos. Temprano en la mañana me levanté adolorido, temeroso de que el día se los hubiese llevado. Pero eran las cinco apenas. No obstante salí a cumplir el encargo, dispuesto a despertarlos si fuese necesario. Pero la casa estaba vacía y en la ventana un rótulo rezaba “se alquila”.

—Se fueron antier en un taxi-carga verde —dijo una vecina.

—Y esas eran mis únicas referencias. Yo con mi libertad perdida; el placer de regresar de inmediato al campo, a mi pequeña finca de arroz, para bañarme en la quebrada bajo la sombra del árbol grande, y escuchar en el contorno el sonido de las hojas hasta que la voz de Julia rompiera el hechizo para anunciar que estaba servido el café.

—Los esperé durante tres días. Mi paciencia se acabó al despuntar el cuarto alba y sacando el jeep temprano, enfilé hacia la finca. Pero a medio camino me detuvo un agente de tránsito. Era uno de los guerrilleros.

—Creí que... Por dicha que se me ocurrió traer...

—Sos hombre de poca fe.

—Bueno es que...

Revisó el texto y dando vuelta sin despedirse, dijo que todavía estaba a tiempo y arrancando su motocicleta se perdió en dirección contraria.

¡Ah, libre ya del peso! Libre para doblarme sobre el surco o tenderme a orillas del arroyo, mirar a los niños jugando al atardecer, libre para matar la imagen de Nadaime, de extirparla, de desangrarla por los poros.

Pero la imagen de Nadaime seguía dibujada con tinta indeleble. Y los recuerdos del tren entrando al túnel y el sudor cubriendo la piel me robaban poco a poco el sabor del campo y la calidez de Juana.

III

Meses después salía del baño una tarde cuando el teléfono empezó a sonar insistentemente. No quería atenderlo, no tenía deseos de conversar con nadie. Pero la insistencia era tanta que sentí curiosidad.

Era la voz de un tal Horacio Richardson que quería comprar arroz puesto en Managua. Los negocios eran negocios y además dijo tener la recomendación de la Enfermera Profesional Nadaime Otón.

Lo cité al Parque Central con el corazón sacudiéndose con inusitada violencia.

Mi sorpresa es enorme cuando, en vez del jovencillo pequeño burgués de manos suaves, o el

afrolatindígena aguerrido que esperaba, un señor más bien aristocrático de unos cuarenta años se identificó como Richardson, invitándome a pasar a su auto. Por un momento pensé que a lo mejor el negocio de arroz era en serio.

—Soy tío de Nadaime— dijo, mientras el auto cruzaba la ciudad y se enfilaba hacia los cerros del sur.

—Ah, sí —respondí tratando de dominarme. Tenía que mantener la compostura de un profesional.

—Sí: ella me habló de usted.

—¿Y cómo está? —pregunté pensando que Richardson era un esbirro del régimen, y solo me tranquilizó pensar que estaba en mi tierra.

—Posiblemente tenga usted dudas —dijo—, tal vez esto lo convence.

Sacó de su bolsillo una carta en la que Nadaime me escribía, con alusiones muy personales y descripciones de anécdotas que solo ella y yo conocíamos.

—Se supone que usted quiere arroz —le dije un poco inseguro. Pero en el fondo había en Horacio una simpatía natural difícil de rechazar.

—Mi familia es rara —comentó él—, unos están con el régimen, otros en contra. Mi hermano es juez. Mi hermana se casó con uno de los militarotes. Mi sobrina y yo le hacemos la guerra a la dinastía.

Nos habíamos detenido frente a un negocio de abarrotes en las afueras de la ciudad. A lo lejos, las luces de la ciudad se destacaron contra el fondo oscuro de la noche.

—Es lindo Costa Rica.

—También Nicaragua.

—Sí, pero es otro tipo de belleza: belleza... amarga.

El fresco aire de la noche se distribuía por el cerro y el pulmón.

—No acabo de entender qué quiere... o quieren...

—Lo que usted hizo fue muy importante...

—¿Y qué hice?

—Trajo un recado que salvó una vida.

—No lo supe.

Una larga pero serena pausa de Horacio me hizo pensar en Nadaime. Tenía muchos deseos de preguntar por ella, de entusiasmarla con sus recuerdos, por indagar con este supuesto tío sobre su vida, por influir en ella por medio de él. Pero cuando estaba a punto de pedir informes Horacio rompió su pausa para informar:

—En 1926 mi padre estaba en León, al lado de los liberales. Estaba identificado con ellos, pero no se atrevía a tomar las armas. Era un hombre bueno, pacífico. Nos crió en forma muy sencilla, a punta de pinol y nacatamales como cualquier hijo de vecino. Y hubiéramos terminado siendo pequeños hacendados de no haber sido por el tristemente famoso Coronel Stimson, que los gringos mandaron a acabar la guerra civil que ellos consideraban signo de barbarie.

El traidor José María Moncada se alió a él. Y todos, uno a uno, como si no tuvieran sangre en sus venas se le fueron a arrodillar. Era el dios de barro, el dios rubio, con su séquito de angelitos caídos. ¡Putas!

Una profunda indignación sustituyó la mirada taciturna y el reposo anterior. Prendió un cigarro. Un auto iluminó el contorno y pude ver bien a Horacio: era también un afrolatindígena. Sus rasgos tenían trazos de los indígenas que poblaron su país, su piel blanca subrayaba su ascendencia europea y su pelo crespo evocaba una lejana tierra de leyenda.

—Mi padre se fue a las montañas con Sandino. A las Segovias.

Conforme se iba desenredando la madeja, tenía la sensación de participar en un acto sacramental. Y poco a poco, Nadaime y Saúl y toda la historia se me hacía luz en el pensamiento.

—Vino después la paz de Tiscapa: fue una traición al pueblo. Por eso tuvieron que continuar la lucha: la ambición había cegado a los líderes. Entregaron las armas los cochinos. Papá cuenta que se opuso a la entrevista del Caudillo y General de Hombres Libres con el servil de Juan Bautista Sacasa. Se opuso violentamente y Sandino casi lo fusila por sublevarse. Y luego para él eso hubiera sido preferible a vivir el resto de la vida con el dolor de la muerte de su General de manera tan traicionera, por el primero de los tiranos de la actual dinastía.

—¿Y hubo reacción de la gente? Supongo que sí...

—Sí... pero agarraron a los líderes desarmados y los mataron a todos. Protestaron algunos intelectuales. Otros, los poetas vanguardistas, por ejemplo, se dedicaron a cantar la necesidad que el país tenía de un dictador. Y con sus laudos el fundador de la dinastía se hizo coronar.

—Y los liberales... pues...
—Eran unos puerquitos. Y la gran puta de mi hermana se casó con un militarote de esos.

Luego guardó silencio. Había dado la información suficiente para ganar mi confianza y simpatía. Tal vez yo era un poco ingenuo, y muy dado a novelar. Lo cierto es que Horacio Richardson se me hizo grande en esos momentos, como un monumento vivo al recuerdo de Sandino. Y la cordura que había descubierto bajo la pasión de Nadaime una mañana cualquiera, se expresaba en él como una leyenda.

Y toda leyenda tiene algo de misterio.

IV

En julio fui a Managua dispuesto a todo. Nadaime tenía que escoger: o ella se mudaba a Costa Rica o yo me establecía en Nicaragua.

Sentada en la cama con los pies recogidos frente a la pelvis, su espalda ligeramente apoyada en la pared, me miraba como si quisiera fundirme. Estaba consciente de que no podía decirle simplemente, “casémonos”. Ella ya había dicho que cuando se es militante en una lucha armada, solo es posible el matrimonio con otro soldado. Pero yo quería formalizar nuestras relaciones.

—Nadaime... y si ganamos la guerra... si vieras a tu patria libre, ¿tendrías tiempo de... digamos, pensar en una familia?

Apoyó la cabeza sobre la pared también, pero no titubeó a la hora de responder. Era una mujer de grandes convicciones.

—Al terminar la guerra de liberación comienza la revolución.

Pero enseguida la dureza del soldado se esfumó de su rostro.

—Toño... dijiste, “si ganamos”.

—Bueno, yo...

—Además... querés que nos casemos.

Tenía ahora una frescura de niño envidiable.

—Tonto —dijo— ¿sabés qué? Seremos compañeros. Así será una misma cosa el amor y la lucha, la lucha y el amor.

Pero no duró mucho la alegría total que me había invadido.

—Tenemos un secuestro entre manos.

Así iba a ser mi vida, entonces. Un secuestro. Una operación. Acaricié su pelo fresco y negro y sentí que acariciaba pólvora. Sus ojos negros, un secuestro.

El amor y la lucha: lo mismo, un ministro.

La lucha y el amor, salvar compañeros detenidos que están siendo torturados y que podrían ser fusilados en las cárceles, la lucha y el amor y el amor y la lucha, lo mismo.

Y yo estaba pensando y no pensaba. Estaba amando y no amaba. Y en el fondo me cautivaba el temor de perderla a lo largo de la lucha, perder el amor en la lucha y luego cómo amar la lucha sin mi amor.

—¿Quién es? —pregunté con ingenuidad.
—Un criminal —dijo secamente y se había roto el hechizo.

V

Fue esa misma tarde después de que ella pidió mi colaboración.

—El tico tiene problemas de conciencia.
—Problemas de conciencia: ¿los contrabandistas tienen conciencia?

—Ya no es contrabandista: abandonó el oficio por amor.

Carriás estaba al mando.
—Oiga: traenos café.

En la mañana me había levantado temprano y había salido a recorrer las calles de Managua. Cuando volví, “Miss Nadaime Oton’s chofer” me estaba esperando. Su nombre era Vivián. José Sevilla.

Su voz me parecía conocida, pero no logré asociarla con ninguna persona en concreto.

—¿Adónde vamos?
—A la Quinta Otón. El auto viajaba ahora ya por la ancha carretera. Nadaime había dicho, “a media mañana mando por vos” y eso había sido todo.

El chofer dijo que en la canastilla delante de mi asiento había una nota para mí. La abrí con avidez, esperando en ella instrucciones precisas. Pero eran solo dos palabras: “Hola amor”.

La sangre se me vino a la cara y la cabeza hervía y la boca se me fue llenando de una especie de jugo con el sabor de Nadaime penetrando todo mi cuerpo, y su fragancia inundando el auto y por la ventana el cerrito donde el General mantenía a los huérfanos recogidos de la calle tratándoles con mano de hierro pero haciéndoles serviles, para convertirlos luego en los efectivos de su propio personal batallón.

Nunca había pensado en los guerrilleros como seres normales de carne y hueso, capaces de amar. Capaces de pequeños gestos como el que la minúscula nota retrataba. Por eso la primera noche, cuando tomé a Nadaime entre mis brazos todos sus gestos habían parecido mecánicos: sabía de antemano que estaba en la lista de sospechosos que tenía el régimen por la infidencia de un amigo borracho. Pero ahora, ahora me daba cuenta de la profundidad de mis prejuicios.

Olga trajo el café. Los demás hablaban de los partidos de béisbol, y hacían apuestas y eran los guerrilleros.

Carrías nada tenía en común con los otros salvo la causa. Era rubio, de ojos azules, delgado y con una cierta apariencia de hipie.

—¿Sos nica? —le pregunté.

—¡Claro! —dijo— de Estelí.

—He pasado por allí. Es frío.

—Como San Isidro de Coronado —dijo Carrías, y antes de que yo preguntara agregó— estudié en Costa Rica.

Nadaime apareció en ese momento. Vestía con una inusitada elegancia y me costó mucho reconciliar esa figura con la muchacha sencilla de pantalones de mezclilla que entraba en mi cuarto del hotel por las noches y se iba con los primeros rayos del nuevo día.

Se acercó a mí, y me besó en la boca y luego le preguntó a Carrías si ya le habían presentado a su “compañero”. Uno de los presentes que luego supe que se llamaba Martínez se arrodilló frente a nosotros fingiendo fotografiarnos y todos reímos.

—¡Chocho! —comentó otro llamado López—, ¡a saber qué le echaste, jodido!

—Bueno... hablemos en serio —dijo Carrías.

—Terminemos de comer —protestó Olga, pero Carrías se mantuvo impasible.

—Llame a Sevilla y díganle al cocinero que recoja las hojas del jardín. El tico tiene problemas de conciencia —repitió por enésima vez.

—Bueno... no son problemas de conciencia: es que...

—O tenés miedo —dijo Martínez con cierta crueldad sarcástica.

—Tampoco es miedo...

—No estás con nosotros...

—Nunca dije que estaba con ustedes: quiero ayudar. Eso es todo.

—¿Por qué?

—Bueno, Nadaime me ha hecho ver... y Horacio también... que... su causa es justa y yo...

—No seás hipócrita —dijo Martínez con desmesurada pasión—, las faldas son las que hicieron el milagro.

—Carrías lo mandó a callar. Martínez me cobraba algo. Tal vez yo estaba usurpando su lugar junto a Nadaime. Y ahora también resultaba yo celoso.

—Sos un gran bruto —dijo Nadaime con furia.

Yo era nuevo en el grupo. Ni siquiera era del grupo. ¿Qué secreto tenían que me era aún vedado? ¿Qué experiencia común de la cual yo estaría para siempre excluido?

—Está bien —dijo Martínez—. Vamos a ver si el tico aguanta cuando viene el plomo.

—¿Qué pensás del secuestro? Carrías me tomó fuera de balance.

—Hable con franqueza —dijo Nadaime.

—No me entusiasman...

—Ahí está el problema —dijo Martínez: no le entusiasman. Este carajo solo ambigüedades y evasivas.

—¿Por qué no te entusiasman?

—A veces secuestran gente inocente...

—Nunca: nuestro movimiento no es un bando de terrorismo. Es una organización para la liberación de nuestro pueblo. El que vamos a pescar es un criminal.

Carrías miró a Olga.

—Contale lo tuyo —dijo.

—Es que... mi hermano cayó en el Hormiguero por pasarse de tragos, y los guardias lo violaron... salió resentido de la cárcel y se metió a la guerrilla...

—Y como no podían agarrarlo —Carrías tomó la palabra con violencia— fueron a su casa y uno de

los guardias violó a su abuela en presencia de Olga y luego a Olga misma se la pasaron los seis hijos de puta.

Olga lloraba en silencio.

—Luego —Carrías continuaba cada vez con más violencia— la amarraron al horcón, suspendida así de los sobacos y le dieron vueltas y vueltas hasta marearla y le rompieron la vida con un bastón. Y la dejaron allí sangrando... y así estuvo como tres horas hasta que la abuela pudo ir por la Cruz Roja.

—Carrías, yo...

—Y Olga se metió en la lucha también. Y la agarraron llevando un mensaje y le quemaron la nalga...

—Vea —dijo Olga levantando la falda.

Me lancé hacia ella desesperado para bajarle la ropa. Estaban en silencio y me esperaban. Tenía que decir ahora mi propia palabra. Miré a Nadaimé, con los ojos clavados en el piso, sin saber qué decir ni qué hacer, salvo esperarme. Todos me esperaban. Yo venía desde lejos:

—Olga —le pregunté casi murmurando y solo entonces me di cuenta que estaba cerca de ella, rodeándole el cuerpo—. ¿Qué sabés de tu hermano?

—Soy yo —dijo López— ¿pero eso qué importa?

Sí, esa era la cuestión. No importaban ni los nombres ni los rostros. Era un pueblo victimado y un pueblo en lucha y el amor y el dolor y la lucha eran lo mismo.

—Carrías... cuenten conmigo.

VI

Hice los contactos necesarios para venderle a la futura víctima un hato de ganado de contrabando. Quedamos de vernos cerca de la frontera para que él inspeccionara la mercadería y así lo informé a Horacio Richardson. Desde el día en que nos reunimos en la Quinta Otón no había vuelto a ver a Nadaime.

Estaba acostumbrándome: era ahora su compañero. Eso significaba que en los operativos importantes no tendría mujer. Era que la lucha y el amor para nosotros iban a ser lo mismo. Tal el convenio.

Pero tocaron en la puerta y cuando abrí era Nadaime.

—Reventó la mierda —fue todo lo que dijo— tenés que irte mañana.

Reventó. Sentía una tremenda angustia y no acababa de entender lo que estaba sucediendo. En Managua por primera vez descubrí el frío. Un frío que congelaba las manos y los pies y la espina dorsal.

—Pescaron a Martínez...

—Dios mío... y habló...

—Todavía no: pero lo harán hablar.

Busqué un paquete de cigarrillos dejados en algún lugar del cuarto.

—Es un pez gordo, ¿verdad?

—Bueno... ni tanto, pero...

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Te vamos a reservar asiento en el vuelo de las diez.

Ese no era el problema. No era el problema y así se lo hice ver.

—Por nosotros no te preocupés. En realidad Martínez no sabe nada de nosotros.

Entonces me besó. “En la Reforma”, dijo en mis oídos, “no se te olvide: en la Reforma” y me besaba una y otra vez, aferrada a mí, sus ojos humedecidos pero sin perder jamás su actitud de combatiente.

Y se había ido.

VII

En el aeropuerto me aguardaba Horacio Richardson. Tenía anteojos oscuros y una profunda tristeza en su voz.

—Que te vaya bien —me dijo.

—Pero... los muchachos... ¿qué va a pasar?

—Hemos tomado nuestras precauciones: no te preocupés.

—Pero es que...

De pronto me di cuenta de mi candor. ¿Cómo sabía que Horacio se llamaba Horacio, si a mí siempre me dijeron “el tico”? ¿Y quién daba garantía sobre Nadaime Otón?: ¿sería ese su verdadero nombre? Y la Quinta, ¿no sería alquilada? Y alquilado el carro, y el chofer un guerrillero, y entonces... yo...

Me encaminé en silencio hacia la puerta de salida porque estaban llamando a los pasajeros de mi vuelo. Horacio anduvo unos pasos conmigo en silencio.

—Hay algo que quiero decirte —dijo— el plan sigue y te vamos a pedir que llames a tu cliente desde Costa Rica y le des una buena excusa.

—Está bien —dije—: yo estoy dispuesto a seguir. Me voy porque Nadaime dijo que me fuera. Pero estoy dispuesto a seguir.

—Bien...

Hizo silencio. Había otra cosa que quería decirme: me detuve.

—Es que... los muchachos... tres de ellos estaban todavía en la Quinta y la guardia entró disparando.

De pronto toda la tierra dio vueltas en torno a mí. Un zumbido terrible de chicharras llenó mis oídos.

—Horacio —dije y nunca en mi vida había sentido tanto frío.

—Sí —respondió él—: ella les fue a avisar y no le dieron tiempo.

De repente me asomé a la cabina no pude resistir el alborozo de mirar los asientos multicolores que se distribuyen simétricamente. Las blancas camisas de los cuatro hombres sentados en los asientos centrales un poco hacia adelante: "Misioneros", pensé.

Uno sintió mi mirada sobre su hombro y dio vuelta para satisfacer mi curiosidad. Un rostro así, afrolatindígena, como son los rostros de la mayoría de los hombres y mujeres de América.

Miré por la ventana el mar de luces de Nueva York, cortado de cuando en cuando por el reflejo blanco de la luz lunar sobre alguna nube. Hacia el espacio, burbujas de luz, infinitas, imponentes. Y pienso que el mundo es luz.

Muñequita linda

Cuando finalmente me asomé a la cabina no pude resistir el alborozo de mirar los asientos multicolores que se distribuían simétricamente. Las blancas camisas de los cuatro hombres sentados en los asientos centrales un poco hacia adelante. “Misioneros”, pensé.

Uno sintió mi mirada sobre su hombro y dio vuelta para satisfacer mi curiosidad. Un rostro así, afrolatindígena, como son los rostros de la mayoría de los hombres y mujeres de América.

Miré por la ventana al mar de luces de Nueva York, cortado de cuando en cuando por el reflejo blanco de la luz lunar sobre alguna nube. Hacia el espacio, burbujas de luz, infinitas, imponentes. Y pienso que el mundo es luz.

Volví la atención a la cabina, porque ahora era yo quien sentía el calor indefinible de una mirada fija en mi rostro. Deposité con disimulo mi bolso de cuero en el asiento 23 que está vacío, pensando en ti.

No me interesaba la película que proyectarían después de los aperitivos. Los carritos sí resultaron entretenidos, cargados con su amplio surtido de licores, jugos, agua tónica, refrescos gaseosos. "Mormón" pensé, es mormón. Y, ¿por qué un zambo, mestizo, criollo, mulato querrá ser mormón?

Me bastó tomar cualquier cosa, literalmente, cualquier cosa, pensando en ti. Por la ventana la luz lunar se posaba aquí y acullá en alguna nube y hacia las burbujas de luz iban los brazos de la infinita negritud de la noche. La vida es luz, pienso, mientras echo el asiento hacia atrás para pensar en ti, romántico, un poco dominante, flor o aretes en mano para decir bienvenida, o una tarjeta en el mostrador con un "loving you".

El sobrecargo vino con el diario y sin pensarlo, escogí uno en español.

Allí, vigoroso, potente, el titular se destacaba: "Capturados". Miller y los otros. Capturados.

Cerré los ojos, pensando en ti. Eran increíbles los periódicos sensacionalistas. Saqué de la bolsita de celofán los audífonos y, conectándolos, busqué música suave en estereofonía total. Tú estarás pensando en mí. Todo está bien. Todo estará bien.

"Muñeca preciosa" dices y sonrías y creo que si mi madre me viera en este momento, así, ruborizada, temblorosa, los labios ardientes como están, sin

duda sufriría un infarto. Me imagino el “What’s wrong with you?” imperativo, demandante, cortante, casi violento, casi una agresión. Y mi padre diría que era una cursilería absolutamente primitiva y mis amigos simplemente “nuts”.

Pero “muñeca divina” dices y te acercas repitiendo hasta el cansancio “You are a precious gem”, con tu pronunciación latinizada.

Idiota. Y te busco a través de la distancia, y viajo desde Nueva York, donde miles de hombres solitarios buscan hacerse acompañar, para navegar la noche hacia la calma de la mañana. Te busco, a ti, sin tu tarjeta, sin tus flores, sin los aretes que me traes, sin tus canciones.

Dos mundos en colisión.

El frenesí de Broadway cautivo bajo la voz de aquel predicador callejero a la luz del rótulo pornográfico en la esquina de la calle cuarenta y tres, llamando al arrepentimiento. Cautivo bajo la palabra del monje de alguna secta oriental entrecruzándose con las luces de neón. Cautivo por el ritmo del grupo de jazz que da un concierto en la calle para costear su regreso a ninguna parte. Cautivo por el tablero electrónico que anuncia que Miller y cuatro de sus secuaces han sido capturados.

La bucólica calma del orden que has impuesto en la finca porque a lo largo de tus días te han creado para dictar la ley, para imponer tu criterio, para no dejar nada al azar. Ordenas lo inordenable. Porque vives en un mundo caótico, donde la luz se dispersa con disposición polimorfa.

Dos mundos en colisión. Yo te amo.
Selva densa primero y luego la llanura que se abre para recibirnos, Miller y sus secuaces... Dios mío... ¿Miller, será el mismo Miller? Chozas puestas allí como portales sobre postes, cabezas crispadas decorando los corredores. Hileras de cacaotales y palmeras. El mar Caribe se aproxima y se aleja a intervalos con su rumor a leyendas de piratas. Playas de arenas blancas acá. Playas de arenas negras allá. La tibieza de la playa besando la piel desnuda. El agua tibia y los peces que nadan al alcance de la vista y Dios, no puede ser, no puede ser el mismo Miller.

Esto es vida, pienso, mientras pienso en ti. Y tú estarás aquí para ayudarme a vivirla. Y seré por una semana la Muñeca Divina para hacer huir de tu mundo, la monotonía verde y te amaré hasta que piense que es hora de volver a Nueva York.

Soy ballena, amor. Tu mundo es mi mar.

Sobre el autor

La obra de Quince Duncan ha revelado el aislamiento, el dolor y la belleza de la zona Atlántica del país, con lo cual se ha convertido en uno de los literatos pioneros en exponer las vicisitudes del pueblo limonense, con toda su riqueza cultural y su drama humano. Su talento narrativo, desde su inicio como escritor, le ha granjeado reconocimiento público, como el Premio Editorial Costa Rica y el Premio Nacional de Literatura, y también ha despertado el análisis de estudiosos nacionales e internacionales.

En el género narrativo ha publicado las siguientes obras: *Una canción en la madrugada* (cuentos, 1970); *Hombres curtidos* (novela, 1971); *Los cuatro espejos* (novela, 1973); *La rebelión pocomía y otros relatos* (cuentos, 1974); *Los cuentos del Hermano Araña* (cuentos

infantiles afrocaribeños, 1975); *Los cuentos de Jack Mantorra* (cuentos infantiles afrocaribeños, 1977); *La paz del pueblo* (novela, 1978); *Final de calle* (novela, 1980); *Kimbo* (novela, 1990); *El Trepasolo* (teatro, 1995); *The Best Short Stories of Quince Duncan* (1996, traducida por Dellita Martin-Ogunsula); *Un señor de chocolate* (anécdotas, 1997).

Su producción académica se ha reunido en los siguientes libros de ensayo: *El negro en Costa Rica* (coautor Carlos Meléndez, 1972); *El negro en la literatura costarricense* (1975); *Teoría y práctica del racismo* (coautor Lorein Powell, 1984); *Historia crítica de la narrativa costarricense* (coautor, 1994); *Contra el silencio* (2001).

Actualmente tiene en prensa su novela en inglés *A Message from Rosa* (Pagefree, Michigan) y prepara la publicación de la versión en español.

Los cuentos presentes en esta antología integran las versiones completas de los libros *Una canción en la madrugada* (Editorial Costa Rica, 1971) y *La rebelión pocomía y otros relatos* (ECR, 1974). Otros cuentos de esta publicación han sido tomados de revistas y periódicos del país y del extranjero.

Este volumen reúne los libros de cuentos *Una canción en la madrugada* y *La rebelión pocomía* de Quince Duncan, dos obras que lanzaron al autor al ambiente literario del país por revelar con acierto narrativo, economía de lenguaje y tratamiento de los temas, el paisaje humano de la costa atlántica costarricense. Cuentos como «Una canción en la madrugada», «Las oropéndolas», «Una carta», «Los mitos ancestrales», entre otros, plantean profundas y bellas cosmovisiones de los negros de Limón, mucho de su desarraigo y aislamiento histórico. Queda patente, también, la poesía que surge del negro esperanzado en la visión mítica de su propia redención.

Varios cuentos publicados en revistas y periódicos nacionales e internacionales de igual manera se agregan a los *Cuentos escogidos*, con lo cual se ofrece una extensa panorámica de la obra de Quince Duncan. En este sentido, es importante señalar otros temas tocados por el autor, para los que emplea la sátira política («Mangonía»), o el estudio de las circunstancias («Nadaime Otón y el dios de barro»), mediante un estilo realista e irónico, el estilo que le permite reseñar los problemas etnocentristas y sociales de su propio entorno.



GUILLERMO FERNÁNDEZ

ISBN 9977-23-797-2



9 789977 237978



SIBUNA



BC119729

www.editorialcostarica.com